

REVISTA CONTEMPORÁNEA

REVISTA CONTABILIDAD

Madrid: 1876.—Imp. de M. G. Hernandez, San Miguel, 23.

REVISTA
CONTEMPORÁNEA

TOMO II

FEBRERO—MARZO

MADRID

REDACCION.—ADMINISTRACION

SAN MATEO, 11, BAJO

REVISTA

CONTEMPORANEA

TOMO II

LEOPOLDO MARIANO

MADRID

LIBRERIA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID

CALLE DE ALFONSO XII, 13

NI UNA SEÑA.

Novela inglesa.



CAPÍTULO PRIMERO.

LA QUINTA CANDIDATURA.

Sucedió lo que voy á referir poco despues de aquella terrible época que no conocen los que hoy son jóvenes y que casi han olvidado los que en ella vivieron; los «años del hambre» en Irlanda 1847-1848.

Los acontecimientos de esta relacion ocurrieron en Irlanda, cerca de una ciudad cuyo verdadero nombre no diré, aunque trataré de dar sucinta idea del paisaje que fué de ellos testigo.

Si las personas y los incidentes de mi narracion excitan algun interés, será porque aquellas vivieron y estos sucedieron realmente.

La ciudad de Narraghmore está construida con piedra gris azulada que aparece oscura y triste cuando al cruzar las calles se van mirando las casas una por una separadamente, pero que armoniza con sus cercanías de verdes campos y laderas, con las curvas de montañas á su espalda y con el ancho rio que hácia el mar corre entre espesa arboleda por un lado y magestuosa cordillera que alterna con arenales extensos á la opuesta orilla. Es una ciudad grave, maciza, y la belleza del sitio en que se levanta y de sus alrededores, es objeto de muchos comentarios entre los viajeros de la gran línea de ferro-carril que atraviesa la provincia de Ulster desde la capital irlandesa hasta las costas septentrionales, esas costas de famosas cuevas y escarpados peñascos, de tronadores mares y de gradas de gigantes, cantadas por la leyenda.

Esta belleza viene inesperadamente tras una larga extension de país estéril, donde pobres manchones de miserable jabranza compiten con el declive de la colina de piedra y el pantano de yerbas, donde la garza vuela casi mojándose en los estrechos aunque risueños arroyuelos; de tal modo, que se dilata con el que hácia el Norte viaja una deleitosa vision de un valle vestido de verdura, con un rio ancho y magestuosos bosques detrás; una cadena de montañas cuyo contorno es sucesion de curvas deliciosas, sin una línea dura ni proyeccion repentina en toda su longitud, y allá á lo lejos el seno sembrado de velas de anchurosa bahía. La ciudad gris descansa en aquel valle, y algunos de sus edificios exteriores coronan las elevadas tierras más adelante. Tiene algo del movimiento é importancia de un puerto de mar, porque aunque el rio no es navegable todo él hasta Narraghmore, se le ha añadido un canal, y los dos se unen algo más abajo de la ciudad, en un paraje en que el contraste entre el encanto del bosque de una orilla, y la severa magestad y grandeza de la otra es marcadísimo y produce impresion profunda.

Narraghmore no es cabeza de condado (*county-town*); pero es una próspera ciudad en la que hay grandes almacenes de tablazon y donde florecen tambien otros ramos del comercio. Tiene un Banco y una cárcel, una casa de ayuntamiento, cuarteles militares y un buen número de iglesias pertenecientes á diversas sectas. En el terreno que se extiende fuera de ella, hay más de una venerable ruina cubierta de hiedra que tuvo su historia en los dias de las grandes turbulencias, y un cementerio viejo que salta en seguida á la vista por sus piedras grises llenas de musgo, sus nudosos árboles añosos, y la paz y soledad que en él reinan y proyectan su hechizo sobre los largos jardines en declive, ricos en fruta, flores y verdura, que con él se reparten la colina. Tambien fuera de la ciudad, en el sentido de la continuidad, pero deliciosamente situado al mismo tiempo como pudiera estarlo la escogida residencia del bienestar y de la dichosa vida doméstica, se levanta el Hospicio, que así se llama en Irlanda la institucion conocida en Inglaterra con el nombre de *Workhouse* ó *Union*, segun las circunstancias.

El hospicio de Narraghmore era un edificio largo y estrecho, de paredes grises azuladas, con tejado de negra pizarra, con ventanas altas, estrechas, cuyas puertas verdosas se movían sobre marcos negros; rodeado de patios en tres de sus fachadas, cuyos altos y toscos muros encalados exigían la vigilancia incesante de las autoridades para conservarlos limpios de inscripciones injuriosas y burlonas y de caricaturas, habiendo figurado entre las últimas con repetida frecuencia la del augusto presidente del Consejo directivo. En 1850 la ley de pobres en Irlanda era todavía conocida como la *nueva ley de pobres*, del mismo modo que en más reciente fecha la policía nueva fué conocida popularmente como los *pilladores*, y aún no se había borrado la terrible mancha que los años de insurrección habían echado sobre ella como sobre todas las instituciones.

Las amenidades de la arquitectura moderna, que tanto han hecho para modificar el primitivo aspecto horrible é inconveniente de todas las instituciones dedicadas al alivio de la humanidad doliente, ora nos interesen bajo la obligada forma de pauperismo, que debe ser albergado y alimentado por razones inherentes á la existencia del Estado y de la sociedad, ora bajo el persuasivo disfraz de Merced, «dos veces bendita,» no se habían extendido entónces á los hospicios irlandeses, y en verdad se han quedado cortos en esto aun en los días que corren. El hospicio de Narraghmore estaba tan desprovisto de encantos como los destinos de sus asilados, tan poco adornado como dura era la realidad de sus existencias.

En la vecindad del asilo, mostrando tan pocos adornos como la misma gran institución, y probablemente tan profundamente detestada por la mayoría de sus feligreses, estaba la escuela de los pobres. Este edificio era también largo, bajo y cerrado por un alto muro, y como el tejado era solamente dos ó tres pies más elevado que la cerca, puede suponerse que no abarcaba grandes y extensas vistas y que no pecaba por exceso de alegría. La distracción de los jóvenes estudiantes en este humilde templo del conocimiento no podría ciertamente venir de fuera, ni ser estimulada por la vanidad de la vista. La escuela para niños y la de niñas estaban bajo el mismo techo;

pero divididas por un muro que cortaba el desnudo patio, enfáticamente designado con el nombre de «sitio de recreo,» y rodeado por la pared externa. Los cuartos de la escuela estaban espalda con espalda, y cada uno tenía su puerta estrecha y negra, sobre aquellos escalones de piedra gris, con un marco triangular de madera sobre ella, y, en el extremo de este, que daba á la colina, decia *Escuela de niños*, y en el que miraba al rio, *Escuela de niñas*.

El lugar no animaba á fijar en él las miradas; pero la enseñanza que dentro de sus paredes se obtenia no era de despreciar bajo ningun concepto. Las escuelas de pobres en Irlanda tenían entónces, como tienen hoy, un alto rango entre los planes de instruccion popular, raramente coronados por el buen éxito, y educaban pupilos varones y hembras que tenían al ménos el principio hermoso de la vida que una enseñanza sana, aunque elemental, podia darles.

El puesto de maestra de escuela en la de niñas de Narraghmore estaba vacante al tomar mi narracion los hilos de los destinos humanos en ella envueltos, y una junta muy concurrida de todo el Consejo directivo se celebraba en aquellos momentos, con objeto de considerar las solicitudes que les habian llegado para ocupar la plaza y escoger el candidato á quien debiera darse, á juicio de la corporacion. No eran las solicitudes muchas ni difíciles las pruebas á que sujetaban á cada jóven; pero eran estas cuidadosamente aplicadas, porque el Consejo se componia, en su mayor parte, de hombres celosos por el éxito y respetabilidad de las escuelas; y Mr. Bellew, el presidente, caballero sério y de mediana edad, con cabellos grises y anteojos muy sagaces, que habia hecho mucho dinero con las plantaciones de lino para la industria de telas, estaba considerado casi como peligroso por sus ideas avanzadas en demasía, respecto á lo que era realmente bueno para la educacion de niños de ámbos sexos, y especialmente para la de las niñas.

La discusion del asunto se verificaba á la sazón en la sala de juntas—departamento anchuroso y cómodamente amueblado en el piso bajo de la parte del hospicio destinada á los hombres—y estaban sentados los que en ella tomaban

parte á los dos lados de una enorme mesa, provista de útiles de escribir y cubierta con un tapete de bayeta verde, bastante lleno de tinta. Mr. Bellew, el presidente, ocupaba su silla oficial en el centro de la mesa, dando espaldas á la alta chimenea de piedra gris, sobre la cual estaba desplegado un mapa de la provincia de Ulster que presentaba señales evidentes de haber sido muy visitado por las moscas; sus compañeros de Consejo habian arrastrado cerca de él sus sillas y estaban inspeccionando algunas cuartillas de papel esparcidas sobre la mesa, á cuyos pies se sentaba un dependiente, con una verdadera formacion de documentos enfrente de él, y con el aspecto atento, aunque indiferente, del que toma nota, pero no participacion en los asuntos del momento. Este dependiente era el empleado de la *Union*, y por este cargo, secretario del Consejo directivo; y su deber, en la ocasion presente, habia consistido sencillamente en presentar al Consejo las cartas de recomendacion y los títulos de las que pretendian el puesto de maestra de escuela, y en apuntar los nombres y calificaciones de estas, las cuales, en una sala de espera, aguardaban su turno de exámen.

—Bueno, que entre la número 5—dijo el presidente,—y á ver si responde mejor á la clase de cosa que *aquí* necesitamos que esta María Conway.

Mr. Bellew habló con alguna acritud. La pretendiente número 4, que estaba bien recomendada, y que tenia en regla todos sus nombramientos, habia fracasado por completo en una prueba que aquel miraba como de muy grave importancia. Era la de la escritura. Mr. Bellew tenia muy buena letra, de la llamada *comercial*, y opinaba que escribir con perfeccion era el timbre más señalado de educacion práctica, además de atribuir á esto alguna significacion moral no muy claramente definida.

—Jamás confio en hombre, mujer ó niño que no me mira de frente cuando me habla.

Máxima es la anterior frecuentemente expresada y acariciada de todo corazon por todos los que la profesan, especialmente si la naturaleza no los ha hecho vizcos y les ha dotado con el don de clavar la mirada fija y descaradamente.

—Jamás confío en la gente que no escribe con claridad.

Tal era la profesion de falta de fé de Mr. Bellew.

—Creedme; algo hay que no es bueno en la gente que no puede poner palabras claras en letras claras. Vuestros borrones, y vuestras q, q, q, rizadas, y vuestros ojos y rasgos, vuestras letras mayúsculas donde debiera haber minúsculas, y minúsculas en lugar de mayúsculas, vuestras palabras divididas en dos partes, y vuestros renglones siempre en cuesta, vuestras pícaras letras de caballeros y señoras, todo significa algo malo. Algo malo; no me meto á averiguar si es cabeza, corazon ó las dos cosas, pero hay algo radicalmente malo en el hombre ó la mujer que no tiene buena letra, clara, de acuerdo con las planas (las planas antiguas que estamos desterrando cada vez más, dia por dia, y es lástima grande, que ya demostrará el tiempo, cuando ni yo, ni vosotros, ni ninguno de los que hoy viven, vivamos ya); una letra que puedan leer las gentes sin perder ojos y sesos por la maldita indolencia y descaro del que escribe. Sí, lo repito, la maldita indolencia y descaro; porque no se me negará que la gente *puede* aprender á hacer buena letra, si quiere. Muy bien; si *no lo hace*, es por indolencia, y como sus infernales garrapatos fastidian á los demás, á quienes no tienen derecho alguno de fastidiar, eso es descaro. No, no; el hombre ó la mujer que escriba con buena letra y recuerde las planas modelos, es quien disfrutará de mi dinero.

Como, en el caso presente, el dinero de Mr. Bellew significaba el dinero de la comunidad, en otros términos, el sueldo de la maestra de escuela, y sus compañeros de Consejo estaban preparados para convenir con él en que una buena letra era muy de desear por parte de la solicitante que hubiera de ser aprobada, habia un especial interés por la manera con que cada mujer, una tras otra, despues del exámen preliminar de títulos y recomendaciones y de las breves preguntas acostumbradas, desempeñaba la tarea impuesta subsiguientemente en el susodicho punto. Solamente era esta. Se exigia que se sentase á la mesa que habia á un lado igual á la central, cubierta con un tapete manchadísimo de tinta y provista de utensilios de escritorio, y que escribiese sobre una hoja unas frases cuales-

quiera, para que las leyeran los caballeros de la mesa del centro. Curioso habia sido observar la dificultad que esta, al parecer sencilla órden, habia ocasionado á las cuatro pretendientas y el disparatado modo de obedecerla que habian tenido, aunque su educacion prévia, indicada por un título, debia haberla hecho perfectamente fácil. Mr. Bellew se ponía impaciente cuando la examinanda se revolvia en su asiento, tomaba con timidez la pluma, enredaba y jugueteaba con el papel, subían los colores á su rostro, tosía, miraba á todas partes como gato acosado que busca salida, y finalmente, cuando al indicarle ya que estaba perdiendo tiempo, escribía algo desesperada, y lo concluía (concluyendo por ello al mismo tiempo con su suerte) con un tachon y una mancha.

De las cuatro clases de letra ya sometidas al Consejo, la de la cuarta pretendiente era la que más se aproximaba á algo que pudiera merecer la aprobacion de Mr. Bellew. Pero la núm. 4 habia tomado contra conciencia demasiado tiempo para pensar lo que iba á escribir, se habia puesto más encarnada, habia tosido de un modo más oscuro, habia jugado más con el papel que tuvo delante, habia mirado en derredor con estupidez más patente y con más apuros que sus tres predecesoras, y, finalmente, habia escrito muy despacio y con extraordinarias fatigas:

«*Caballeros:*

»*Espero que estareis muy buenos.*

Quedo, caballeros,

vuestra obediente servidora

MARÍA CONWAY.»

Cuando el secretario abrió la puerta para franquear el paso á la pretendiente núm. 4, lo que hizo con tanta cortesía como si hubiera sido una señora y él un caballero, ya sabia él, y ella no lo ignoraba, que todo habia concluido para ella.

Despues de una momentánea tardanza se presentó la pretendiente núm. 5, y si el secretario del Consejo hubiera sido uno de aquellos que conciben desconfianzas de todo el que no mira de frente al rostro de su interlocutor, hubiese tenido desde luego sospechas de la núm. 5 cuando despues de hacer profundísima reverencia en la puerta se adelantaba á la gran

mesa, dejaba sus papeles ante el presidente y respondía á la primera pregunta de Mr. Bellew.

—Mi nombre es Catalina Farrell, señor.

El dependiente habia extendido su mano para coger el paquetito de papeles que tenia, como cosa corriente; pero pasó al lado de aquella mano extendida sin parecer reparar en ella. El secretario estuvo vuelto de espaldas á la mesa hasta que la examinanda pronunció sus primeras palabras: entónces cerró la puerta y recobró su sitio.

Se ordenó á Catalina Farrell, como á sus predecesoras, que se sentara mientras los caballeros estaban ocupados en mirar y revisar los papeles. Accedió, pero diferenciándose de las precedentes por su presencia de ánimo. Todos los directores la miraban, aunque algunos de ellos fingian estar leyendo los títulos de idoneidad para el puesto de maestra y las cartas de recomendacion de la parroquia donde habia residido últimamente, y á ella no se escapó esta circunstancia: el dependiente no la miraba, y tambien lo conoció ella.

La mujer en quien estaban fijos cuatro pares de ojos, y de quien estaba vuelto y separado el quinto par, tenia quizás veinticuatro años de edad; era alta y hermosamente formada, con la mejor y más rara de las formas, la que tiene la rústica independencia no sujeta á los artificios, sin trabas ni modas de vestidos y adornos, y la que representa una vida entera al aire libre, sin rasgo tosco ni señal de fuerzas gastadas. De simétrica figura, de firme paso, con hombros y busto cuyos hermosos contornos se dibujaban bien bajo un tónue chal negro, netamente ajustado, y con una gola blanca, ligeramente tocada en la parte del cuello por sedosos rizos de rico cabello rojo. La profusion de macizas trenzas sobre una hermosa cabeza era apenas discernible bajo la cinta del sencillo y limpio sombrero de paja, de gran circunferencia, y amarrado con grandes lazos, cuidadosamente ajustados bajo la firme y bien delineada barba. Los sombreros en 1850 eran verdaderas tapaderas de la cabeza, y ocultaban esas facciones características que se llaman las orejas. El sombrero de Catalina Farrell ocultaba sus orejas, que, fueran ó no características, no armonizaban con su singular belleza, porque eran grandes,

gruesas en los lóbulos y ménos delicadamente coloreadas que su cara, que ser podia una de aquellas á las que nunca se permiten visitar con demasiada dureza los vientos del cielo, una de aquellas que pertenecen á las *plantas de estufa* por su encanto, y que excepto para los ojos expertos y prontos en descubrir las indicaciones de caractéres excepcionales, tienen todo el hechizo indolente y delicado del tipo aristocrático.

Esta mujer, que venia á probar si podia ganar felizmente el privilegio de señalar á los niños pobres sus monótonas lecciones un dia y otro dia en una escuela raída, sencilla y de poco valor, tenia el corte de facciones y el tinte y organizacion de colorido que las personas de poder limitado de observacion y de tipos preconcebidos describen como propios de una duquesa—como si la naturaleza dirigiese sus operaciones con el sistema y segun la escuela de un taller de modas—y las manos, que traia ocultas en guantes de algodon oscuro, y los pies aprisionados en fuertes botas de confeccion campestre, hubiesen igualmente respondido á aquella descripcion. De su ancha y poblada frente, blanca como la leche y como su garganta, se enrollaban hácia atrás sus rojos cabellos desgargalados, con tildes de oro en sus raices, y relámpagos ardientes en sus ondulaciones, que desafiarian á todo pintor desde que los gigantes pusieron sobre sus lienzos la belleza de las mujeres venecianas en los buenos dias de la antigüedad; y bajo la arqueada ceja, sus ojos, profundamente colocados, largos y aunque muy próximamente incoloros, á lo más tan claros como el agua, y sombreados por espesas y empinadas pestañas de un rojo más subido que su cabello, miraban en alto ó se tenían resueltamente humillados, segun quería, demostrando poder, voluntad, intrepidez, que raramente se encuentran en ojos mujeriles. La expresion de aquellos ojos de luz de relámpago era tan notable, que hubiese marcado la fisonomía, si aquella fisonomía no hubiera poseido ya otros caractéres distintos; si la boca no hubiese sido bella, y el colorido de esa casi deslumbrante blancura y pureza, que se vé algunas veces en combinacion con cabello del tinte que no hay más remedio que calificar de rojo, sin que valgan sofisterías ni efectos conciliadores, el tinte con que casan bien unas conta-

aisimas pecas, y que resiste con igual impunidad las inclemencias del viento y del tiempo.

Un interrogatorio semejante al que se habia hecho ya á cada una de las cuatro precedentes, fué dirigido por Mr. Bellew en el caso de Catalina Farrell. Parecia como si los otros miembros del tribunal se contentaran con escuchar y mirar, especialmente con mirar. Ella desempeñó bien su cometido, y aunque el presidente hizo preguntas que tenian mucho sabor de curiosidad personal respecto á esta mujer tan poco vulgar que pretendia un puesto de humilde importancia y pequeño sueldo, como si fueran provocadas por celo y discrecion en la eleccion que él y sus colegas estaban llamados á hacer, ni la más ligera sonrisa, ni la más insignificante mirada de comprension dió á entender que estaba ella al cabo de la excepcional naturaleza del interrogatorio. Los hechos sacados en limpio eran extraordinarios. Su historia era muy sencilla.

Catalina Farrell era natural de Dublin, donde habia sido criada por un hombre y su mujer, tenderos de comestibles en pequeñísima escala, mejor dicho, revendedores, que la habian adoptado de niña, cuando todavía estaban en un estado más pobre, y en cuyas caritativas manos habia sido abandonada. De su nacimiento y padres nada sabia. Sus nuevos padres habian hecho por ella cuanto pudieron, que no fué poco considerando sus luces y sus circunstancias. Habia sido bien enseñada en la escuela nacional, y cuando en los «años de la fiebre» murieron con diferencia de algunas horas sus padres adoptivos y lo poco que dejaron tuvo que dividirse entre sus dos hijos, un niño y una niña, la muchacha que habia tenido la parte de un hijo en la casa y en el cariño, se vió reducida á ganarse su vida, y colocada inmediatamente en posicion de hacerlo así, por la influencia del doctor que asistió á los buenos viejos en su fatal enfermedad. El Dr. Rourke no tenia idea, hasta despues de la muerte de sus parientes, de que Catalina Farrell no era hija suya; y aunque casos de una adopcion tan completa no son de ninguna manera raros en Irlanda, se maravillaba él de que pudiera haberse engañado tanto en este ejemplar, porque la pareja y sus hijos nada tenian de comun con la hermosa y capaz jóven que los asistió durante su mortal dolencia con

afecto, falta de aprension é inteligencia á la altura de las circunstancias. Cuando Patricio y Brígida Mooney descansaban finalmente bajo los terrones de Glasnevin, quedó disuelto el ficticio lazo de familia. Los jóvenes Mooneys se cuidaron poco de Catalina, y á ella no se le importó gran cosa de ellos. No la hubieran arrojado de su casa como no lo hubiesen hecho sus padres; pero ¿por qué no habia ella de cuidar de sí misma? hé aquí una pregunta que los huérfanos se hicieron el uno al otro en el momento en que las cosas cambiaron de aspecto; mucho más supuesto que Catalina habia sido educada bondadosamente, lo que no le sucedia de ninguna manera á Margarita Mooney, y tenia, por lo tanto, medios que no desdeñarían las clases elevadas.

Por pronto que discutieron esta cuestion el hermano y la hermana, con quienes ella se habia educado, pero de quienes nunca fué hermana, se les habia anticipado Catalina, quien habia meditado bien todo y tomado una decision ántes de que se cerraran por el duelo las puertas del frente de la tiendecilla de la callejuela que habia sido su casa desde que tenia uso de memoria. Ella podia sacar un certificado de la escuela á que habia asistido y en la que habia aprendido á satisfaccion cuanto le habia sido enseñado y una recomendacion del convento á donde habia ido para aprender las labores de aguja y de bastidor, y donde habia adquirido cierto refinamiento de ideas y de maneras, que ensanchaban el barranco de separacion, porque aumentaban la desemejanza, entre ella y los hijos de sus protectores.

El Dr. Rourke tenia una hermana casada con un médico de rango inferior al suyo en la comun profesion, doctor de casa de socorro de una ciudad en el condado de Monaghan. La señora Mangan tenia cuatro hijos, pocos medios, corazon bueno, génio dulce y el marido más á la pata la llana que fué querido en el mundo y pagado irregularmente por una numerosa y despecuniada clientela. Él se las manejaba sin embargo, perfectamente satisfecho, en la sociabilidad. No habia mucho dinero en la casa de Mangan para dedicarlo á educacion, y la señora Mangan estaba acaso demasiado sobrecargada de trabajo con administrar á las necesidades de cuerpo y

alma de cuatro chiquitas, cuyo jovial padre tenia la creencia general de que cualquier cosa bastaba para vestirlas y que cualquiera serviria para enseñarlas: y que no habia por qué apurarse mientras él pudiera surtir las de alimentos y medicinas. El Dr. Rourke vió el modo de introducir á Catalina Farrell en una casa respetable y tambien de proporcionar á su hermana un auxilio importante y no desagradable, enviando á la primera como aya y niñera de las hijas de la última, mediante un corto salario. Por esto, Catalina se encontró instalada en la desordenada aunque generosa casa de la señora Mangan, breve tiempo despues de la muerte de los que como padres la adoptaron. Esa parte de su historia no hacia más que dos años que habia ocurrido, y el experimento del doctor Rourke habia salido perfectamente. La hermosa muchacha del tenducho de Dublin habia demostrado no ser ni demasiado inculta ni demasiado ignorante, y la señora de Mangan y Catalina Farrell se hicieron muy buenas amigas.

—Es decir—explicaba despues la señora de Mangan,—tan buenas amigas como es posible cuando la generosidad de corazon está toda en un lado. Yo estoy segura de que ella supo de mí todo lo que hubo que saber, y Dios sabe que Tom (mi marido) nunca tuvo fama de contener su lengua sobre sus asuntos propios ó ajenos, y la verdad sea dicha, nada habia por qué callar. Ningun disgusto tuve—y tuve bastantes, porque en aquellos dias no paraba de salir todo de casa y no llegaba á entrar nada—que Catalina no supiese lo mismo que yo; y yo nunca supe una palabra acerca de ella, en todo el tiempo que estuvo en mi casa, sino lo que mi hermano me dijo cuando nos la envió. Ella vivia con los niños y con nosotros, y puede ser que nada tuviera que decir; de todos modos, si lo tuvo no lo dijo. Yo tenia demasiado en qué pensar con todos nosotros, y jamás me vino á las mientes que la muchacha fuese amiga de secretos hasta que me sorprendió diciéndome que no podia permanecer más tiempo, y que la colocacion no le convenia.

Jamás me quedé más estupefacta. Hasta entónces hubiera yo jurado que nos idolatraba á mí y á las niñas, particularmente á Carolina, y que tenia nuestra casa por la suya pro-

pia. No obstante, estaba tan fresca, tan tranquila y determinada como nunca vi á nadie y apegada como una sanguijuela á que la colocacion no le convenia y que no tenia salud por eso. No pude nunca sospechar que fuera una excusa; pero presumia que debia ser forzosamente un capricho, supuesto que era la alegoría de la salud y jamás tomó un escrúpulo de medicina que yo supiera en todo el tiempo que estuvo en la casa, aunque no se tasaban las medicinas, Dios lo sabe, y las tenia siempre á mano, como quien dice. Pero no importa, le era forzoso marchar, y queria marchar y marchó. Dijo á las niñas adios, y ni una lágrima asomó á sus ojos; pero lo sintió, en su extravagante manera, y tembló toda cuando le dije que viniese á casa en sus vacaciones y que le pagariamos su viaje, y que si no conseguia esa escuela que iba á solicitar, que volviera otra vez con nosotros.

Las niñas la echaron de ménos, y tambien yo, ¿para qué negarlo? En cuanto á Flora, fueron necesario todas las pastillas de menta y todas las azufaifas de la botica para detener su llanto durante una semana entera, y ya no sabia yo dónde tenia mi cabeza. Tom era la única persona en la casa que no se preocupaba gran cosa; pero eso era por causa de Sam Sullivan, su mancebo. «Jamás pude conseguir de él que hiciera nada al derecho, mientras estuvo en casa esa muchacha, querida—me decia;—y en cuanto á fiarle que compusiera una receta ó que recordara unas señas cuando ella rondaba la botica, no me atrevia á hacerlo. Sam hubiese envenenado á media parroquia si no le hubiera cogido á tiempo más de una vez, señora Mangan; así, no te aflijas, que despues de todo, nada malo ha sucedido. Enviaremos los niños otra vez á la escuela, ó, si quieres tener una aya, busca esta vez una roja que espante por fea, y no una belleza de cabellos rojos, porque esto *no me conviene*, señora.»

Cuando Tom decia esto me hacia reventar de risa, pero yo le decia únicamente que no fastidiara; no sabia él lo que yo habia perdido con ella; ¿cómo podia saberlo? Ningun hombre sabe nunca cómo se gobiernan las cosas en una casa. Que se quede solo un hombre como Tom, á quien nada se le importa de lo que se haga ni de lo que deje de hacerse, con

tal de tener él sus botas con lustre y una pata de carnero para la comida.

La candidato núm. 5 dió breves y claras respuestas á las preguntas que se le hicieron. A la conclusion del interrogatorio, que produjo evidencia satisfactoria de su competencia, se le dijo que escribiera en una hoja de pápel, como las otras cuatro lo habian hecho.

Se levantó el dependiente é indicó el sitio en la mesa. Catalina Farrell se sentó donde se le indicaba, se quitó sus guantes de algodón, enseñando una mano blanca y bien formada; despues, sin prisa ni vacilaciones, escribió pocos minutos en el papel que tenia delante. El dependiente estuvo de pié á corta distancia, y cuando ella dejó su pluma, tomó él la cuartilla y la colocó delante del presidente. En letra perfectamente legible y elegante, habia escrito la núm. 5:

«Si el Consejo Directivo se digna nombrarme para el puesto de maestra de escuela, haré todo lo que esté de mi parte para llenar mis deberes á satisfacion suya.»—CATALINA FARRELL.

—Creo que tenemos maestra de escuela—dijo Mr. Bellew cuando la núm. 5 se habia retirado al cuarto de espera.—Jamás ví tan buena letra de mujer, en toda mi vida.

—Yo no creo haber visto nunca un rostro parecido—observó un anciano director á la derecha del presidente.

—No os cuideis de eso—dijo Mr. Bellew;—una linda cara no daña á una jóven juiciosa, y esta evidentemente es una roca por buen sentido. Mirad sus rasgos; mirad que *enes* y que *úes*, que no hay modo de equivocarlas unas con otras. Ni una *t* sin palo ni una *i* sin punto. Fuertes indicios de carácter, órden, método y conciencia. ¡Y la idea magnífica de escribir esas palabras! De primer órden, sí señores, de primer órden. Mi opinion es que ya tenemos maestra de escuela ¿Qué decís, señores?

Ellos dijeron: «Sí, si,» y el presidente propuso que se informara desde luego á Catalina Farrell del resultado de sus deliberaciones, y de este modo triunfó la quinta candidatura.

CAPITULO II.

EN LA COLINA.

La principal calle de la ciudad de Narraghmore estaba cortada á trechos por otras más pequeñas, estrechas y empinadas, que terminaban en un arrabal desordenado de la colina, que en tiempos muy remotos habia estado comprendido en el recinto de un monasterio. Un camino en cuesta daba vuelta al rededor de la montaña, hasta llegar á las casuchas de más arriba, con sus trozos de jardin, en las que se divisaban preciosas vistas de tierra y mar extendidas delante del observador. Este camino era perfectamente visible en un gran trecho desde la ciudad; y como formaba la ruta del carro de postas para los distritos montañosos del condado—únicamente la línea principal de caminos de hierro existia en la época á que me refiero,—tenia la gente la costumbre de frecuentarlo cuando aquel vehículo pasaba rodeando la parte más alta de la colina á su salida por la mañana y á su entrada por la tarde. Era un lugar tentador para haraganear en él cuando el tiempo estaba bueno, con toda la lujuriosa y soñada belleza del llano y de la montaña, del rio y del mar, desplegada por todos lados; y en la colina habia aquí y allá algunas piedras grandes destacadas que formaban asientos convenientes en la primavera, medio ocultos por el dorado tojo; y á la cambiante luz ofrecia el paisaje tantos cambios que más bien parecia una série de cuadros disolventes.

Entraba ya en horas una tarde de un hermoso dia de Abril, cuando el mayoral del coche de correos entre Narraghmore y las aldeas de las montañas limítrofes paraba en el torno del camino que ha sido ya descrito para dejar bajar á uno de los cuatro pasajeros que traia. El pasajero, que no llevaba equipaje, estuvo parado algunos momentos mirando desaparecer al coche ántes de dar algunos pasos fuera del camino, y se sentó en una gran piedra, casi enterrada en la colina. Era un hombre alto, atlético, de unos treinta años de

edad, moreno, con cabellos negros y rizados, y ojos de ese azul agudo y chispeante, de ese tipo tan español como irlandés que se encuentra con muchísima frecuencia donde ha habido mezcla de las dos razas. Era un hombre de hermosa apariencia, y aunque sin ningunas pretensiones de caballero, no tenía vulgaridad ni en su rostro ni en su figura. Estaba vestido con un traje oscuro, y llevaba un sombrero suave, también oscuro, de anchas y tendidas alas, que sentaba muy bien á su cara morena. Al sentarse en la llana piedra, se quitó el sombrero, y pasó la mano por entre sus espesos y negros cabellos distraidamente, como quien está disgustado y perplejo.

Un poco despues, cuando el camino estaba completamente solitario y las sombras de la noche se iban reuniendo sobre la colina, apareció una mujer, que subia del revuelto arrabal de la ciudad, y á su vista se incorporó el hombre y anduvo algunos pasos hácia ella; se encontraron al borde del camino, y la mujer rompió el silencio:

—Me he retardado—dijo.—La señora de Bellew me detuvo. Se han llegado á figurar que pueden disponer de mi tiempo para cualquier necesidad que se les ocurra. ¿Y bien?

—Está muy mala en verdad—replicó el hombre.

No se habian dado la mano ni proferido palabra alguna de salutación ordinaria, y ahora paseaban el uno al lado del otro por el camino, retirándose de la ciudad. El sol, que se ponía, daba un toque de luz á la figura de la mujer y hacia centellear su brillante cabello. Estaban enteramente solos; no podía verse ninguna otra figura en toda la colina; el monótono crugir de un carro muy lejos, y los ladridos de perros abajo en la ciudad, eran los únicos sonidos que podían oirse. La mujer entrelazó sus dos manos, y de repente, abriéndolas del todo como si se escapase de sí misma, agarró el brazo del hombre.

—No lo digas con ese tono. No aparezcas estar triste cuando eres portador de las noticias mejores, *casi* las mejores que podías traer—dijo ella con voz baja y apresurada.—¿A qué conduce disimular uno con otro? ¿No es bastante tener que engañar á todos los demás? Al ménos, cuando estemos jun-

tos, digamos la verdad. Está muy mala; dímelo todo. ¿Qué probabilidades, qué esperanzas hay, Domingo?

Se inclinó sobre él; su cara tocaba al hombro del brazo que agarraba (un hermoso rostro, de ojos maravillosamente brillantes, á pesar de su carencia de color), y parecía atraer la de él por medio de un encanto, porque en la mirada que caía sobre ella ántes de que se juntaran sus lábios habia repulsion que negaba la pasion de su beso. Ella se adhirió á él por un momento con un murmullo de suavísimo sonido.

—Adorado mio, adorado mio—dijo ella;—pero en seguida se soltó de él, y repitió su pregunta.

—¿Qué esperanzas hay, Domingo?

—No hables así, no digas eso; es infausto—dijo el hombre con dificultad.—Me asustas cuando dices eso, aunque no pienses en todo el significado de lo que dices. Es una cosa mala decir de la pobre mujer, ¡Dios la valga! cuando Su mano cae tan pesada sobre ella, y Catalina, Catalina—la cogió entre sus brazos sin respeto á cualquier observación posible,—la he hecho ya bastante daño para lamentar todavía la poca vida que le queda. El verla hoy me ha llenado el corazon de amargura.

La mujer se separó en un arrebato de furia.

—Y has traído el corazon amargado y falso para venir á verme. ¿Es eso lo que quieres decir? Que la has hecho bastante daño. ¿Y á mí, qué daño me has hecho?

Hablaba ella con la mayor vehemencia, apresurando su paso al parecer inconscientemente.

—A tí te toca verdaderamente, así lo estoy pensando, darme lecciones y enseñarme mi deber para con la anciana con quien te casaste, Dios sabe por qué; la anciana de quien te hubieras visto libre de buena gana, antes aún de ver mi cara. Yo no soy embustera ni hipócrita, Domingo Daly; y cuando quiero saber una cosa la pregunto, y con más motivo si necesito que tú me lo digas. No me importa lo que tú piensas de la pregunta, ni si te es ó no agradable. ¿No hablabas de *probabilidades ó esperanzas*? ¿Y si no hablabas de ellas, quién pensaba en ellas sino tú? Y ahora vienes de verla lleno de compasion y de remordimiento, cosas que yo no entiendo. Yo no comprendo nada que no sea amarte y desear la vida

para tí, y tú te incomodas conmigo porque yo retrocedo hasta ayer y á lo que ayer nos digimos el uno al otro.

—No, no me incomodo contigo, Catalina; me incomodo conmigo mismo.

—¿Y por qué? No tienes tú la culpa, sino yo; yo la tengo toda. ¿No lo ví claro en tu cara, no lo oí en tu voz cuando llegué á Narraghmore? ¿Me digiste que era un dia desventurado para nosotros dos? ¡Desventurado! Cuando yo habia conseguido salir de Athboyle sin molestar á mis amigos y establecerme aquí sin que nadie sospechara la causa. Lo ví, Domingo, lo conocí. No pudiste engañarme aunque trataste de hacerlo; trataste, sí, cuando viniste á buscarme aquella noche para convencerme de que únicamente la sorpresa era lo que te habia dolido. ¡La sorpresa! Siempre, eso es. Pero yo te digo, Domingo Daly, que era más que la sorpresa; era el miedo lo que te afligia entónces; y es el miedo lo que te aflige ahora.

Se habia adelantado á mucha distancia de él, y volvió á desandar el camino y se le puso en frente. El hombre la miraba lleno de turbacion.

—No me digas á mí cosas como esas, Catalina—dijo tristemente.—Si yo tuve miedo, seria miedo legítimo por tí y por mí; el mal que te habia causado y el mal que tú misma te estabas haciendo, adorada mia, todo por mí, todo por mí, viniendo á este lugar.

—No todo por tí—dijo ella pensativamente, encorvando de pronto sus espesas cejas;—mucho por mí misma. Tú podias haber vivido sin mí; yo no podia vivir sin tí: yo no podia soportar la vida despues que tú saliste de Athboyle; yo llegué á odiar el sitio y hasta á las mismas niñas, y si hubiera permanecido más tiempo con los Mangan no nos hubiéramos separado siendo buenos amigos. Es una vida de esclava la que hago aquí, y no es más agradable en lo más mínimo porque las señoras me agasajen, sino porque estás tú aquí para verte, y por nuestras probabilidades de vigilar: si tuvieras tú más valor, Domingo, nada me importaria; pero tú me atormentas; tú pones á prueba mi temperamento ardiente y terco. ¿De qué sirve no decirnos mutuamente la verdad?

A las últimas palabras se suavizó su voz, desapareció la cólera de su rostro, y se sonrió débilmente con hermosa y persuasiva sonrisa.

—Ya sé, ya sé—dijo Daly tiernamente y la atrajo hácia sí.—Creo ser tan cobarde como tú dices, Catalina; pero no tengo miedo por mí. Yo moriría por tí, bien lo sabes, adorada mía, sin murmurar siquiera; pero me asusta causar tu desgracia, me asusta llevarte á la vergüenza. Y tú eres terca, como dices, y no eres precavida; pero debias serlo, porque la precaucion únicamente puede salvarte del peligro en que yo te he metido: yo no puedo salvarte, aunque bien quisiera haber perdido la vida ántes de que te hubiera hecho daño alguno.

—Yo seré precavida—dijo la mujer con un aire de impaciencia en su voz:—yo haré cuanto quieras con tal que seas honrado y franco conmigo, y no te andes con escrúpulos cuando ya es demasiado tarde. Será fácil ser precavidos si no lo hemos de ser durante mucho tiempo, y justamente eso es lo que te estoy preguntando, ¿qué probabilidades hay?

Con característica pertinacia habia vuelto la mujer á sus primeras preguntas. Con característica mansedumbre el hombre se rindió á la importunidad, y la respondió, aunque de nuevo la pregunta estaba hecha en los términos que habian provocado anteriormente su protesta.

—Encontré verdaderamente muy mal á mi mujer—dijo él.—Ha tenido tres ataques desde el lunes y está horriblemente demacrada. La señora Cronin dice que no cree que pueda vivir seis meses.

—¡Seis meses!

Un desconsuelo genuino, sin disfraz, habia en el tono con que la mujer profirió estas dos palabras; una vez más cruzó la momentánea mirada de repulsion el rostro de Daly.

—Ha sufrido más que nunca. Cayó sobre la chimenea en uno de los ataques, y se hirió toda la cara espantosamente, y aunque ya hoy estaba bien, apenas podia hablarme; se habia mordido la lengua de un modo grave y la tenia toda llagada. ¡Oh! Catalina, da pena verla.

—Naturalmente que da pena, y pena escandalosa además;

porque, ¿qué te indujo, á un jóven hermoso como tú, á buscar esposa como esa, cuando solamente tenias veintidos años al casarte?

—Pensé que ya lo sabias, Catalina. Lo hice por mi padre; para conservar al pobre viejo los cuatro palmos de terreno que tenia; hubiera destrozado su corazon el perderlos. María Kearney tenia dinero, y entónces no era mujer de mal aspecto; jamás fué mujer de mal corazon ni de mal humor, y yo nunca me habia fijado en otra. No pensé jamás que podria ver una cara que me volviera el mundo entero al revés; esa cara fué la tuya, adorada mia. Ella era una buena esposa para mí y una buena hija para los viejos hasta que ellos murieron y se presentó su enfermedad.

—Y tú tambien fuiste bueno para ella, estoy segura de ello; y no es falta tuya que sea ahora una pobre criatura ya sin vida y llena de miseria. Es duro para tí, Domingo, estar amarrado al gusto de ella, ahora que los viejos ya no existen y que ella por la epilepsia es un objeto que no puede disfrutar de la vida; y esto seria duro para tí aun cuando tú y yo no nos hubiéramos encontrado nunca. Pero nos hemos encontrado y tú me amas, no como yo te amo, porque eso no consiste en tí ni podrás nunca; pero estoy contenta con que me ames lo que tú puedes y ahora es duro para nosotros dos. Esto es todo lo que pienso y nada puede ser más verdadero.

—Ya sé, y yo tambien lo siento; pero daba compasion verla hoy, Catalina, con su pobre cara blanca y su claro pelo gris, y sus manos todas envueltas en trapos, por habérselas lastimado todas.

—¡Desagradable! Y tú quieres probar á sostenerla la vida para verla así; y á eso llamas caridad y conciencia. Segura estoy de que ella misma no desea vivir, cuando esté en uso de sus sentidos.

—¡Oh! sí lo desea—dijo Daly en seguida;—tiene gran ansiedad por vivir, y hoy, hablando como mejor podia, me pidió que tratara de buscar un nuevo sistema de curacion para ella. Se adhiere á su vida, pobre como es, Catalina, tanto como nosotros á la nuestra, con amor y esperanza, y yo no me

atrevo á sentir que viva: trae mala suerte desear á nadie la muerte. No debemos contar con ella, no debemos.

—¿Pues con qué otra cosa podemos contar?—preguntó la mujer, no con fiereza esta vez, pero con melancólica seriedad, como si apelando estuviera á la razón.—Mira de frente á la realidad y dime con qué otra cosa podemos contar. Ha sido extraordinaria mi buena suerte aquí por agradar á la gente y conseguir el apoyo de las señoras, á despecho del Padre Juan, á quien no le gusto, aunque tú sí le gustas, y que sospecha de nosotros dos. Sí, créeme como te lo digo, Domingo, sospecha de ámbos; y si las cosas tienen que prolongarse mucho tiempo en este estado, nos hará sentir con dureza el peso de su mano en nuestros asuntos. Y si tú perdieras tu destino y yo el mio, ¿dónde estaríamos, *cuando llegara la ocasión?*

—Dónde, es verdad. Seguramente no puede ser que yo vaya á llevarte á la miseria, si alguna vez tengo la suerte de hacerte mi mujer.

—No sería miseria, de ningun modo, aun cuando fuera gran pobreza—dijo con fervor la mujer.—Naturalmente, nos será forzoso hacer cuanto podamos por evitarla; pero por eso no me preocuparía yo mucho. Pienso que nada puede haber para mí, á no ser el cielo, como ser tu esposa. ¡Oh Domingo adorado! si ella hubiera ya muerto, esa desgraciada cuya vida de nada le sirve..... ¡Chiton! alguien viene por el camino.

Se separó de él y subió corriendo á un punto de la colina desde el cual podía ver á mucha distancia, á pesar de la creciente oscuridad. Habían andado un buen trecho y estaba haciéndose oscuro. Daly se quedó de pié donde ella le había dejado, siguiendo sus rápidos movimientos con la vista. Ella miró al frente, después se agachó detrás de una enorme piedra entre el enmarañado monte, y atisbando desde allí dijo en voz perceptible, pero precavida:

—Es el Padre Juan, es preciso que no me vea. Dá la vuelta en seguida y dirígete hácia la ciudad, él te encontrará; no mires atrás.

Domingo Daly la obedeció prontamente; y ella, retirando otra vez la cabeza, se quedó escondida detrás de la piedra. A

los pocos minutos, la figura de un hombre robusto y anciano, con el traje del sacerdote, montado en un poderoso caballo de buena raza y bien mantenido, que llevaba á un regular trote, llegó á la cúspide de la colina y se perdió de vista para la que espiaba. Ella esperó todavía algunos momentos ántes de deslizarse al borde del camino, y miró hácia donde habian desaparecido ginete y caballo. Habian encontrado al fin al que á pié caminaba, y Catalina Farrell pudo observar que el padre Juan O'Connor paraba para hablar al dependiente de la *Union*, y que despues el sacerdote siguió llevando su caballo al paso hácia Narraghmore, y que Domingo Daly iba andando al lado suyo.

MRS. CASHEL HOLY.

(*Se continuará.*)

LA ORIGINALIDAD Y EL PLAGIO.

I.

Hace ya dias aparecieron en *El Globo* varios artículos, acusando de plagiario al Sr. Campoamor. Los artículos citaban cincuenta, sesenta ó cien frases, pensamientos y sentencias de Víctor Hugo, que el autor de las *Doloras* habia casi literalmente ingerido en sus escritos.

El hecho es indudable. Ninguna de las citas puede atribuirse á coincidencia. El poeta español ha copiado al francés. Él mismo ha tenido que confesarlo y lo ha confesado. Para algunos finos amantes de la literatura la reputacion del señor Campoamor está punto ménos que perdida con tal descubrimiento.

Ignorando quiénes son los acusadores y creyendo las firmas de Vazquez y de Nakens pseudónimos, hubo bastantes personas que me hicieron la honra de atribuirme los artículos mencionados. Por último, no faltaron algunas que acudieron á felicitar-me por ello, suponiendo que habia yo prestado un gran servicio echando por tierra un ídolo popular, reduciendo á su verdadero valor una reputacion usurpada.

A tan lisonjeras felicitaciones he contestado siempre que no las merezco. Por el contrario, algo, aunque sea poco, debo yo de haber contribuido á levantar el ídolo, escribiendo un elogio del Sr. Campoamor, que se imprimió varias veces y hoy sirve de prólogo á la edicion completa de las obras poéticas del acusado hecha en París recientemente. En aquel elogio nada escatimaba yo ménos al Sr. Campoamor que la originalidad.



—Pues ya se habrá Vd. convencido de que no es tan original como Vd. pensaba—me han dicho las personas á quienes yo negaba haber escrito la acusacion y recordaba el elogio.

Esto me obligaba entónces á replicar, afirmando que las cien frases tomadas á Víctor Hugo y otras ciento más que se me citen no me hacen variar de opinion, sino que sigo teniendo al Sr. Campoamor en el mismo concepto en que antes le tenia. Casi le tengo ahora en mejor concepto, porque yo no le hubiera perdonado jamás que de su propia cosecha hubiese sacado las absurdas rarezas ó los pensamientos hueros é hinchados que se citan, mientras que, siendo de Víctor Hugo, ya se los perdono como una niñada disculpable. Al fin la gloria de tan celebrado escritor pudo deslumbrar hasta ese extremo. Inventar, por ejemplo, la frase *nada hay que maree tanto como maniobrar en lo insondable*, acredita para mí á cualquiera de tener el gusto pervertido; pero tomarla de Víctor Hugo, cegándose por el resplandor de su inmensa fama, tiene alguna disculpa.

Los demás hurtos literarios de que se acusa al Sr. Campoamor, ó son tan extravagantes como el del *mareo en lo insondable*, ó no distinguiéndose por la extravagancia, caen en la categoría de lo insignificante y sin ningun valer. Todos estos hurtos me hacen recordar el de aquel niño del cuento, á quien acusaba un hermanito suyo de haber hurtado un borrico. Espantado el padre de la precoz maldad del niño, le preguntó dónde tenia el borrico para entregársele á su dueño. El asombro del padre fué grande cuando el niño le dijo que le tenia debajo de la almohada de su cama; pero al cabo salió del asombro, no bien supo que el burro era de berengena con patas y cola de caña. Todas las frases, imágenes, sentencias y discreciones tomadas por el Sr. Campoamor á Víctor Hugo, perdóneme este glorioso autor, no valen, en mi sentir, un burro de berengena. Confesemos que todo ello más bien puede afean que hermohear una obra poética. Resulta, pues, que la acusacion disminuye sólo el caudal poético de Campoamor en un burro de berengena, en poco más que nada.

Queda en pié, no obstante, la acusacion de plagiarío. Si vale poco lo que tomó Campoamor, tanto peor para él, se

dirá. Y aunque se me tilde de que me valgo hoy de repetidas comparaciones asininas, con decir Campoamor como el gitano que hurtó la burra, no ya de berengena, sino de carne y hueso, *aunque tuerta no es nuestra*, no se justificará de haberla hurtado.

Esto es innegable. Campoamor ha tomado un centenar de frases, buenas ó malas, de Víctor Hugo. Conforme un curioso ha descubierto hoy este hurto, mañana otro, ó el mismo, podrá descubrir el hurto de otro centenar de frases de otro autor, y luego el de otro centenar, y así hasta que apenas quede nada propio del autor de las *Doloras* y de los *Pequeños poemas*.

Las razones antedichas han sido alegadas contra mi opinion por varios interlocutores que sobre este asunto he tenido.

Contrariado de esta manera, he acabado por afirmar lo siguiente:

1.º Que no hay autor notable de quien con un poco de trabajo y diligencia no se puedan sacar más centenares de frases ó sentencias copiadas de otros autores, que los que de las obras de Campoamor han sacado Vazquez y Nakens.

Y 2.º Que lo difícil, lo casi imposible es sacar de ningun autor, por original que sea, por raro y peregrino que se muestre en pensamientos, estilo y lenguaje, cien pensamientos ó cien frases que tengan una verdadera y completa originalidad.

De aquí ha venido la cuestion á hacerse general. El señor Campoamor sabe defenderse y no há menester de mi ayuda; pero con motivo de la acusacion contra el Sr. Campoamor se ofrece á la mente una cuestion de literatura de la mayor trascendencia. ¿Qué es originalidad? ¿En qué consiste el valor de un escritor y, sobre todo, de un poeta? ¿Qué le dá gloria, ser inmortal, influjo en las generaciones futuras, aunque haya copiado de otros autores todo lo que dice?

El deseo de exponer lo que pienso sobre este tema, de grande interés para todos, me mueve á escribir estos artículos, á pesar de lo fatigado y poco dispuesto á escribir que hace dias me encuentro y de que ya es tarde para renovar la cuestion.

II.

Si fuera menester para escribir decir siempre cosas inauditas, del todo originales, que nadie hubiera dicho antes, no habria persona alguna, dotada de una razonable modestia, que se atreviese á tomar la pluma en la mano. Sólo escribirian entónces aquellos insensatos, de quienes dice Despréaux:

*Qui croiroient s'abaisser dans leurs vers monstrueux
S'ils pensoient ce qu'un autre a pu penser comme eux.*

Y aun así, estos mismos que por buscar la originalidad se apartan de los caminos trillados, y huyen del sentido comun como de la peste, no pueden estar seguros de ser originales. ¿Qué disparate habrá que ya no se haya dicho en verso ó prosa? Ese mismo amor á lo insólito y disparatado puede inducir á ser imitador tambien. Si no fuera por ese amor, ¿hubiera el poeta de las *Doloras* recogido como una joya primorosa lo del *mareo del que maniobra en lo insondable*?

No hay autor más innovador, más presumido de original en nuestro Parnaso castellano, que Góngora en las *Soledades* y el *Polífemo*. Ambas obras, no obstante, están llenas de imitaciones, como lo prueba D. García de Salcedo Coronel en su docto y prolijo comentario.

Abramos al acaso las *Soledades*. Góngora dice:

Su vago pie de pluma
Surcar pudiera mieses, pisar ondas,
Sin inclinar espiga,
Sin violar espuma.

Es evidente imitacion, ó, mejor dicho, copia de Virgilio (Eneida Lib. VII) donde dice, hablando de Camila:

*Illa vel intactæ segetis per summa volaret
Gramina, nec teneras cursu læsisset aristas,
Vel mare per medium fluctu suspensa tumentis
Ferret iter, celeres nec tingeret æquore plantas.*

Virgilio, á su vez, lo tomó de Homero (Iliada, 20).

Dice Góngora en otra parte de las *Soledades*:

Las que el cielo mercedes
 Hizo á mi forma ¡oh dulce mi enemiga!
 Lisonja no, serenidad lo diga
 De limpia consultada ya laguna.

Tambien es imitacion de Virgilio (Égloga II) quien á su vez imitó ó copió á Teócrito en el Idilio del Cíclope.

En suma, Góngora ha copiado de todos los poetas latinos, de muchos griegos y de no pocos italianos, entre los que descuella el caballero Marini.

Pero se me dirá: Las *Soledades* son un poema pedantesco y detestable, donde, á par que no hay verso ni idea que no estén imitados ó copiados de algun clásico, la originalidad se funda en lo violento, artificioso y archiculto del estilo.

Pues tomemos al poeta más dulce, más natural, más sencillo que ha habido en España: al que puede pasar casi por el renovador de nuestra poesía lírica; tomemos á Garcilaso. Lo mejor, lo más popular, lo más encomiado de Garcilaso es la Egloga I. Examinémosla. Apenas hay un pensamiento, una imágen, una sentencia que no sea copia, imitacion ó remedo de un poeta latino. Sólo de esta Egloga I pueden sacarse tantos hurtos como todos los que los Sres. Vazquez y Nakens han sacado de Campoamor. Hay, con todo, una diferencia en favor de Campoamor y en contra de Garcilaso. Los hurtos del poeta moderno no pasan de frases ó sentencias breves y aisladas: los del antiguo poeta suelen ser pasajes largos de muchos versos. Así, por ejemplo:

Cual suele el ruiseñor con triste canto
 Quejarse, etc.

es de las *Geórgicas* de Virgilio:

*Qualis populea mærens Philomela sub umbra,
 Amisos queritur fœtus quos durus arator
 Observans nido implumes detraxit; at illa
 Flet noctem, ramoque sedens, etc.*

Despues que nos dejaste nunca pace

En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador, etc.

Es tambien de Virgilio, Egloga V:

*Postquam te fata tulerunt
Ipsa Palles agros, atque ipse reliquit Apollo.*

La mala yerba el trigo ahoga y nace
En lugar suyo la infelice avena.

Infelix lolium et steriles nascuntur avenæ.

Virgilio, á su vez, imitó ó copió de Teócrito los mismos pensamientos.

Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja.

Es de Virgilio tambien:

Sæpe sinistra cava predixit ab illice cornix.

¿Qué no se esperará de aquí adelante
Por difícil que sea? etc.

Es otro largo pasaje de Virgilio, Egloga VIII:

*Quid non speremus amantes?
Jungentur jam gryphus equis..... etc.*

Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo.

Lac mihi non æstate novum, non frigore defit.

No sigo citando para no fatigar á los lectores. Baste lo dicho para prueba de que Garcilaso era más plagiario que Campoamor.

Pues ¿qué diremos de Fray Luis de Leon? En la forma, en la traza general de sus más notables composiciones, *La vida del campo* y *La profecía del Tajo*, copia á Horacio. El sentimiento cristiano y místico que suele haber en sus composiciones, ¿no puede afirmarse que tambien está tomado de otros autores?

Así, por ejemplo, Fray Luis en su oda á la Vírgen imita la cancion VIII del Petrarca (*In morte di Laura*) á la Vírgen tambien. En la oda á Salinas, que empieza

El cielo se serena,

toma pensamientos de Platon en el *Fedon* y en el *Fedro*, de San Agustin, *De musica*, y de San Buenaventura, *Iter mentis in Deum*. En la oda al nacimiento de la hija del marqués de Alcañices imita á Horacio en las odas 5 del libro I, 17 del II, 5 del III y *Carmen sæculare*. En la oda *A Felipe Ruiç*, *De la avaricia*, imita á Horacio, odas 2 del libro II, primera del III, 16 del III y la sátira I. En otra oda *A Felipe Ruiç*, que empieza

Cuándo será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,

imita Fray Luis á Horacio en dos Epístolas, á Platon en el *Fedon* y á Virgilio en las Geórgicas. La tan celebrada descripcion de la tempestad es de Virgilio. Hasta cuando dice Fray Luis:

Entre las nubes mueve
Su carro Dios ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente,

no hace más que reproducir, dicho sea con franqueza, ménos enérgicamente,

*Ipsæ Pater media nimborum in nocte corusca
Fulmina molitur dextra: quo maxima motu
Terra tremit; fugere feræ, et mortalia corda
Per gentes humilis stravit pavor.*

Seria cuento de nunca acabar el ir citando aquí otras imitaciones ó copias que ha hecho Fray Luis de Leon de Horacio, de Platon, de Píndaro, de Ciceron y de Virgilio. Eso sí; él tenia muy buen gusto y no imitaba ó copiaba sino lo muy bueno.

Del divino Herrera pudiéramos también hacer un exámen del cual no saliese mejor librado; pero no queremos pecar de prolijos. Baste decir que la canción *A la batalla de Lepanto* está toda llena y como tejida de versículos de la Biblia.

De los poetas de nuestro siglo, ¿no se puede decir también que han copiado mucho? Espronceda, por ejemplo, traduce casi de la carta de doña Julia á D. Juan, de Byron, la carta de Elvira á D. Félix; copia de Beranger la *Cancion del cosaco*, y remeda á Byron en sus digresiones chistosas é impertinentes de *El Diablo Mundo*. En el espíritu general que anima todas sus composiciones, en aquello que imprime carácter y pone el sello de distincion á su génio, ¿quién duda tampoco que Espronceda es un imitador del lord poeta?

Si salimos fuera de España y estudiamos otras literaturas, veremos que la imitacion no solo ha sido tolerada, sino recomendada en todas partes. ¿Qué no deben á los griegos los poetas latinos? ¿Cuánto no tomó Virgilio de Homero, de Teócrito, de Apolonio y de otros ménos ilustres? ¿Cuánto no tomó Horacio de Píndaro? Él mismo dá como precepto el imitar los autores griegos:

Vos exemplaria græca

Nocturna versate manu, versate diurna.

En Francia, el famoso preceptista Boileau llegó á decir que *el poeta que no imite á los antiguos no será imitado de nadie*, poniendo así por condicion de que un poeta valga algo el que sea imitador de otros.

En mi sentir, el más notable poeta lírico que han tenido los franceses, y sin disputa el creador de la moderna poesía lírica de aquella nacion, es Andrés Chénier. Víctor Hugo mismo reconoce este mérito cuando en aquellos extraños versos, titulados *Le cheval*, supone que el Pegaso ha tenido siempre un palafrenero divino, y que Andrés Chénier ha sido el último de estos palafreneros.

Sou écurie, où vit la fée,

Veut un divin palefrenier;

Le premier s'appelait Orphée;

Et le dernier, André Chénier.

Pues bien; este último palafrenero divino es el más gran copista de poetas griegos y latinos que ha existido jamás desde que el mundo es mundo. Para demostrarlo basta recurrir á la edición crítica de sus *Poesías*, hecha por L. Becq de Fouquières. Hasta en la admirable y valiente oda *A Carlota Corday* hay imitaciones de Horacio, de Homero, de Eurípides y de Juvenal, y en la Elegía *La jeune captive*, lo más bello y sentido que se ha escrito tal vez en versos franceses, imita el poeta á Eurípides, á Tibulo, á Stacio, á Esquilo y á su compatriota Racine.

Tal vez sostendrá álguien, volviendo á la ya casi olvidada division de los poetas en clásicos y románticos, que si bien no puede ménos de concederme que los clásicos son unos grandes plagiarios, los románticos en cambio son originalísimos, se dejan arrebatarse solo de su inspiracion y no imitan ó copian á nadie.

Acudamos al príncipe de los poetas románticos, al insigne Shakspeare, y él se encargará de desmentir tal aserto. Acaso no figure otro en toda la caterva de poetas que haya robado con ménos escrúpulo cuanto se encontraba á la mano. En los teatros de Lóndres habia multitud de tragedias donde muchos habian escrito. Shakspeare las tomaba, las arreglaba ó refundia, y así pasaban por suyas. Los cálculos é investigaciones de Malone demuestran que apenas tiene Shakspeare un solo drama donde todo le pertenezca. En la trilogia de Enrique VI, pongo por caso, de 6.043 versos, 1.771 son de un autor desconocido, anterior al gran poeta; 2.373 están arreglados ó corregidos por él sobre los ya compuestos por otros predecesores suyos, y solo 1.899 son del propio Shakspeare por entero.

De todos estos plagios de Shakspeare no crean mis lectores que solo se hace cargo algun detractor suyo, sino tambien sus encomiadores más hiperbólicos, entre los que descuella el americano Emerson.

Este pensador tiene ideas teosóficas, panteísticas y un tanto desatinadas, aunque muy poéticas, como el famoso Swedenborg y el zapatero Jacobo Boehm: cree que hay algo que él llama sobre-alma ó alma-suprema, y que esta sobre-alma

mueve y concierta todas las cosas y las ordena á un buen fin: de suerte que los grandes hombres y héroes vienen á ser como los respiraderos por donde sale á relucir y da razon de sí la tal sobre-alma, manifestándose en el mundo con pensamientos y obras. Emerson tiene, entre otros libros, uno que se titula *Hombres representativos*, que son las epifanías, encarnaciones, hipostasis, ó como quieran llamarse, de la mencionada sobre-alma. Algo se parece el tal libro de los *Hombres representativos* á otro del inglés Carlyle, titulado *Adoracion de los héroes*. En suma, y sin meternos en honduras y dejando aparte las intrincadas filosofías de estos autores, es lo cierto que ámbos deifican á varios personajes de un modo harto pomposo.

Emerson, supongo que arbitrariamente ó bien llevado de la virtud cabalística del número siete, pone siete hombres representativos, como hay siete arcángeles, y siete virtudes, y siete pecados capitales, y siete candeleros de oro, y siete hermanos mártires en muchísimos martirios. Los siete hombres representativos de Emerson son: el filósofo, Platon; el místico, Swedenborg; el escéptico, Montaigne; el hombre de mundo, Napoleon; el escritor, Goethe, y el poeta Shakspeare. Claro está que no es ménos arbitraria que la division de los oficios en siete la eleccion de personajes para cada uno de los siete oficios. Lo mismo podriamos hacer otro libro, poniendo por filósofo á Aristóteles; por místico á San Juan de la Cruz; por escéptico á Sanchez; á Alejandro Magno ó á Colon por hombre de accion ó de mundo; por escritor á Cervantes, y por poeta á Dante, á Calderon ó á Lope. Sea esto dicho de paso, y perdóneseme la digresion. Aquí no trato de impugnar á Emerson, sino solo de decir que para Emerson Shakspeare es el poeta por excelencia; *el poeta*, con todo el énfasis que el artículo *the* puede dar y da á la expresion en lengua inglesa. Para Emerson, en punto á poder de la mente, á entendimiento, á ingenio, el mundo de los hombres no ofrece nada igual á Shakspeare. Shakspeare es una esperanza, ó mejor dicho, una amenaza de que saldrá al fin otra casta de seres superiores á los humanos; es como la primera muestra, como el precursor de esa nueva casta, que nos va á dejar tamañi-

tos. Pues bien; este precursor, por declaracion de Emerson, ha copiado y plagiado como nadie. De aquí la teoría de Emerson de que los grandes hombres, y sobre todo los grandes poetas, no son originales; son receptivos y comprensivos. Un gran poeta no es una araña que fabrica su tela de su propia sustancia, ni álguien que no se parece á los demás hombres y anda siempre devanándose los sesos para sacar de allí cosas que á nadie se le hayan ocurrido. El gran poeta tiene corazon y entendimiento en perfecta consonancia con su país y con su época; y dice lo que todos dicen en su época y en su país, si bien lo dice mejor y más lindamente, y con el encanto inefable y misterioso de quien pone en ello toda el alma.

Como otra prueba de este modo de ser gran poeta, tan opuesto á esa originalidad que ahora se requiere, Emerson cita á Chaucer. Chaucer tomó tambien de todas partes: saqueó á Guido de Colonna, á Dares, á Ovidio, á Estacio, á Boccaccio, á Petrarca y á los poetas provenzales. Su influencia, en cambio, fué grandísima en la posterior literatura inglesa, notándose aún rastros de ella en Pope y en Dryden.

Debo hacer notar aquí que á menudo no se descubren huellas de imitacion, no porque un poeta sea más original, sino porque aquello que dice es una coleccion de *lugares comunes*, esto es, que el poeta no imita á nadie porque imita á todo el género humano, no copia á un autor determinado porque lo que dice lo dicen todos los autores y todos los que no son autores.

Esta carencia de ser y de consistencia en el pensamiento se salva, sin embargo, en ocasiones por la belleza de la expresion. No soy yo entónces tan severo como Horacio: no desdeño tanto como él

versus inopes rerum, nugæque canoræ.

Sírvanos de muestra un trozo cualquiera de las Epístolas de Moratin:

Ya el crudo invierno que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuésemme dado

Vagar por ella, y de su gloria antigua
 Contigo examinar los admirables
 Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
 Resiste, quiso perdonar! Alumno
 Tú de las musas y las artes bellas,
 Oráculo veráz de la alma historia,
 ¡Cuánta doctrina al afluyente lábio
 Dieras, y cuántas, inflamado el númen,
 Imágenes sublimes hallarias
 En los destrozos del mayor imperio!
 Cayó la gran ciudad que las naciones
 Más belicosas dominó, y con ella
 Acabó el nombre y el valor latino;
 Y la que osada, desde el Nilo al Betis,
 Sus águilas llevó, prole de Marte,
 Adornado de bárbaros trofeos
 El Capitolio, conduciendo atados
 Al carro de marfil reyes adustos,
 Entre el sonido de torcidas trompas
 Y el ronco aplauso de los anchos foros,
 La que dió leyes á la tierra, horrible
 Noche la cubre, pereció. Ni esperes
 Del antiguo valor hallar señales.

Todo esto es tan comun por el pensamiento, que se le ocurre y se le ha ocurrido á cualquiera. No hay que buscar de dónde lo tomó Moratin. Lo tomó de todas partes. Lo que realza y dá valor á tales lugares comunes es lo elevado y elegante de la expresion: lo que llaman la diction poética; en la cual, á más del conocimiento magistral de nuestro idioma, se nota la imitacion del estilo de Parini y de otros poetas italianos.

De notar es tambien que no son los pensamientos peregrinos los que hacen á menudo grande á un poeta, sino el brío del sentir, que solo se manifiesta en la forma, en la diction, en el modo de expresarse. Y aun en esto hay algo de misterioso ó de harto difícil de explicar. Lo más sublime, lo más bello suele ser lo más natural y lo más sencillo: lo que léjos de no ocurrírsele á nadie sino al poeta, se le ocurre á todo el

mundo. Si vamos, por ejemplo, á examinar toda la doctrina de Quintana en su poesía lírica, no sacamos más que un patriotismo grande, la creencia en el progreso de la humanidad y las ideas más divulgadas por los filósofos franceses del siglo XVIII. La expresion enérgica, que prueba cuán hondamente está sentido todo ello, es solo lo que avalora aquellas magníficas poesías. De ser la originalidad lo que vulgarmente se supone, y de exigirse además á cuantos escriben, seria cosa calamitosa.

Hay millones de libros escritos. Si el poeta, para conservar su originalidad, no los leyese, se expondría á coincidir con algunos de ellos y á repetir, por coincidencia y mal, lo que muchos ántes que él habrian dicho ya mejor y más gallardamente. Si los leyese, seria solo para evitar el imitarlos. Cada nuevo ingenio que apareciera en el mundo, léjos de poner en circulacion, por decirlo así, nuevas y hermosas expresiones, graciosas ó sublimes imágenes, ideas ó sentimientos delicados ó egregios, lo que haria seria amortizarlos, sacarlos del comercio intelectual, puesto que nadie podria repetirlos sin incurrir en la nota de plagiario.

III.

Lo contrario es, no obstante, lo que se observa en toda la historia de la cultura humana, y singularmente de la poesía. La trasmision, la copia, el remedo es un hecho constante. Lo verdaderamente original, ó es más escaso de lo que por lo comun se cree, ó se pierde en fuentes desconocidas allá en la noche de los tiempos. De aquí la manía ó la exajeracion al ménos con que ciertos eruditos, cada cual segun su aficion y la índole de sus estudios, buscan el origen de todo, ya en Egipto, ya en la India, ya en otra civilizacion primitiva, de donde para ellos proceden ciencias, filosofía, religion, artes é industria.

Claro está que seria una locura negar la originalidad. Alguien inventó, álguien pensó y dijo las cosas ántes de que nadie las dijese. Lo que aquí se hace es afirmar que las cosas nuevas, pensadas y dichas, son muchas ménos de lo que se

imagina. Salomon, ó quien fuera, hace ya muchos siglos dijo, no sin razon, que no habia debajo del sol nada nuevo.

Para espíritus perezosos á par que curiosos, como el mio, es esto una gran consolacion. Seria para desesperarse si creyera uno que entre los millones de libros que se han escrito hay más original de lo que hay. Si uno no estuviera convencido de que los autores no hacen casi siempre sino repetirse y copiarse, se afligiria mucho de no poder leerlos á todos, y la idea de su ignorancia seria aterradora. Por fortuna, los hombres somos muy charlatanes, y la manía de escribir es general y contagiosa. Escribir con concision es más difícil que escribir amplificando. De aquí que se escriba tanto para decir tan poco: á menudo para no decir nada.

Seamos francos. Si nosotros, los que escribimos, hiciéramos voto de no volver á tomar la pluma en la mano hasta que se nos ocurriese algo nuevo, verdaderamente nuevo, que escribir, nos pasaríamos la vida en perpétua holganza; una multitud de industrias, como las del impresor, del fabricante de papel, del encuadernador y del librero, vendrian á arruinarse, produciendo cierta perturbacion económica en el mundo, hasta que los hombres que á esas cosas se dedican hallasen otro modo de ganar el sustento cotidiano.

En nada ha sido tan fecundo el espíritu del hombre, de un siglo á esta parte, como en las ciencias de observacion. Demos de barato que son flamantes, nuevas, todas las ciencias nuevas que hace poco se han inventado; pero confesemos tambien que los hechos importantes en que se funda cualquiera de estas ciencias, las verdades indisputables que contiene y hasta las hipótesis que construye, caben en tres ó cuatro pliegos de papel, aunque sobre la más ruin de estas ciencias nuevas se hayan escrito ya resmas y resmas. Es de notar, además, que en estas ciencias, como no se dá la invencion en el sentido de creacion de la mente, sino la exposicion de hechos de los cuales se infieren ó se inducen leyes, teorías é hipótesis, cabe escribir más sin repetirse; pero lo que es en la poesía, si todo hubiera de ser inventado é inaudito, ya pudieran enmudecer cuantos caramillos, harpas, liras, trompas y demás instrumentos han servido á los poetas.

En los tiempos antiguos y sermi-bárbaros, en el albor de las civilizaciones, era cuando el poeta imperaba; cuando era ó aparecía original. Su inventiva y su memoria se confundían é identificaban en el concepto de la muchedumbre ignorante y de buena fé que le prestaba atento oído. Cuanto el poeta había atesorado en su memoria en extrañas regiones, cuantas sentencias había oído, iniciándose tal vez en los misterios egipcios, caldeos, de Eleusis ó de Samotracia, cuanto había aprendido conversando con sacerdotes y hierofantes, todo lo ingería en sus versos, sin que nadie se metiese á averiguar si era plagio ó no era plagio. Los mismos primores, ensueños, leyendas, fábulas é historias prodigiosas, que su pueblo había inventado, el poeta, prestándoles forma inmortal, los repetía al pueblo, que los escuchaba gustoso. Es más; yo dudo mucho de que el poeta de entónces se atreviese en este punto á ser original; tuviese la desvergüenza de inventar cosa alguna que ya el pueblo inconscientemente no hubiese inventado, teniéndolo por cierto.

Así nacieron la poesía épica, la didáctica y la sentenciosa de las primeras edades. Homero, Hesiodo, los siete sábios y los demás poetas gnómicos, que tan originales nos parecen, debieron de ser, en cierto sentido, unos grandísimos plagiarios.

Los primeros filósofos griegos, algunos de los cuales, ó los más de ellos, poetas, esto es, escritores en verso, trajeron muchísimo también aprendido de sus largas peregrinaciones. Platon dice, no recuerdo bien dónde, que los griegos tomaron de todas partes pensamientos, sistemas, ideas, etc.; pero que tuvieron singular habilidad para asimilárselo y apropiárselo, y convertirlo todo en la sustancia de su fecunda civilización. La Grecia estaba dichosamente situada para realizar este trabajo, cercana, y casi rodeada, de Egipto, Frigia y Fenicia.

Se cuenta que Demócrito consumió su pingüe patrimonio viajando é instruyéndose. Cuando volvió á Abdera, su patria, le condenaron, en virtud de leyes muy severas que tenía aquella república contra los pródigos. Entónces acudió él á la Asamblea popular, y leyó allí la obra más importante que había compuesto, como fruto de sus viajes. El pueblo entu-

siasmado, reconoció que no habia malgastado, sino empleado muy bien su hacienda, y le mandó dar la suma fabulosa de 50 talentos, que, si no me equivoco, equivalen á medio millon de duros. Vaya Vd. en el dia á ganar nada de esto pasando por original. ¿Quién trae nada de sus viajes que no haya antes llegado á noticia de todos por gacetillas de periódicos, anuarios, manuales y cronicones científicos?

Bien se lamenta de esto Leopardi, cuando exclama:

sceso il sapiente

E salita é la turba a un sol confine,

Che il mondo agguaglia.

En efecto, aquella autoridad de que se revestian los antiguos sábios, aquel solemne magisterio con que pronunciaban como oráculos máximas en verso que habian de servir de norma y ley de la vida, ya han desaparecido. Ya no es posible afirmar con el lírico venusino:

Dictæ per carmina sortes

Et vitæ mostrata via est;

ya no es el poeta quien distingue lo público de lo privado y lo sagrado de lo profano; quien prohíbe las costumbres licenciosas y establece los consorcios estables; quien funda las ciudades y graba en tablas ó en bronce sus leyes. El poeta gnómico ó sentencioso ha descendido, pues, á ser en el dia un pedagogo. Le ha sucedido lo que se cuenta de Dionisio Tirano, que, no pudiendo ya mandar á los hombres, acabó con escuela de párvulos en Corinto. En vez de los versos aúreos de Pitágoras, y de las sentencias de Solon, Teognis, Focilides, Mimnermo, Simónides, y tantos otros, sólo podemos tener hoy las máximas del Baron de Andilla.

Y no se me diga que el Baron es ménos original que Solon, Teognis y los demás gnómicos citados. Las sentencias de aquellos sábios antiguos debieron de estar de antemano en la mente del pueblo. Ellos sólo tuvieron el mérito de fijarlas y preservarlas con la palabra rítmica, pero con estilo sencillo, natural y poco distante de lo comun y más usado. Lo que ellos tuvieron, y lo que no tuvo el Baron de Andilla, fué la

oportunidad, el venir á tiempo, la fortuna de componer sus máximas para un público candoroso, reverente y que las tomaba por lo sério.

Resulta, pues, que los poetas primitivos, los grandes educadores y reveladores del linaje humano, fueron y no podían ménos de ser muy poco originales. Precisamente estaba toda la fuerza de ellos en la poca originalidad, en que eran el eco sonoro del verbo de la muchedumbre, los que fijaron é inmortalizaron su pensar y su sentir más puro:

La palabra veloz que antes huía.

Más que de espíritu creador, aquellos hombres estuvieron dotados de espíritu crítico. Sin inventar nada, escogieron lo mejor de lo ya inventado ó pensado por el vulgo. Confucio, por ejemplo, al *Libro de los versos*, en que había tres mil cantos, no le añadió un canto más para que fuesen tres mil y uno, sino que suprimió la mayor parte, dejándolos reducidos á trescientos. Depurando, no creando, enseñó la buena doctrina. ¿Qué virtud crítica no sería la suya, para haber extendido su influjo sobre más de la cuarta parte del linaje humano, que le venera en millares de templos hace más de dos mil años? .

Sin duda para imitar á Confucio, un célebre literato español que estuvo de ministro plenipotenciario en el Celeste Imperio hizo la segunda edicion de sus obras, no como los autores inmodestos, *corregida y aumentada*, sino á la chinesca, *corregida y disminuida*.

Y tal vez pasaria por remedo de Confucio tambien, si la cronología no se opusiese, aquello que sucedió en Roma en tiempo de Anco Marcio ó de Servio Tulio con los libros de las Sibilas. Quien trataba de venderlos presentó nueve, pidió cierta cantidad, y como no se la pagasen, redujo los libros á seis y pidió el doble. No le pagaron tampoco, y redujo á tres sus libros, aumentando otra vez el precio. Por dicha se los pagaron entónces; que si no, pide más, disminuyendo de nuevo la coleccion de sentencias y oráculos que vendía.

¿Qué prueba esto sino que lo mejor y más trascendental

que se ha escrito, se ha escrito por resta y no por suma, sustrayendo con el juicio y no adicionando con la fantasía? Los llamados *genios*, sobre todo en cosas de metafísica, de moral y de poesía, lejos de inventar y de fantasear, lo que han hecho es discernir, escoger, tomar lo bueno y lo bello donde quiera que lo hallaban, y depurado ya y limpio de toda mancha, tejer con ello una guirnalda de divinas flores.

Así, pues, yo doy por seguro que Sakya-múni no inventó nada tampoco. Tal vez se limitó á divulgar especulaciones filosóficas de más antiguos sábios; ideas y doctrinas que, por no haber salido de las escuelas, ni entusiasmaban á la multitud, ni infundían terror á los brahmanes; pero Sakya-múni llegó á tiempo, se apoderó de aquellas doctrinas é ideas, puso en ellas el fuego del amor y les prestó el brío fervoroso que las trasformó en religion é hizo brotar en ellas las alas del proselitismo.

¿Es más original el Korán? ¿No se podrá demostrar que Mahoma plagió mucho de libros judáicos y cristianos? En suma, de esta más alta y primitiva forma de poesía, de la sentencia, nada hay que un erudito no pueda acusar de copia ó remedo.

Un israelita contemporáneo ha hecho impiamente el mismo análisis del *sermon de la montaña* que Nakens y Vazquez de algunas obras de Campoamor. Aquella buena nueva, aquella moral inaudita, aquel ideal sublime de la vida humana aparece en el libro del judío Cohen como una colección de sentencias de antiguos sábios y rabinos, donde no hay nada original ni nada nuevo. Y en verdad que si damos razon á este modo mezquino de criticar, nada hay que valga algo que no sea un plagio en sus pormenores. Quien habia venido, no á abrogar la ley ni los profetas, sino á darles cumplimiento, no tenia necesidad tampoco de inventar máximas nuevas y peregrinas. Demos por cierto, con Cohen, que el perdon de las injurias, el amor de los enemigos, la caridad más ardiente, la confianza más ilimitada en nuestro Padre que está en los cielos, todo está aisladamente en los anteriores textos que Cohen cita; todo se enseñaba ya, casi en los mismos términos, en la sinagoga; pero el espíritu maravilloso

que anima el conjunto, ¿en dónde estaba ántes? ¿Dónde estaba ántes la fuerza que convirtió en sal de la tierra el desabrido ingenio de unos pobres pescadores, que sacó de aquellos ignorantes la luz del mundo, que encendió la antorcha y no la puso debajo del celemin, sino sobre el candelero para que á todos alumbrase, y que fundó sobre el monte la nueva ciudad para que no pudiera esconderse nunca? Ciertamente que de una colección de máximas, tomadas de aquí y de allí, y reunidas como al acaso, no se saca, por excelentes que sean, aquella virtud superior que basta á apoderarse de los ánimos de la más noble porción de la humanidad, que informa, durante cerca de veinte siglos, la más alta de las civilizaciones, y que da el primado ó la hegemonia á los pueblos que la aceptan. Hay, sin duda, algo en *el sermón de la montaña* que se escapó al análisis erudito del Sr. Cohen, y que no se halla en ningún libro anterior al Evangelio.

En pequeña proporción bien puede afirmarse lo mismo de otras críticas y de otros análisis de obras humanas, naturalmente menos importantes, tildadas de centones y de copia de lo ya dicho por otros. El anatómico y el químico harán la disección de un ser organizado, mostrarán los tejidos de que se compone, probarán que las sustancias todas de que consta nada tienen de singulares, ántes bien son las mismas que están en los demás seres; pero el principio misterioso de la vida se ha escapado al escalpelo del anatómico, y no ha quedado en ninguna de las ampolletas y retortas del químico, ni convertido en esencia ó extracto ha salido por la piqueta de su alambique.

IV.

En los asuntos para la narración, en los argumentos, en la materia épica, los autores se han copiado más aún que en las máximas.

Max Müller y otros mil han escrito ya sobre la emigración de las fábulas. ¿Qué añadiré yo á lo que ellos dijeron?

Empezando por lo que más comunmente se llama fábula, esto es, por aquella acción sencilla en que intervienen á me-

nudo séres irracionales, y de la cual se infiere ó se pretende inferir una enseñanza moral, ¿quién negará que Samaniego ha copiado á Lafontaine, Lafontaine á Fedro, Fedro á Esopo y Esopo, sin saberlo quizá, el *Hitopadesa* y el *Pantchatantra*?

Con muchas fábulas se podria hacer lo mismo que Max Müller ha hecho con la fábula de *La lechera*, siguiéndola de la India á la Persia, de la Persia á la Arabia y demás pueblos musulmicos, y por último, al Occidente de Europa, empezando por España, donde figura en la traduccion de *Calila y Dimna* y en *El Conde Lucanor*, y acabando en la *Perrete* del celebrado fabulista de Francia.

Con los cuentos populares ó vulgares se podria hacer otro tanto. Apenas se comprende cómo han ido pasando de unas lenguas en otras lenguas y de unas literaturas en otras literaturas. La Fontaine tomó el Jocondo de Ariosto, Ariosto oiria contar el cuento al vulgo, y el cuento vino, sin duda, de Oriente, ya que en sustancia es el mismo que sirve de introduccion á las *Mil y una noches*. El cuento de *Los tres burladores*, que Andersen nos dá como popular dinamarqués, está referido en *El Conde Lucanor*, cuyo autor le tomó, sin duda, de los árabes, quienes tal vez le tomaron de los persas y los persas de los indios. Kalidasa tomó ya el asunto de Sacuntala de un poema; en el poema estaria tomado de la tradicion oral; y el asunto de Sacuntala es aun el del cuento de *Doña Guiomar*, que cuentan en Andalucía. Conon, sofista griego, trae la historia del mal deudor que puso dentro de la caña el dinero para jurar que se le habia dado al acreedor; este mismo cuento se convierte en la Edad Media en un milagro de San Nicolás, y puesto en versos latinos está en la coleccion de Du Méril; Cervantes, por último, le trasladó al *Quijote*, entre los juicios de Sancho Panza, Gobernador de la ínsula Barataria.

Los cuentos de hadas, de asombros y de prodigios, no tendrán piés ni cabeza, serán una sarta de desatinos, parecerá á primera vista que cualquiera, en poniéndose á ello, puede inventar cuantos se le antoje. Sin embargo, no hay cuento de estos, si en él hay algo de maravilloso y es de mera invencion, que no resulte nécio y sin gracia alguna. Es evidentísima la

impotencia de todo singular poeta para inventarlos. Así es que Perrault, Grimm, Andersen, Musáus, Mme. D'Aulnoy y Mme. Prince de Beaumont, los han tomado de los lábios del vulgo. Si algo añaden es como adorno ó bordado; la trama, la tela está ya tegida por el pueblo, sabe Dios desde cuántos siglos hace.

¿Será también fundada aquella otra queja del desesperado Leopardi:

*O caro immaginar, da te s'apparta
Nostra mente in eterno?*

Cuando ni cuentos podemos inventar, ¿cómo han de inventarse ya Olimpos ni Walhalas? ¿De dónde han de salir ninfas, ni génios, ni dioses nuevos, aunque sean pequeñuelos y de mala muerte? ¿No deliran los que creen posible una religion del porvenir? Lo maravilloso del dia está solo en el límite entre lo explorado y lo inexplorado de las ciencias naturales. Julio Verne es el Homero y el Hesiodo.

Lo que es en el espiritismo, salvo lo que también se funda en adelantos de las ciencias de observacion, ¿qué hay en sustancia que no estemos hartos de saber desde que la pitonisa de Endor evocó la sombra de Samuel profeta? El espiritismo es la nigromancia, conocida en todos los países de la tierra. Pausanias evocó el espíritu de Cleonice y habló con él, y Periandro consultó á la sombra de su esposa Melisa, yendo á evocarla en un club de espiritistas, que habia establecido en Threspotia, á orillas del Aqueronte.

Si esto sucede con el espiritismo, ¿qué no se podrá decir de los dioses mismos que emigran también como los cuentos y las supersticiones de unos pueblos á otros pueblos? La mitología griega es sin duda la más bella de todas; pero, ¿qué no debe á los arios primitivos, á los pueblos del Asia menor, á los egipcios y á los fenicios? La máquina, pues, de la epopeya, lo sobrenatural ó maravilloso de los poemas, no sabe sino repetirse: es imposible inventarla. Cuanto se inventa hoy viene á convertirse en una insípida alegoría, no vive, carece de sér y de consistencia propia.

Con lo legendario sucede lo mismo que con lo mitológico.

¿Qué poeta carece de juicio hasta el punto de ponerse á inventar una leyenda? Él la adornará, la hermoseará con su estilo, pero la leyenda está ya inventada.

Teófilo, prototipo de Fausto, está en las obras de la monja Hroswita, en Gonzalo Berceo, en las Cantigas del Rey Sábio; *Margarita la Tornera* de Zorrilla, en el Quijote de Avellaneda, en las *Cantigas*, en mil partes; Don Juan y Lisardo el estudiante, que ve su propio entierro, en romances populares, en las *Soledades de la vida* de Lozano, etc.; y los viajes al Paraíso terrenal, la historia del monje ó del santo ermitaño que se queda embelesado oyendo cantar un pajarito, y cree estar un dia ó un minuto oyéndole, y resulta luego que ha estado doscientos ó trescientos años, no hay lengua en que no esté referida mil veces. Los desposorios más ó menos místicos de un hombre ó de una mujer con un dios ó con una diosa, con un santo ó una santa, con Cristo ó con la Virgen, se repiten y se suceden desde Endimyon y Diana, Anquises y Venus, Atis y Cibeles, hasta el mozo de las *Cantigas* que dá su anillo á la devota imágen, y la devota imágen cierra sus dedos de mármol y no suelta el anillo, haciendo así aquel lazo indisoluble, é inquebrantable aquel voto.

Nada parece más original para quien no se para á pensarlo que el gran poema del Dante. Ozanan, sin embargo, en su erudito discurso *sobre las fuentes poéticas de la Divina Comedia*, nos presenta un sin número de viajes al infierno, de donde pudo tomar y tomó á manos llenas el vate florentino. *Facilis est descensus averni*. Ulises baja al infierno en la Odisea y Eneas en la Eneida. Dante ha imitado además el sueño de Scipion, la vision del abate Giovacchino, la vision de Alberico, los *Fioretti de San Francesco* y otra infinidad de obras por el estilo, que han hecho escribir á Labitte un estudio crítico titulado *La Divina Comedia antes del Dante*. «Mas no se crea, dice Ozanan, que Dante sea ménos grande por eso. Nos parece, al contrario, que el primer signo del génio no es ser nuevo, sino ser antiguo; trabajar sobre alguno de aquellos asuntos que jamás cesaron de interesar á los hombres. No es cierto que el arte no interese sino por lo imprevisto. Nada se repite tanto como la elocuencia. Bossuet no tiene

un solo movimiento oratorio que no deba á los padres de la Iglesia.»

Y luego añade Ozanan: «¿Qué le queda, pues, al génio y por qué se eleva sobre la multitud? Por el asunto de sus obras, que pertenece á todo el mundo, el poeta se confunde con el pueblo. El poeta se eleva sobre la multitud, por el trabajo, que es suyo, y por la inspiracion, que recibe de Dios.»

Con este criterio, ya podemos librarnos los que escribimos de la nota de plagiarios. Con el de los Sres. Vazquez y Nakens, caerá Campoamor, pero no quedará en pié ídolo alguno.

¿Qué sería entonces de Virgilio, á quien Jerónimo Vida, uno de sus más fervientes admiradores, pinta

magni exuvias indutus Homeri;

y sin que de ello se avergüence: *nec pudet?* La historia poética de Alejandro Magno se ha repetido y copiado en muchas lenguas de Europa y de Asia, en persa, en griego, en latin, en alemán y en francés, antes de que Lorenzo de Segura la pudiese en castellano. Los sueños y poemas de los antiguos bardos, algo trasfigurados por el cristianismo, y renovados con más esplendor cuando Guillermo el Bastardo vengó de los anglos á los vencidos bretones, se difundieron por toda Europa, y fueron constante alimento de todas las literaturas. Merlin y Viviana, Tristán é Iseo, Lanzarote y Ginebra, viven en los cantos de los trovadores y de los *minnesinger*, en los antiguos romances de Castilla, y hasta hoy en los idilios de Tennyson. Las mil historias del ciclo carlovingio no han sido ménos repetidas. Ariosto copió, tomó de todas partes para escribir su *Orlando*. Y no solo puso en él *tutta la romanzeria*, sino que imitó y tradujo las fábulas, las descripciones y los pensamientos de los antiguos clásicos.

Aunque Camoens, con su arrogancia de poeta, y de poeta portugués, exclame al principio

*Cesse tudo o que a Musa antiga canta
Que outro valor mais alto se alevanta,*

no fué bastante poderosa la novedad del asunto para que no repitiese al cantarle mucho de lo que la musa antigua habia

ya cantado. En Camoens se nota también la imitación de los clásicos, aunque no tanto como en Sa de Miranda y en Ferreira, egregios maestros de la poesía lusitana.

Mil veces se ha repetido aquello de que el robo literario no se perdona sino cuando vá unido al asesinato: pero tampoco es esto verdad. Virgilio no mató á Homero con su Eneida, ni á Teócrito con sus bucólicas.

Lo contrario sucede á menudo. El poeta muerto, esto es, olvidado, resucita merced al robo que hace de su hacienda otro poeta. Sirva de ejemplo Jacobo Masenius. Su *Sarcothea* volvió á la vida y quedará ya siempre en la memoria de los hombres por la extraordinaria cantidad de pensamientos, de imágenes, de pinturas y descripciones, que tomó de ella Milton al componer su *Paraiso Perdido*.

La acusacion del escocés Lauder contra Milton, tildándole de plagiaro, no menoscaba, á mi ver, la gloria del Homero británico; pero, díganse en contra cuantas sutilezas se puedan inventar, es evidente que Milton copió á Masenius, y no solo á Masenius, sino á otros autores, como á Grotius en su *Adamus exul*, á Taubmann en su *Bellum angelicum*, á Barlaeus, á Ransey y á Rosse.

En cuanto á la ciencia, á la filosofía, á la doctrina que el poeta divulga en sus obras, aún suele ser menor la originalidad.

*Rem tibi Socraticæ poterunt ostendere chartæ:
Verbaque provisam rem non invita sequentur;*

ha dicho Horacio.

Los filósofos darán al poeta la doctrina, y, una vez adquirida la doctrina, las palabras para expresarla se presentarán con facilidad.

En efecto, ¿qué habrá dicho Dante en su admirable poema que no esté ya en Santo Tomás de Aquino, en San Buenaventura, en el Maestro de las sentencias y en tantos otros sábios de la Edad Media?

Cuando un idioma está en su período de formación, cabe que luzca el poeta su originalidad inventando al ménos frases y giros. Esto es difícil, cuando el idioma está ya formado.

La palabra aún es más difícil de inventar que la frase. Solo es dable tomar palabras de otros idiomas ó hacer palabras compuestas de dos ó más sencillas. Aun en esto mismo es menester que sea muy parco el inventor, si no quiere hacerse ridículo ó pesado. Lo que es la palabra sencilla nueva, rara vez se inventa como no sea en estilo picaresco y bajo: v. gr., *cursi*, *guasa* y *silfa*.

Pasó ya el tiempo de la invencion del lenguaje, como pasó el de la aparicion de las leyendas, materia épica, religiones y mitologías. Los que se meten á inventores de estas cosas caen en lo grotesco, como una secta herética, que hubo poco há, ó que hay aún en Inglaterra, cuyos individuos, creyéndose inflamados del Espíritu Santo, á semejanza de los Apóstoles en el Cenáculo, rompen á hablar en lenguas desconocidas, y todas inventadas por ellos.

El asunto de estos artículos es inagotable si nos empeñamos en seguir citando. Pongamos ya término á las citas para no fatigar á los lectores, y vengamos á una conclusion.

Puesto que todos los poetas se copian, ¿en qué consiste la originalidad?

Primeramente diré que la originalidad puede tomarse á mala parte. Llámase á veces original al extravagante, raro y disparatado. De esta originalidad pedimos á Dios que nos libre.

La verdadera y buena originalidad ni se pierde ni se gana por copiar pensamientos, ideas ó imágenes, ó por tomar asunto de otros autores. La verdadera originalidad está en la persona, cuando tiene sér fecundo y valer bastante para trasladarse al papel que escribe, y quedar en lo escrito, como encantada, dándole vida inmortal y carácter propio.

Para ser, pues, original en el buen sentido, no hay que afanarse mucho ni poco en decir y pensar cosas raras. Basta con pensar, sentir y expresar lo que se piensa y se siente, del modo más sencillo. Entónces sale retratada el alma del que escribe en lo que escribe: y como el alma es original, original es lo escrito.

Ni se crea que esto es tan fácil. Los autores vulgares apenas tienen alma, y su alma ni sale retratada, ni queda en el esti-

10. Bien podrán no imitar á nadie; pero no serán originales: serán cualquiera cosa: lo que todo el mundo es.

El estilo sencillo y natural es difícil, aunque no lo parezca. En cualquiera época hay un estilo de convencion, un enjambre de frases hechas, una *manera*, en suma, á la que se adapta la turba-multa de los poetas. Para escribir con estilo propio es menester desechar esta manera; ser uno, en suma, como Dios le hizo. El que logre serlo escribiendo, ese será original, diga lo que diga. Sus versos no podrán ménos de tener cierto encanto, porque en ellos estará y vivirá lo mejor y lo más hermoso de su alma.

Por eso Horacio, Virgilio, Shakspeare, Milton, Garcilasso, Ariosto, Dante y otros muchos, de cuyos plagios pueden llenarse libros enteros, viven como altísimos poetas en la memoria de los hombres, mientras de otros, que jamás copiaron nada de nadie, no hay sér humano que se acuerde, ó que los lea, ó que leyéndolos los sufra.

Por último, vale más copiar una discrecion ó una cosa bella, que decir una sandez, una frialdad ó un desatino propio, dado que sandeces, frialdades y desatinos no sean tambien copiados. Lo que nada vale no tiene dueño; mas no por eso se ha de suponer que lo crea ó enjendra quien lo toma. Discurrir así seria como si alguien imaginase que eran hijos suyos todos los muchachos de la inclusa.

Réstame solo añadir que en este escrito, motivado por las acusaciones dirigidas contra el Sr. Campoamor, tampoco digo yo nada que sea original; nada que no esté dicho y repetido de mil modos diversos. No se escribe siempre para decir cosas nuevas, sino para recordar las ya sabidas á los que las tienen olvidadas, ó para enseñárselas á los que, por no acudir á las fuentes, las ignoran por completo.

Repito lo ya dicho. Si tuviésemos tanto horror al plagio, si no nos decidiésemos á escribir sino cuando contásemos con algo inaudito que comunicar á nuestros semejantes, revistas, diarios, semanarios y libros, acabarian casi del todo. ¡Ay entonces de los libreros, impresores y fabricantes de papel!

Si tuviésemos tanto horror al plagio, si juzgásemos los libros con el criterio severísimo de hallar en ellos siempre lo

nuevo é inaudito, en vez de ser bibliófilos, debiéramos ser *biblioclastas*. El Califa Omar, el Cardenal Jimenez de Cisneros y el primer Arzobispo de Méjico, D. Juan de Zumarraga, quemando el primero libros griegos, el segundo libros arábígos y el tercero hieroglíficos aztecas, saldrian justificados.

¿Qué quemarian de importante y que no haya quedado en otros libros? Casi se puede afirmar que nada. En este sentido, pues, deben considerarse los personajes citados como bienhechores de la humanidad, ya que quitaron de en medio tanto inútil quebradero de cabeza.

JUAN VALERA.

A UN CORAZON DE HIELO.

Tal vez de la montaña
Bajo la nieve eterna
Yace el volcan dormido:
¡Ay de los campos si el volcan despierta!

Al amor insensible
Nada su calma altera:
Tal vez estás dormida:
¡Ay de tí y de tu amante si despiertas!

M. DE LA REVILLA.



WEIMAR Y SUS GLORIAS

LA DUQUESA ANA AMELIA DE SAJONIA-WEIMAR (1).

En el valle del Ilm, entre verdes árboles que aún sueñan con la primavera de la poesía, descansa *Weimar*, la ciudad de los espíritus que brilla en la aureola de la gloria y en que se fijan los ojos de Europa, la ciudad tan pobre en el seno de Alemania como rica en el amor del pueblo alemán y grande por el favor de los dioses, pues ella era la morada de los hombres generosos que, conociendo los dolores del mundo, infundieron consuelo á la humanidad; ella era la huésped de aquellos sábios que tenían la nostalgia de las estrellas eternas.

¿Dónde están los nobles varones todos que adornaron el pórtico altivo de tu gloria? ¿Huyeron los ruseñores? ¿Partieron los cisnes? ¿Dónde está el tiempo en que reinabas sobre los espíritus por los cantos de tus vates? Antes la Belen, eres ahora la Pompeya del espíritu alemán, el mausoleo de los vates y profetas germánicos cuyos cantos inmortales oyó el Ilm antes de que los oyese el mundo; eres el panteon en que descansan los dos grandes libertadores de Alemania, Schiller y Goethe, que fueron acogidos en el panteon del génio de todos los pueblos y de todos los tiempos. Ya te miro cubierta con el velo de viuda, ¡oh Weimar! matrona de noble alcurnia, de rica y veneranda historia. Pero alza tu frente: quien como tú acogió cariñosa los que llegaron para cumplir una mision santa; quien como tú besaba sus mejillas cuando solitarios

(1) Este artículo ha de figurar en el nuevo tomo que muy en breve se publicará de la conocida é importante obra del Sr. Fastenrath titulada *La Walhalla*. Nunca nos cansaremos de admirar las singulares cualidades que acredita este escritor alemán en el manejo de nuestra difícil lengua.

pasaban velando la noche, debe pensar en ellos con satisfacción y orgullo. Al pisar tu suelo, entro como en un bosque sagrado de poetas y veo alzarse ante mis ojos las grandiosas figuras de tus héroes. *Nuestros* eran aquellos vates cuyo espíritu poderoso se dirigia hácia lo eterno, lo verdadero, lo bueno, lo bello: eran *nuestros*: esa palabra altiva aturde nuestro dolor profundo de haberlos perdido.

El que duerme el sueño eterno en la iglesia principal fué el Elector *Juan Federico el Magnánimo*, que peleó contra el tirano de la fé, y siendo preso por Carlos V, en la batalla de Mühlberg, le restó como precioso tesoro la felicidad de una amistad peregrina: *Lúcas Cranach*, el generoso pintor, desdenó ser libre al ver cautivo á su señor y quedó á su lado, dulcificándole las horas del infortunio, hasta que ámbos saludaron el dia de oro de la libertad, y sentado en el mismo carro triunfal hizo con el Elector en 1552 su entrada en la ciudad de Weimar, siendo victoreados el príncipe y el pintor por la muchedumbre extasiada. Cerca de la tumba del príncipe verdaderamente evangélico fué trasportada en 1859 desde la pared exterior de la iglesia de San Jacob la lápida de su fiel amigo el gran pintor, el Eckhart de Sajonia, á quien el epitafio llama *pictor celerrimus*. Allí le vemos llevando la paleta en la mano, desmayando su larga barba en el pecho, y desde la piedra mira su imágen hácia su obra más hermosa, el retablo en que está representada la Resurreccion de Nuestro Señor, ostentando el retrato del Elector *Juan Federico*, en cuya mejilla se ve vé aún la cicatriz de la herida que recibió en la batalla de Mühlberg; el de su consorte Sibila, modelo de mujer paciente y fiel, y los de Lutero y de *Lúcas Cranach*, sobre cuya cabeza se derrama un rayo de la sangre que brota de la cadera de Jesús. Al espíritu de *Lúcas Cranach*, el alcalde de Wittenberg, el amigo del Elector y de Lutero, el creador de tantas obras del arte, le sentimos aún en aquella casa donde murió en los brazos de su hija, en aquella mansion situada en el mercado de Weimar, ostentando sobre su puerta el escudo del artista: una serpiente alada.

La iglesia principal guarda tambien los restos mortales del biznieto del Elector Juan Federico, el *Gran Bernardo de Wei-*

mar, el héroe de la guerra de los treinta años, la columna de Alemania, el sosten de la fé evangélica, el que, confiando en el Omnipotente, tenia por divisa: «Si Dios es con nosotros, ¿quién podría ser contra nosotros?» En la misma iglesia leemos tambien en una pequeña tabla de bronce, cerca del altar mayor, el nombre de una madre de su pueblo, la duquesa *Ana Amelia* que allí descansa. Ella, la madre de *Cárlos Augusto*, tejió á su célebre hijo en la corona cosas eternas: el amor á los musas y la gloria del espíritu: ella formó aquella atmósfera fecunda y luminosa donde tomaron calor y aliento grandes poetas; ella esparció en tiempos lóbregos el gérmen de que salió la copia incomparable de doradas mieses. Lo mismo que *Ana Amelia*, cuyo espíritu está unido al parque y castillo de Tiefurt, descansa en la iglesia principal su amigo *Herder*, el vate de la humanidad, que, ansiando «luz, amor y vida», acechó las voces de los pueblos de todas las razas en sus alegrías y en sus quejas, así en la arena mezclada con conchitas del Norte como bajo los sauces de Babel, el que en sus sermones fundió los ánimos en un torrente de amor y de luz y en su mano hizo verdecer el báculo pastoral, de suerte que la religion anidaba en corazones y hogares.

Salgamos de la iglesia y entremos en el parque, que es como una poesía preciosísima de Goethe. Sombra del parque floreciente, creacion la más graciosa de tu señor *Cárlos Augusto* y de su amigo el gran poeta, tú adornas con la guirnalda más aromática al noble soberano que en tí mandó construir aquella estrecha y baja «choza de corteza,» rodeada de abetos, donde se dedicase á las musas y á la amistad. En tu seno, entre los árboles plantados por él mismo, en la «casa de templarios,» se proponia descansar despues de cumplida su carrera terrestre; pero estando más cercano á su término le parecia más humano tener por puerto de reposo un puesto entre el pueblo, á quien habia dedicado su fuerza, su vida y su amor, dormir al lado de sus cantores, que paseaban tantas veces en el parque de Weimar, gozándose en la claridad cristalina del arroyo que en su fondo brillante refleja el musgo y las piedrecitas. En el parque está tambien la graciosa «casa romana,» donde el jóven *Cárlos Augusto* vivió con su

amigo el poeta, pensando en el país encantador del arrayan y de los limones, en la felicidad gozada y las maravillas de grandeza pasada, en el aliento del Sur, en el cielo azulado de Italia y en el encanto de la belleza que en los campos itálicos se apodera de corazones y sentidos. El anhelo del duque habla aún en los versos de Goethe que se leen en una lápida de piedra junto á la escalera que conduce á la portada de columnas de la «casa romana.» Dicen los versos: «Las que habitais rocas y árboles, salutíferas ninfas, dad de buen grado á cualquiera lo que ansíe secretamente. Infundid aliento al triste, instruid al dudoso y conceded al amante que encuentre su dicha. Pues á vosotras os concedieron los dioses lo que negaban al hombre: ser auxiliatorias y consoladoras á cualquiera que se fie de vosotras.»

Ninfas del parque de Weimar, vosotras habeis visto los vínculos de la amistad que unieron á aquellos dos sublimes Dioscuros, el jóven príncipe de la sangre ardiente, el génio que era á la par príncipe y hombre, y el poeta-príncipe, desarrollándose el uno por el otro para ser ídolos de la humanidad. Vosotras, ninfas saludables, habeis bendecido la casilla en el parque de Weimar donde vivió aquel cuyos cantos no llamaban jamás á Dios, y, sin embargo, subian al cielo como el perfume del altar, pues el poeta oyó la palabra del Creador en el universo; aquel para quien, segun dijo Bettina de Arnim, «la vida de la naturaleza era templo y religion, á quien todo en ella se hizo familiar, y en cuyos cantos suena la alegría infantil de sentirse en todo;» aquel que, segun dice Merk, «dió á lo real una figura poética, mientras los otros tratan de realizar lo imaginativo, no produciendo así sino tonterías;» aquel que, segun dijo Wieland, «reunió en sí como ningun otro hijo del hombre toda la bondad y todo el poder de la humanidad, siendo todo oro fino y todo quilate limpio de extranjerías.» No necesito añadir que ese gran poeta fue *Goethe*, que en la casilla idílica del parque de Weimar escribió los primeros libros de *Guillermo Meister*, su *Egmont*, su *Ifigenia* y su *Tasso* en su figura primera, la opereta *La Pescadora*, algunos dramas pequeños y tantas bellas poesías como la titulada *Ilmenau* y la *En la muerte de Mieding*. En el jardin

de aquella casa, paraíso de los silfos, encuéntrase la lápida á la cual *Goethe* eligió para ser testigo de la dicha de que gozaba en los brazos de su amiga la señora de Stein. A la piedra le dirigió el poeta unos dísticos alemanes, que dicen: «No te vanagloríes de ser testigo de mi dicha, pues tienes aún muchos compañeros, porque á cada roca del campo, que á mí el afortunado me nutre, á cada árbol en torno del cual paseando me enredo, le clamo alegre y bendiciéndole: ¡Quedes monumento de la dicha! Pero la voz la doy solo á tí, así como entre la muchedumbre la Musa elige á uno y le besa cariñosa los labios.» Ya inclinan tristes las hayas y abetos en la sagrada floresta del poeta sus copas hácia aquella lápida que es un altar, y se oyen voces suaves y blandas como el tibio rayo de la luna.

Las flores humedecidas con lágrimas suspiran por su vate difunto; centenares de silfos alzan sus alas, y por la floresta entera resuenan acentos de dolor: «¡Ay! él era nuestro. Su lira de oro, que encantaba á un mundo entero, pendia sobre esta lápida. Aquí, en medio de nosotros, en el seno de la naturaleza, el beso del génio le desligaba el alma. Aquí, en medio de las rosas del Sur, trasplantadas por él mismo, estaba su patria. ¡Qué de flores ponía en su corazón ardiente y en el pecho venturoso de su querida, que con su aliento parecía que regaba el valle y daba contento á las flores! Ese jardín era el asilo de sus ócios, era su amor más constante, su amor hasta la muerte. Parecía que la prenda de su querida, la prenda que colocaba en la piedra fundamental de su casilla (el 19 de Marzo de 1777) guardase su encanto de amor hasta su senectud. Aquí regresaba desde países remotos; aquí, lejos del esplendor con que le adornaba el Duque, era hombre; aquí bebía el bálsamo de la naturaleza en la noche iluminada por la luna y cuando ya tan solo se vislumbraba la ténue luz del matutino crepúsculo.» En los espacios tan estrechos de aquella casilla que su imaginación convirtió en un palacio de las hadas, crecía su génio inmenso llenando el mundo. Aquí se calentaba con el fuego de su cocina y hacia versos inmortales á la lumbre de su hogar. Y en este jardín paseaba pausadamente, las manos puestas sobre las espaldas, los grandes

ojos dirigidos hácia la cúpula inmortal. Aquí brindaba el contento en la cena de ambrosía.

Weimar nos habla, no solo de la amistad de *Goethe* y de *Cárlos Augusto*, sino de aquella sin igual union de dos almas elevadas, las cuales, aunque tan distintas por sus aspiraciones, se enlazaron tanto que la posteridad no las llama sino juntas: *Goethe* y *Schiller*; *Goethe* el sol esplendoroso y triunfante; *Schiller*, la cándida luna; *Goethe*, el hijo mimado de la fortuna y un ideal de fuerza corporal y de salud; *Schiller*, la pobreza vistiendo la roja brillante púrpura de la poesía y reflejando en su semblante el dolor del mundo; *Goethe*, el vate universal por la plástica de su arte; *Schiller*, el poeta eminentemente aleman, el poeta verdaderamente nacional por la fuerza de los pensamientos, la pureza del ánimo, la grandiosidad de los sentimientos, la energía de las facultades del alma y el carácter ético de sus composiciones; *Goethe*, el poeta objetivo y rico en experiencias que le ofrecia una vida llena de alegrías, mientras que *Schiller*, el poeta subjetivo é ideal, se vió precisado por la dura necesidad de su suerte á sacarlo todo de sí mismo, no pudiendo por eso producir sino un mundo de la fantasía; *Goethe*, que educándose constantemente y purificándose á sí y á sus creaciones, alcanzaba en su vida el ideal de cultura humana que nos trazó en su *Guillermo Meister* y se elevaba desde el egoismo genial de una juventud que trataba de romper todas las formas y todas las barreras, á la cumbre de la belleza y de la libertad, á la conciencia libre que hallaba la libertad dentro de las barreras y la belleza dentro de la forma y en la moderacion; *Schiller*, que despertará siempre la admiracion más universal, por haber vencido todas las contrariedades de su destino cruel, y concluido logrando, gracias á su energía moral, la misma armonía que *Goethe*, el ideal de la más pura y genuina humanidad, la más hermosa conciliacion posible con el mundo; *Goethe*, que llamó afortunado á *Schiller* por haber muerto en la flor de su vida, de modo que no le figuramos sino cual jóven; pero á él, segun dice el inglés Tomás Carlyle, «le cabia una suerte aun más alta, la de pasar por todas las vicisitudes hasta los límites más extremos de la vida, y

por todas de una manera noble.» El génio de *Schiller* hallaba sus horas de inspiracion más sublime en la noche, mientras que *Goethe* se preparaba por el sueño á los trabajos del dia, lo mismo los poéticos que los prosáicos, libertando su alma de las cadenas de los protocolos por la dulce música que mandaba llegar en el jardin de su casilla, su querida morada de paz. *Schiller* cerró los ojos cuando la primavera saludaba los bosques y los campos, y todas las lágrimas que corrian de los ojos de los jóvenes y de las mujeres alemanas por su inspirado cantor, por el hijo más fiel del pueblo aleman, por el corazon más noble que jamás se despidió de la tierra despues de las victorias más difíciles, las acogió la primavera en su seno. Despues han vuelto ya muchas primaveras despertando nuevos cantores; pero en vano espera la patria á uno igual á *Federico Schiller*, que entusiasmaba al pueblo aleman; cuando este doquiera dirigia la vista no divisaba sino desaliento y desesperacion.

Weimar es el panteon de los alemanes. Sus grandes muertos viven en la Biblioteca, aquel arsenal del espíritu, aquella Walhalla de Weimar, aquel santuario de la cultura humana, donde los *Schiller* y *Goethe* tienen su capilla especial. Aquí encuéntrase el busto colosal de *Goethe*, labrado en 1831 por el genial escultor francés David, que representa al poeta aleman cual Júpiter Tonante que en la pequeña Weimar no podia extenderse hasta la plenitud de su altura sin que se destruyese la caja. Bajo aquel busto, la cabeza gigante con la frente poderosa, de la cual Pálas en toda su armadura parece querer salir, podria escribirse la frase que Napoleon, el 2 de Octubre de 1808, en Erfurt, dijo al mariscal Besiéres, mientras con su mirada siguió á *Goethe*, que acababa de despedirse de él: «¡Voilà un homme!» Leemos en vez de eso otra inscripcion bellísima, los versos que *Schiller* escribió en su poesía á la Fortuna: «¡Bienaventurado aquel á quien los dioses propicios amaban ya en su nacimiento, á quien cuando niño arrullaba Vénus, á quien Febo desataba los ojos y Hérmes los lábios, y á quien Jove imprimia en la frente el sello del poder!» Llama nuestra atencion tambien el busto de *Schiller*, copia del que hizo su inspirado paisano Danneker

despues de la muerte del gran poeta. En el pedestal del busto campean aquellos versos de Goethe en que lamenta la pérdida del vate inmortal, diciendo: «¡Era *nuestro!*» Además se encuentra en la Biblioteca aquel célebre busto de Schiller, hecho por Danneker en 1805, que es el retrato más fiel del malogrado poeta, que se sentia ya presa de la muerte, y el excelente busto de Goethe, que Trippel ejecutó en 1788 en Roma, representándonos en el vate un jóven semejante al Apolo de Belvedere. Pasamos en silencio el busto de Goethe por Rauch, los bustos de Cárlos Augusto, Ana Amelia, Wieland, Herder y otros, para fijarnos un instante en la estátua labrada por Steinhauser en Roma, segun un dibujo de Bettina de Arnim, representando á *Goethe*, cual dios sentado en trono poderoso, corriendo el manto desde el pecho, donde reside la fuerza, llevando en la diestra una corona de laurel, mientras la izquierda se apoya ligeramente en la poderosa lira que descansa sobre la rodilla. La infantil Psíquis, imágen de Bettina, toca ligeramente las cuerdas de la lira, y el poeta, sumergido en su entusiasmo, la deja. Aquella estátua, que la gran duquesa actual Sofía compró en 1851 en Roma, se halla hoy decorando la escalinata del magnífico museo de Weimar, concluido en 1868.

Si quereis saber cuánto los descendientes de *Cárlos Augusto* tributan culto al arte y á la vida del espíritu aleman, entrad en el palacio del Gran Duque: allí encontrareis los cuartos llamados «apuestos de los vates,» los de *Goethe* y de *Schiller* con frescos, por Bernardo Neher; el cuarto de *Wieland*, adornado con composiciones del célebre hijo de Eisenach el pintor Federico Preller, representando escenas tomadas del *Oberon*, y el cuarto de *Herder* ostentando frescos de Gustavo Jaeger, que representan dos escenas del *Cid* traducido por Herder, á saber: el momento en que el héroe castellano, estando en Zamora, córte del rey Fernando, dice á los mensajeros de los reyes moros, sus vasallos, que le quieren pagar el tributo:

El mensaje habeis errado,
Porque yo no soy señor
Adonde está el rey Fernando:

Todo es suyo, nada es mio,
Yo soy su menor vasallo.

A que el rey Fernando contesta diciendo á los moros:

Decidles á vuestros amos,
Que aunque no es rey su señor,
Con un rey está sentado,
Y que cuanto yo poseo
El Cid me lo ha conquistado,
Y que yo estoy muy contento
En tener tan buen vasallo.

Otra escena es la en que San Pedro dice al Cid enfermo:

Morirás en treinta dias,
Desde hoy que esto te fablo.
Dios te quiere mucho, Cid,
Y esta merced te ha otorgado:
Y es que, despues de tu muerte,
Venzas á Búcar en campo.

En ninguna ciudad de Germania se hizo la apoteosis de los grandes poetas alemanes como en la pequeña *Weimar*, cuyos muertos inmortales viven en los monumentos que les levantó allí el pueblo aleman: en 29 de Agosto de 1850 fué erigida la estatua de *Herder*, que, segun el testimonio de *Wieland*, predicaba como un Dios, y que hacia sentir á la princesa Carolina ser ya confirmada, porque quisiera gozar siempre de su enseñanza. En 4 de Setiembre de 1857 siguieron las estatuas de *Goethe* y de *Schiller* y la de *Wieland*, que unia ático chiste al ático gracejo, que en sus chispeantes cartas y rimas ostentaba á la par la sabrosa miel de la sabiduría y el fuego del alma; y que penetraba, como el que más, en el pensar y sentir de sus grandes amigos, tributándoles homenaje sin envidiarlos. Acerca de él dice bien el filólogo francés *Villoison*:

«*Jupitir in terris dixisset voce Platonis,
Voce Wielandi diceret ipse Plato,
Maeoniusque senex, Ariostus et ille sepultis
Qui salsas voces ingeniumque dedit.*»

(Júpiter hubiera hablado en la tierra en la lengua de Platon, y en la de Wieland hubiese hablado á Alemania el mismo Platon y el anciano Homero, Ariosto y aquel (1) que ponía en los lábios de los muertos tanto ingénio y tantas palabras preciosas.)

Nadie ha representado los dos grandes poetas *Schiller* y *Goethe* mejor que el escultor Rietschel en aquel magnífico monumento que se encuentra en la plaza del teatro de Weimar. El magestuoso Goethe pone amistosamente su brazo sobre los hombros de Schiller y lleva en la derecha una corona que quiere compartir con su amigo. Pero este, desprendido de las cosas terrestres, levanta la cabeza y aspira á las regiones ideales, mientras que Goethe abraza con su mirada poderosa así el cielo como la tierra.

En 4 de Setiembre de 1857, al inaugurarse los monumentos de los que han de ser siempre los faros luminosos de Germania, fué colocada tambien la primera piedra de la estatua de *Cárlos Augusto*, cuyo ingénuo carácter era el iman con que atraía á los *Goethe* y *Schiller* y el encanto con que cautivaba el corazon del más humilde de sus súbditos. Y en 3 de Setiembre de 1875, cuando se inauguró su monumento, el último de los erigidos en honor de los ilustres muertos de Weimar, parecia que el príncipe, que adornaba su cetro con flores, que nos abría las puertas del honor y que tenía por credo, por bandera y por norte la humanidad, había vuelto á reunir en torno de sí mismo la tabla redonda de sus vates.

Pero ¿quién hizo el primero de la pequeña Weimar una morada predilecta de la poesía, un centro espiritual, una estrella de primer orden, cuyo esplendor se extendió hasta las regiones más remotas? La duquesa *Ana Amelia* tiene la gloria de haber evocado de la nada aquella estrella sin igual. Aunque escondida en la verdura y rodeada de graciosas colinas, aunque tiene brisas suaves de vida, primaveras risueñas y otoños plácidos, no brillaba *Weimar* por los atractivos de la naturaleza, como otras ciudades de Alemania; era una pobre poblacion con una córte pequeña y un palacio grande, y se

(1) Luciano.

hallaba tan apartada del comercio, que sólo dos veces por semana pudieron ir cartas por el correo. Reinaban la ignorancia y el aburrimiento cuando llegó allí la duquesa *Ana Amelia*. Sólo su espíritu creador y su pura y noble voluntad lograron hacer allí maravillas, formando en la corte aquella atmósfera espiritual en que se cria la flor peregrina de la poesía. No queriendo reinar sobre autómatas serviles, aspiraba á despertar las facultades aún durmientes de sus súbditos, y animarles, como Prometeo, con el fuego celestial. Por eso atrajo á sí familiarmente la juventud de ámbos sexos, haciéndola participar de graciosas fiestas y juegos que habian de producir, así en los participantes como en los espectadores, el gusto de los goces más finos de la vida, y aunque parecia ocuparse solo de cosas frívolas, su atencion se dirigió siempre á lo real y á lo importante, principalmente á la educacion de su hijo *Cárlos Augusto*, de quien queria que fuese modelo de su pueblo, como príncipe verdaderamente aleman. Por eso le rodeó de hombres eminentes y capaces de prepararle á su vocacion. Ya que el espíritu se siente atraído por el espíritu, los más distinguidos sábios, poetas y artistas siguieron al irresistible impulso, agrupándose en torno de *Ana Amelia*, cuya mente sabia apreciar cada mérito y colocar cada talento en su puesto. Por no estar solitaria en su grandeza, allanaba al génio el camino en que los *Wieland*, *Knebel*, *Herder*, *Goethe* y *Schiller* erigieron un templo á las Musas. Y cuando despues de una tutoría de diez y ocho años ponía el gobierno en manos de su hijo, le bastaba ser su amiga y confidente, y no tenia otra ambicion más que ver los gérmenes esparcidos por ella creciendo para gloria de su amado hijo. Aunque estaba todavía en la flor de sus años, tuvo ya la resignacion de una matrona; pero su imponente dignidad manifestóse aún más brillante que ántes en su modesta residencia de Tiefert, la cual de un humilde cortijo se convirtió en un sitio amenísimo, donde se reunian los espíritus más eminentes del siglo pasado. Allí reinaba la madre de *Cárlos Augusto* en un sentido más alto sobre los ánimos y cautivaba todos los corazones por su clemencia singular. «Quien sólo una vez haya visto á la duquesa *Amelia*, se hace su súbdito,» dice *Wieland*. Y quien

quería recomendarse á ella no podía hacerlo más eficazmente que por un homenaje poético. «Cada uno que se me acerque, escribió ella misma en 1779 á su amigo Merk, en Darmstadt, ha de dar una prueba de su talento.» En la atmósfera que la rodeaba abrióse el reino de la poesía, el santuario de las artes. Pero donde hay tanta luz hay también mucha sombra. Había á veces discusiones en que *Wieland* hizo ver sus caprichos; *Herder*, su sátira punzante; *Knebel*, su pasión indomable, y *Goethe*, su genio que lo avasallaba todo; de modo que hasta la presencia de *Ana Amelia* y su clemencia conciliatoria no bastaban para apaciguar las olas turbulentas de las pasiones. Entonces, en medio de elementos tan heterogéneos, estaba solo *Schiller*, claro y tranquilo como la luna sobre la cual pasan las nubes tempestuosas sin dejar rastro ninguno, y sólo *Schiller* brillaba cual íris fulgoroso. Quisiera introducir al lector amigo en aquel asilo del genio poético; en aquel templo de *Weimar* erigido á las musas; en aquel círculo encantador, de donde la *Walhalla* tomaba con predilección sus grandes figuras; en aquella corte que se hizo la rival de Madrid, de Madrid, bella corte de una de las más bellas naciones del mundo. He de hablar, pues, primeramente de la duquesa *Ana Amelia*, que empezó lo que continuaba gloriosamente su hijo, y que tiene el mérito inmortal de haber impreso el sello de su grandeza á *Weimar* y á *Cárlos Augusto*.

Los genios de la historia deben sus mejores dotes al genio de su madre. «Humor y talento se deben á la madre, mientras al padre se le deben las partes firmes de la organización», dice Herder. En efecto, si todas las apariciones de la vida ulterior tienen sus gérmenes en las primeras impresiones de la niñez, la manera de que la madre las despierta y las dirige por su palabra y su mirada, es la fuente de luz de toda vida humana. Entre las grandes madres de grandes hombres descuella *Ana Amelia*. El mismo Goethe, excitado por su secretario el Sr. Krauter á escribir la vida de *Ana Amelia*, decía: «No sabría cómo bosquejar aquel tiempo si no fuese en forma de un cuento en que *Amelia*, como hada todopoderosa, lo animase todo.» La llamaremos con Goethe «una princesa cumplida, dotada de un ánimo cumplidamente humano é in-

clinada á gozar la vida.» Wieland le atribuye en sus poesías el nombre de Olimpia, diciendo: «¿Qué es lo que hace de la floresta de Olimpia un jardin encantado, un templo de hermosas alegrías á que se acude para no dejarla sino tarde? ¡Ella misma! Aunque eligiese por morada la cumbre de la montaña más áspera, pronto no le faltaria el encanto de los montes más bellos, y adonde quiera que vaya, las Musas le siguen para proporcionarle un Pindo.»

La duquesa de Sajonia-Weimar *Ana Amelia*, nació, cual princesa de Brunswik, el 24 de Octubre de 1739. Perteneció á una casa donde el cultivo de las ciencias era tradicional, y tenia por ascendiente á la reina filósofica Sofía Carlota, esposa del rey Federico I de Prusia, de la cual decia Leibnitz que queria saber «el por qué del por qué.» Su madre era la hermana de Federico el Grande, una señora que tenia mucho ingenio, sí, pero á quien faltaba el corazon, y su padre era el ambicioso duque Cárlos de Brunswik. No amada de sus padres, siempre pospuesta y menospreciada, jamás arrullada, jamás acariciada por una madre amantísima, no encontrando á ningun sér á quien, sedienta de amor, hubiese podido unirse, debia encerrarse en sí sola; pero su carácter jovial, aunque oprimido, no fué destruido, y sus buenas facultades se desarrollaron secretamente. A la edad de diez y seis años fué la novia del duque Ernesto Augusto Constantino de Sajonia Weimar. Sus bodas fueron contratadas como las de la mayoría de las princesas, sin atender á inclinaciones personales. Ella era tan fresca y floreciente como débil y enfermizo era el duque, aunque jóven como ella. Pero lo que no era un matrimonio de amor era para ella á lo ménos la libertad de los grillos que la atormentaban en su casa paterna, y segun ella misma confiesa, al adornarse con el simbólico azahar, se parecia á uno que despues de pasada una gran enfermedad se siente aún flaco en su convalecencia.

El 24 de Marzo de 1756 hizo su entrada en Weimar. El pueblo acudió presuroso, victoreando á la Duquesa, y todos quedaron maravillados al ver tanta dignidad en un rostro que apenas indicaba diez y seis años. Pero, ¿quién hubiera imaginado que con aquella jóven hiciese su entrada tambien en

la pequeña Weimar el génio del arte y de la poesía y que con ella empezase un período esplendoroso para toda Alemania? A la edad de diez y siete años experimentó la primera y más pura alegría de su vida: se sintió madre. Dió á luz un niño que fué bautizado con el nombre de *Cárlos Augusto*. Entónces su corazón se volvió más ligero, sus ideas se hicieron más claras y comenzó á tener más confianza en sí misma. Pero ya en la luna de miel de su primera alegría vistió de tristeza: el 28 de Mayo de 1758 murió el Duque ántes de haber cumplido veintidos años. Y *Amelia*, que poco tiempo despues fué por segunda vez madre, se vió á la par viuda, primera tutriz y regente. En aquellos años que son mundos de rosa, sueños dorados, el cielo, el eden de la infancia querida, en la edad risueña en que los ojos aún no humedece el rocío de las lágrimas, la jóven Duquesa habia pasado ya por todos los grados de la existencia mujeril y se vió rodeada de sombras y tinieblas. Estando sola, sin amigo alguno, tuvo que encontrarlo todo en sí misma. «Nunca he orado más y con tanto fervor como entónces, escribia ella misma; pudiera hacerme una santa.» Sondeó todos sus sentimientos, descubriéndolos con la mayor sinceridad: «Despues de pasada la primera tempestad, y habiendo ya logrado mayor calma, mi primer sentimiento era el de la vanidad. Ser regente y del todo independiente en juventud tan temprana no podia producir otra cosa. Pero una voz secreta me hablaba, yo la oia y volvía en mí misma. Entónces me sentía del todo desnuda, mi vanidad era humillada por el sentimiento de mi flaqueza. Ví á la par la grandeza que me esperaba y mi insuficiencia... Una temporada permanecí en aquella letargia de los sentidos, cuando repentinamente despertaron en mí todas mis pasiones. Estuve como un ciego que de repente logra la vista.» La guerra de los siete años habia principiado desde fines de 1756, y sus héroes eran el tío de Ana Amelia, el gran Federico, cuyo compañero era otro tío de Ana Amelia, el príncipe Fernando de Brunswik, y el mismo hermano de la jóven Duquesa, el príncipe hereditario de Brunswik brillaba asimismo por su valentía y heroismo. «No se oia, escribió la Duquesa en aquella confesion de sus pensamientos de que ya hemos tras-

crito unos párrafos, sino el nombre de Brunswik, que fué cantado y celebrado por amigos y enemigos y coronado de laureles. Todo eso despertó mi orgullo: aspiré á la gloria. Estudié dias y noches para hacerme apta para los oficios gubernamentales.» Abrigando el noble anhelo del deber, *Ana Amelia* no se olvidó jamás de que era sobrina del rey que dijo: «Yo soy el primer ministro del Estado,» y mereció las alabanzas de una mujer congenial, la madre de Goethe, que la llamaba «la más amable, la mejor princesa, una princesa que demuestra al mundo que sabe reinar, que conoce el arte difícil de atraer todos los corazones, que derrama en torno de sí amor y alegría, y que, en una palabra, nació para bien de los hombres.»

Sobre todo se ocupó de la educacion de sus dos hijos Cárlos Augusto y Constantino. El primero, cuya alma de fuego no soportaba ser oprimida por formas ningunas, se parecia al arroyo que, nacido en la roca, salta por encima de su limitado lecho. Para completar la educacion de los príncipes y desarrollar las facultades que les habia dado la naturaleza, la Duquesa llamó en 1772 á su córte á un favorito de las Musas y de las Gracias, á quien el mismo Amor parecia haber elegido por cantor, el célebre poeta *Wieland*, que á la sazón era profesor de la Universidad de Erfurt y acabó de escribir su *Espejo de oro*, un resúmen y compendio de todo lo útil que los grandes han de aprender en la historia de la humanidad. Ahora le brindaba la ocasion de realizar sus sueños educando á un jóven cuyos talentos conocia y de quien habia ya escrito á la Duquesa en Marzo de 1772: «Hágase de él un príncipe ilustrado, y respondo de su buen corazon.»

Al llamar á *Wieland*, que en Setiembre de 1772 estrenó con su empleo, colocó *Ana Amelia* la primera piedra del templo de las Musas en las orillas del Ilm, pues aquel vate, ya entónces uno de los primeros corifeos de la poesía alemana, atrajo á Weimar los mayores talentos, y los que habian llegado solo para visitarle concluyeron fijándose en la córte, que les colmó de atenciones. Así lo hizo *Bertuch*, el conocedor profundo de la literatura española y portuguesa, y traductor del *Quijote*, que se desarrollaba bajo la direccion de

Wieland, y *Cárlos Luis Knebel* que, huyendo de la disciplina militar de Potsdam, buscaba los aromas del bosque de Weimar y se captaba por su ilustracion la simpatía de la Duquesa, que le nombró preceptor de su hijo Constantino. Knebel, á quien pudiéramos llamar el Nestor de Weimar por haber sobrevivido á todos sus compañeros, fué el primero que se retiró de la córte en la verde soledad de Ilmenau y de Jena para gozar una vida libre y tranquila. Era el amigo más entusiasta de la libertad y uno de los pocos alemanes de aquella edad de oro de nuestra literatura, sobre quien ya, en la flor más brillante de aquel período, pesaba el sentimiento de la insuficiencia de aquella cultura, exclusivamente teórica, en frente de la degradacion política del pueblo, y se retiró de Weimar, donde debia sentirse solitario, porque era el único que, como Herder, consideraba la revolucion francesa como principio de una gran época de desarrollo de la humanidad europea.

Además de Bertuch y de Knebel brilló en el círculo de *Ana Amelia*, por su buen humor y su amabilidad, el poeta *Federico Hildebrando de Einsiedel*, el traductor de *Terencio*, *Plauto*, *Calderon* y *Moreto*, el que fué llamado por todos «amigo», y que al sexo bello tributó homenajes delicados, como los caballeros de la Edad Media; el que pensaba, amaba y cantaba en la atmósfera de la córte como si fuese la soledad del bosque. Despues de haber entrado cual paje en la córte de Amelia, conquistó la amistad de Cárlos Augusto, y fué asesor y despues consejero áulico; pero no pudiendo acomodarse á la vida monótona de los negocios, fué en 1776 camarero mayor de la Duquesa. Era un hombre tan fantástico como bondadoso. Su leal corazon dejó de latir el 9 de Julio de 1828, cuando llevaron delante de su ventana los restos mortales de su soberano y amigo Cárlos Augusto.

Otro palaciego que descubria dotes no comunes de imaginacion y de estilo y descollaba tambien por sus talentos musicales, era *Sigmundo de Seckendorff*, que publicó, en union de Bertuch, el *Almacen de la literatura española y portuguesa*. El círculo de notabilidades literarias lo aumentó el profesor del gimnasio de Weimar, *Musaeus*, el afamado recogedor de

cuentos del pueblo aleman, que llamaba á los niños de la calle para que le contasen cuentos hermosos de gigantes y enanos, de gnomos y silfos y de ondinas de cabellos de oro. Y en su casa solia reunir á algunas viejas con sus tornos de hilar, gozándose cuando sus lenguas iban tan ligeras como sus manos. Tampoco faltaba en casa de Musaeus un viejo tambor que tiraba nubes de tabaco de su corta pipa. Aquella asamblea extraña la sorprendió una noche la mujer de Musaeus, viendo con terror que la cortina habia perdido su blancura por el humo del tabaco. «No te enfades, mujer, le dijo su marido, hasta los príncipes no desdeñaron sentarse en una *reunion de tabaco* (1), donde meditaban sobre el bien de la patria. Y deja en paz á estas matronas, pues ellas me abren el hermoso reino de sus cuentos.» Dicen tambien que Musaeus, cuando jóven, aspiraba á la parroquia de Farnrode, pueblecito situado cerca de Eisenach. Ya habia pronunciado su sermon con aplauso de la poblacion, cuando de repente un aldeano dijo á los otros: «Yo no le quiero como cura, aunque tuviese todas las dotes para hacerse un santo, pues han de saber ustedes que yo le he visto danzar.»—¡Jesus! ¿Ha danzado? gritaron asustados los otros, como en coro unísono, y el pobre Musaeus se quedó sin parroquia. Pero en compensacion se hizo el célebre narra-

(1) *Reunion de tabaco (Tabacks collegium)* se llamó aquella famosa tertulia del padre de Federico el Grande, el rey Federico Guillermo I de Prusia, que tenia lugar casi cada noche en Berlin, Potsdam ó Wusterhausen, y en que cada contertulio habia de fumar tabaco, y el que no fumaba debia al ménos tomar la pipa en la boca. Cada uno tenia delante de sí un jarro blanco lleno de cerveza y pan y queso, y se servia á sí mismo. Se vieron confundidos en aquella tertulia, que tenia un carácter especial y único, ministros, oficiales del estado mayor, sábios que pasaron por la córte, bufones y sencillos ciudadanos, no faltando el maestro de escuela de Wusterhausen. Reinaba allí la mayor franqueza y familiaridad, y se hacian chistes, digámoslo así, de todo género, de modo que el rey, á quien se habia visto á veces estando de mal humor al entrar, solia salir de buen aire despues de haber pasado un buen rato. Aquellas reuniones, en que se habló tambien de política, tuvieron cierta importancia hasta para la historia prusiana, porque allí pudieron inclinar al rey á muchas cosas que en otro lugar hubiese sido imposible, y los embajadores extranjeros no tardaron en comunicar á sus respectivos soberanos lo que ocurría en la *reunion de tabaco*. Segun el uso de la tertulia, nadie debia levantarse cuando otro entraba, no exceptuado el mismo rey. Pero una noche los contertulios se olvidaron de aquel uso alzándose de sus sillas en presencia del rey al entrar el príncipe de la corona, y el rey se enfadó tanto, que salió inmediatamente y excluyó de su palacio á cada contertulio. Así concluyeron para siempre las llamadas *reuniones de tabaco*.

dor de cuentos, y en el dia vive él mismo como cuento en los lábios del pueblo.

En el horizonte poético de Weimar, en aquel círculo en que los ecos pastoriles se confundian con los acentos de una época nueva, brillaron tambien las damas. Brilló como brilla la luz, como brilla la flor, una gran señora llena de elegancia, la hija del mayordomo mayor, Sr. de Schardt, *Carlota de Stein*, aquella mujer exuberante de atractivos, que por sus relaciones con *Goethe* adquirió una celebridad europea, logrando cautivar por espacio de ocho años al poeta tan voltario como ardiente. Sedujo á los hombres, no solo por sus atractivos corporales, sino por su espíritu y su talento artístico, y venció á las mujeres áun cuando ya habia pasado el Rubicon de los años. Despues de haber desempeñado una temporada el empleo de camarera mayor de la Duquesa, se casó en 1764 con el caballero mayor, baron de Stein. Tiene el mérito incontestable de haber contribuido á fijar á *Goethe* en Weimar y de haber instilado moderacion en su sangre ardiente, de modo que pudieron nacer obras tan clásicas como *Tasso*. Pero el carácter de Carlota de Stein no está exento de manchas. El amor de Goethe á Carlota era un homenaje romántico, que al principio fué correspondido por la dama en forma de amistad. Pero tal amistad era, á la verdad, un amor á que no habian crecido todavía las alas. Al amor á Goethe, que tenia siete años ménos que ella, le subordinó Carlota sus deberes cual señora y madre, y en 1781, cuando le amenazaba la pérdida del amante por la inclinacion que el poeta sentia hácia la hermosa cantatriz *Corona Schroeter*, lo sacrificó todo á la satisfaccion de continuar sus amores.

Otra dama de palacio, *Luisa de Goechhausen*, que fué llamada por sus íntimos *Thusnelda* ó *El pequeño demonio de buen tono*, se hizo amar, á pesar de su mal talle, por sus ocurrencias felices y hasta por su malicia.

Estas eran las personas principales que formaban la córte de *Ana Amelia*. Si hasta aquí la Duquesa no habia conocido sino la amargura de la vida, queria ahora, en compensacion de tan largos dolores, gozar tambien sus placeres, y pronto la córte de Weimar, ántes tan tranquila y solitaria, se hizo el foco de

la alegría. Fué desterrado de allí el ceremonial de etiqueta, que jamás permite un tono alegre. Así se cuenta que en una excursion veraniega que la Duquesa en compañía de seis personas, entre las cuales se encontraba Wieland, hizo desde su castillo de Tiefurt al campo, todos iban en un carro cargado de heno, y que, sorprendidos los viajeros por un temporal, la Duquesa excitaba la risa general vistiendo la sobreropa de Wieland para abrigarse contra la lluvia. Dicen tambien que cuando los plácidos encantos de una noche de verano tendiéronse sobre la naturaleza y brilló en el horizonte una luna clara, grande y magestuosa, la Duquesa, residente en su palacio llamado Belvedere, solia cantar con sus amigos las canciones estudiantiles que entonaba Wieland.

Con *Ana Amelia* habia entrado en Weimar tambien el génio del arte dramático. En ningun teatro de la córte habia tanta liberalidad como en el de la Duquesa, donde tuvieron lugar representaciones públicas y gratuitas para todos. Y mientras en los otros teatros alemanes se tributaba culto al arte francés é italiano y al esplendor de las decoraciones, *Amelia*, aunque educada asimismo en la preocupacion contra todo lo aleman, cultivó el arte pátrio y la noble y verdadera poesía dramática. Y como Weimar se hizo despues la patria y el foco de la poesía alemana, era ya ántes, bajo los auspicios de *Ana Amelia*, la cuna de la ópera alemana, pues en 28 de Mayo de 1773 se estrenó la primera ópera alemana *Alceste*, por Wieland, puesta en música por el director de este arte Antonio Schweitzer. En 1774 destruyó un incendio el inmenso palacio de Weimar, y con él tambien el teatro de la córte.

Entretanto, en Diciembre del mismo año emprendieron los príncipes de Weimar, acompañados de *Knebel*, un viaje por Alemania y Francia, y de paso á Carlsruhe, donde Carlos Augusto se desposó con la princesa Luisa de Hesse-Darmstadt, de naturaleza tranquila y noble; visitaron á Francfort, donde, por la mediacion del poeta *Knebel*, conocieron á *Goethe*, el autor de *Goetz*, de *Werther* y de *Clavigo*, el leon de la literatura alemana, que era á la sazón, segun le pintan sus contemporáneos, un jóven gallardo, un corazon

lleno de sentimiento, un espíritu de fuego con alas de águila, y desde la cabeza hasta los piés génio y fuerza. El poeta hizo una impresion tan profunda en el alma de Cárlos Augusto, que éste, que el 3 de Setiembre de 1775 cogió las riendas del gobierno y en Octubre del mismo año se casó con su novia la princesa Luisa, invitó á Goethe á pasar una temporada en su córte. En 7 de Noviembre de 1776 llegó *Goethe* á Weimar, cautivando, no solo al Duque, sino á *Ana Amelia*, y hasta á Wieland, contra el cual habia lanzado su sátira *Dios, héroes y Wieland*. Ya el dia de la llegada de Goethe escribió Wieland las palabras proféticas «Si en Weimar ha de hacerse algo grande, podria ser solo por la presencia de Goethe», y su alma estaba tan llena de éste como una gota de rocío del sol matutino. La estatura esbelta y altiva, la estructura de sus miembros nerviosa, la frente magnífica, los ojos ardientes, las narices imperiosas y los lábios hechiceros del jóven parecian no tener igual, y ese jóven privilegiado era el célebre autor de *Werther*, presentándose en el traje del héroe de su novela, de cuyos dolores participaron millares de corazones tiernos y sentimentales. Pronto vistió tambien el Duque el traje de Werther, de su amigo, un frac azul con botones de metal, calzones de cuero y rodilleras; y no haciendo caso de las habladurías de los weimaranos, se dedicó, en compañía de Goethe, durante los dos primeros meses que éste pasó en la córte, á una vida ruidosa, que, sin embargo, no dejaba de ser genial. Pero en medio de aquellas distracciones no se olvidó el poeta de los intereses más altos del arte, y trató de satisfacer la necesidad de *Ana Amelia* de gozar de las representaciones teatrales. Por eso salió en Marzo de 1777 para Leipzig, cumpliendo el encargo de la Duquesa y de Cárlos Augusto de llamar á Weimar á la cantatriz *Corona Schroeter*. Esta señora, en que se encarnó el génio músico, se hizo la primera estrella del *teatro de aficionados* de Weimar, mientras *Goethe*, en Junio de 1776, se fijó en la córte como consejero de legacion, y gracias á su impulso fué llamado á Weimar el ingenioso *Herder*, que llegó en 2 de Octubre de 1776. ¿Quién no ha oido hablar de aquel teatro genial, dirigido por Goethe; aquel teatro alegre de aficionados, en que desde 1776

figuraba la corte de Weimar, y la misma Duquesa *Ana Amelia* y *Cárlos Augusto*, y donde no reinaba la etiqueta, autorizando á participar de las fiestas teatrales, no el nacimiento ni la gerarquía, sino la honradez y el talento? ¿Qué importaba el incendio del teatro de Weimar, si en tantos altares subía el incienso tributado á las Musas del arte dramático, y si éstas se presentaban, ora en saya de montar, ora en vestido de gala, así en chozas estrechas como en la rica sala, en las cumbres de *Ettersburgo* y en el valle de *Tiefurt*, lo mismo en ligeras tiendas que sobre alfombras magníficas y bajo la bóveda de la alta noche? El castillo de *Ettersburgo*, hora y media distante de Weimar, es el compañero de la vieja *Wartburg*, teatro glorioso de tantos certámenes poéticos, sitio donde resonaron los cantos de *Wolfram de Eschenbach*, *Walter von der Vogelweide*, *Bieterolf*, *Reinmar*, *Enrique de Ofterdingen* y de otros *Minnesaenger*, pero mientras en la *Wartburg*, asilo y atalaya de *Lutero*, y á la par cabeza y corazón de *Turingia*, el espíritu de la poesía apareció en esplendor caballeresco, llevaba el sencillo vestido de cazador en el castillo de *Ettersburgo*, que vió las representaciones teatrales en aquella sala que hoy sirve de armería. Pero los ilustres actores se reunieron lo más en la selva de *Ettersburgo*, á la luz de antorchas, bajo el cubierto de hojas de una añeja y magnífica haya, cuya corteza ostentaba los nombres de aquella poética tabla redonda. Los bastidores los formaba una enramada cortada, un tronco hueco servía de concha de apuntador, y los árboles, las praderas y las fuentes constituían una decoración natural.

No había cosa más romántica que aquellas fiestas de *Ettersburgo*: á veces, ya al despertar el alba, vistiéndose de oro y de rosa, salieron de Weimar en coches ducales, cantando canciones alegres, seguidos de caballerías cargadas con víveres y carros para llevar los comestibles, y cuando la noche había tendido sus sombras, regresaban acompañados de húsares de la Guardia ducal, á la luz de antorchas. Ingenios de la corte como *Goethe*, *Knebel*, *Bertuch*, *Musaeus de Einsiedel* y de *Seckendorff*, dedicaron las producciones de su musa á aquel teatro de aficionados, y la Duquesa *Ana Amelia* y *Corona*

Schroeter pusieron las composiciones en música. Así se debe á la Duquesa la de *Ervino* y *Elmira*, por Goethe, y tambien una parte de la de *La Feria de Plundersweilern*. Entre los actores se distinguió *Goethe* por su *vis* cómica, que dió realce y movimiento á la ejecucion: *Einsiedel* estuvo acertado en caracterizar á los personajes que habia de representar. *Musaeus* excitó constantemente la risa del espectador, y *Knebel* desplegó sus recursos naturales y artísticos en papeles heróicos y patéticos. *Corona Schroeter* dijo los suyos con una expresion y acierto difíciles de expresar, lució su extensa y sonora voz é hizo gala de su natural donaire. Al lado de ella brilló la cantatriz de cámara *Luisa de Rudorf*, con la cual *Knebel* contrajo matrimonio en 1798. Y la ingeniosa señorita de *Goechhausen* dió realmente gran animacion á la interpretacion de papeles humorísticos. El tramoyista, el que mereció el nombre de director de la naturaleza, segun decia Goethe en la admirable poesía dedicada á la memoria del artista, se llamaba *Mieding*, y el distinguido pintor *Kraus* hacia los dibujos y ensayos plásticos. La misma *Ana Amelia*, que con toda su alma, con todo su ánimo y con todas sus fuerzas se consagraba á aquellas fiestas teatrales, pintaba en union de Goethe y de *Kraus* para la comedia de Goethe titulada *La Feria de Plundersweilern*, en la cual figuraba, no sólo la córte, sino una gran parte de la poblacion de Weimar. Estrenóse aquella comedia en Ettersburgo, donde despues se tributaron tambien homenajes verdaderos á las creaciones más sublimes del génio dramático, pues allí fué representada la clásica *Ifigenia* de Goethe, haciendo este de Orestes; el Duque, de Pílades; *Knebel*, de Tóas, y la incomparable *Corona*, de Ifigenia.

El bosque de *Tiefurt* comparte con Ettersburgo la gloria de haber servido de teatro natural y poético á aquella compañía de actores y de poetas. El castillo de *Tiefurt*, distante media hora de Weimar, era la estancia predilecta de *Ana Amelia*, aunque, á la verdad, no era un castillo, sino un cortijo, una granja que *Knebel* habia elegido en 1775 por residencia de su discípulo, el enfermizo príncipe Constantino.

Despues lo habitaron á veces Cárlos Augusto y Goethe, y *Ana Amelia* hizo de él su residencia en 1778, cuando su hijo

estaba viajando, y creó aquel magnífico parque regado por el Ilm, que las mismas ninfas y faunos no desdeñarían habitar. Sombra y frescura, grato rumor de aguas y de hojas acogen al viajero, y con paz y reposo le convidan en aquel parque, donde los pájaros parece que cantan más dulcemente cerca de la piedra de *Herder* y de *Mozart*. Y siendo de aquellos cuyo espíritu inquieto presta oído á la voz apagada y moribunda de los recuerdos, no ha de faltar al viajero ocasion de meditar en el parque en presencia de la piedra de *Constantino*, soltando el vuelo á la fantasía sobre sus dos poderosas alas, sentimiento y memoria. Verdaderamente que el génio de aquel parque es la humanidad: por do quier hay veredas abiertas que convidan al amante de la hermosa naturaleza á entrar en aquel santuario de una princesa noble y generosa y á gozar de las bellezas creadas por ella, cuyo corazon perteneció á la humanidad entera y encontró su propia felicidad en la de los otros. El castillo de Tiefert, del cual dijo un francés: *On ne part point de Tiefert, on s'en arrache* (No se sale de Tiefert, sino que es preciso deshacerse de él), se hizo una verdadera córte espiritual. Allí tuvieron lugar aquellas fiestas de la inteligencia, aquellos interesantes torneos literarios; aquí aplaudió Amelia con su blanda sonrisa, con sus pequeñas y delicadas manos, con el gesto y hasta con la palabra, á los poetas y á los literatos que leían sus composiciones, que despues vieron la luz en el periódico de Tiefert. En Tiefert fundó la Duquesa tambien su «Academia de música», cuyos miembros principales eran *Corona Schroeter* y *Luisa Rudorf*, y en el salon del castillo resonaron los ecos del piano tocado por un creador en el mundo de los sonidos, *Juan Nepomuceno Hummel*. Allí se encuentran los dos estrechos cuartos, ó por mejor decir, buhardillas de la señorita de *Goechhausen*, donde cada sábado, disputándose los puestos, los convidados pasaban horas placenteras y comian *el panecillo de la amistad*. Cuando yo hace poco visitaba aquel castillo en que en tiempos pasados rojos lábios y blancasmanos ofrecieron á los huéspedes una taza de té, y en que hoy el conserje tiene el permiso de dar refrescos, comí *el panecillo de la amistad* en una distinguida sociedad weimarana, y una señora que tenia tanta gracia como las mujeres de Ma-

drid, del que dice el vulgo: «De Madrid al cielo, y en el cielo una ventana para verlo,» exclamé con efusion: «Señor conserje, le pido á Vd. un gran favor: déjeme Vd. parar una sola noche en este castillo encantado, para que sueñe con la que se siente aquí por doquier, la gran *Ana Amelia*.»

Despues de haber puesto las riendas del Gobierno en manos de su hijo, *Ana Amelia*, llena de satisfaccion al volver la mirada á lo pasado, en el estado floreciente de su país y en el desarrollo de Cárlos Augusto, pudo ocuparse más que nunca en lo que la interesaba más: la literatura y las artes. Pintaba bajo la direccion de Oeser, y despues de haber aprendido el griego, que llamó «la lengua de los dioses, la lengua del alma,» estudiaba junto con Wieland á Aristófanes y traducia idilios de Teócrito. Sólo la jóven duquesa *Luisa*, educada en la córte paterna en las formas de una etiqueta rígida, y casada con un príncipe tan alegre, no podia al principio acomodarse á la vida genial y al tono libre que reinaban en su nueva pátria, y no encontraba consuelo sino en los sermones y en el trato de *Herder*. Pero cuando habia pasado la primera tempestad y sólo quedaban los preciosos frutos nacidos en aquel tiempo salvaje, fué tambien ella una protectora de las artes, y vió con gusto, lo mismo que *Ana Amelia*, que los corifeos de la poésia y de las ciencias peregrinasen á Weimar y Jena como los peregrinos á Meca. El 21 de Julio de 1787, mientras *Goethe* estaba en Italia, apareció *Schiller* en Weimar, él cuya amistad con *Goethe*, excitando los celos de *Herder* y de *Wieland*, se hizo para el autor de *Werther* como un nuevo amor, dándole una segunda juventud creadora, á la cual debemos obras tan excelentes como *Herman y Dorotea*, y para *Schiller* un sol benéfico en que maduraban sus mejores creaciones. El viaje á Italia emprendido por *Goethe* despertó tambien en *Ana Amelia* el anhelo de conocer á aquel país, y ya en 1788 pisó el suelo itálico acompañada del señor de Einsiedel y de la señorita de Goechhausen. En Roma, donde la Duquesa vivió en el palacio llamado «Villa de Malta,» que más tarde compró Luis de Baviera, asocióse *Herder* á ellos, y en Marzo de 1789 los encontró *Goethe* en Venecia. ¡Qué cartas tan entusiastas y

encantadoras por su naturalidad y viveza dirigió *Amelia* á su amigo *Knebel!* Despues de su vuelta tradujo al italiano obras clásicas alemanas, y por sus poéticas narraciones de aquel mundo de maravillas que habia visto con ojos asombrados, ejerció sin adivinarlo una gran influencia sobre el *Titan* de *Jean Paul*, obra en que el escritor aleman, que jamás pisó el eden de Italia, pero sí el paraiso de Tiefert, supo dar vida y animacion á las escenas itálicas, y la mágia de la diction y del estilo á la descripcion de Isolabella y de los jardines y del palacio de los Borromeos. Sabido es que entre los ilustres huéspedes de *Ana Amelia*, que escuchaban su dulce voz, su conversacion festiva y animada, reflejo de su humor siempre apacible, de su carácter siempre benévolo, se encontraba tambien la ingeniosa Mad. de Stael.

La existencia de *Ana Amelia*, compuesta de divertimientos literarios y dramáticos, y de viajes, de goces artísticos y de goces de la naturaleza, y realzada por la amistad de buenos y grandes hombres, por fiestas de familia y por el bienestar del país, se parecia á una música alegre, á la cual sólo dos veces se mezclaron acentos lúgubres, en 1793, á la muerte prematura de su hijo el príncipe *Constantino*, y en 1803, cuando falleció *Herder*. A él le siguió, en 1805, en la muerte, el inolvidable *Schiller*, cuya imaginacion gigante habia producido maravillas entre las torturas físicas; pero en este lloraba la Duquesa, no tanto al amigo de confianza como al gran génio del parnaso aleman. Los últimos años de *Amelia*, los hermoseó el trato de Wieland, á quien ella, que era todo amor para con sus amigos, habia ofrecido en 1801, como morada, el castillo elíseo de Tiefert cuando este habia perdido á su mujer.

¡Ah! pronto á las musas del tranquilo Tiefert las quebrantó en Octubre de 1806 el ronco retronar de los cañones franceses, y por fin cedió *Ana Amelia* á los ruegos de *Luisa* de huir, mientras *Cárlos Augusto* estaba al frente de una vanguardia prusiana. El dia despues de la batalla de Jena recibió la duquesa *Luisa* al victorioso Emperador Napoleon en la escalera de palacio de Weimar. «¿Dónde está el Duque?» preguntó el Emperador. «En el sitio de su deber,» contestó la Du-

quesa llena de dignidad. Y la calma y magestad de la que pudiera llamarse la salvadora de Weimar, asombraron tanto al Emperador, que dijo despues á su ayudante Rapp: «Hé aquí una mujer á quien hasta nuestros doscientos cañones no causarían miedo.»

Pero los golpes del destino eran demasiado crueles para que *Ana Amelia* hubiera podido soportarlos. El dia terrible de Jena habia destruido á la vez la obra de su tio Federico el Grande, y la gloria bélica de su hermano, que á consecuencia de las heridas recibidas en la batalla, y de los dolores aún más profundos del alma, murió en 10 de Noviembre de 1806. Sintiendo asimismo acercarse su fin, leyó *Amelia* un sermón de su buen amigo *Herder*, y despues de terminada la lectura de lo que era su último goce, su postrera satisfaccion, dijo: «Está bien; pronto estaré al lado de Herder y de mi hermano.» Como víctima de aquel tiempo, triste para Alemania, murió la Duquesa el 10 de Abril de 1807. A *Wieland* se le arrancó un grito de dolor al verla desaparecer de entre sus íntimos amigos como el follaje de los árboles que arranca el vendabal. Solo pocos meses la sobrevivió su fiel camarera y amiga la señorita de *Goechhausen*. No habia ninguna casa en Weimar donde no hubiesen corrido las lágrimas por la madre de *Cárlos Augusto*, la bondadosa é ingeniosa princesa que habia creado el bosque poético de la Aténas del Ilm, y cuyo espíritu estaba dotado de aquella energía vital y persistente que cura de la muerte y preserva del olvido. Concluyo con un párrafo que *Goethe* dedicó á la querida difunta: «Las grandes naturalezas gozan del privilegio de producir efectos benéficos aun despues de partir á regiones más altas; pues como fueron una bendicion sus creencias en la tierra, brillan desde allá cual puntos luminosos á que dirigimos nuestro rumbo en este tránsito interrumpido tantas veces por las tempestades; los que son en vida nuestro amparo y sosten, atraen aún nuestras miradas cuando ya su espíritu ha volado á la mansion eterna.»

J. FASTENRATH.

DE LA CONSERVACION DE LA ENERGÍA

EN EL MUNDO MATERIAL.

Artículo 2.º

VI.



Digimos en nuestro primer artículo que la energía de un sistema material era la suma de dos partes, y definimos la primera, ó sea la *fuerza viva*: debemos ahora pasar al estudio del segundo sumando, que es el *trabajo interno* del sistema, ó sea lo que Rankine denomina *energía potencial*.

Supongamos que un cuerpo infinitamente pequeño, lo que el físico llama un punto material, camina en línea recta, y que una fuerza constante le acompaña en su camino, actuando sobre él en la misma direccion del movimiento, ya tendiendo á acelerarlo, ya oponiéndose á la marcha del móvil, que esto poco importa para el caso. Pues dados estos dos términos del problema, á saber: *punto* que camina, *fuerza* que sobre él actúa, diremos que se llama *trabajo de la fuerza* el *producto de dicha fuerza por el espacio recorrido por su punto de aplicacion que es el punto móvil*.

Una máquina ejerciendo una traccion de 20.000 kilogramos y arrastrando un tren 100 metros, ejecuta, ó ejerce, ó desarrolla, que de estas diferentes maneras puede decirse, un trabajo de

20.000 kilogramos (fuerza) \times 100 metros (camino)
ó sean

$20.000 \times 100 = 2.000.000$ de unidades de trabajo;
unidad á que se dá el nombre de kilográmetro, para expresar con una sola palabra que concurren dos unidades sencillas,

el kilogramo y el metro, á la formacion de esta unidad compleja. Y como el *caballo de vapor* vale 75 kilográmetros segun la práctica establecida, claro es que los 2.000.000 de kilográmetros equivaldrán á $\frac{2.000.000}{75} = 26.666$ caballos de vapor.

Natural parece, que cuando la fuerza que acompaña al móvil en su marcha no obre en la misma direccion que este, sino por el contrario, con cierta oblicuidad, no se aproveche más que una parte de su efecto, y así sucede; pero es imposible que nos detengamos en estos detalles, que harian interminable el presente artículo, y que, sobre todo, le harian más árido y más enojoso aún de lo que va siendo, por difícil que esto parezca á nuestros lectores.

Conste tan solo, y basta para nuestro objeto, que se llama en general *trabajo* de una fuerza que actúa sobre un punto móvil, el producto de estos dos factores: *fuerza utilizada* y *camino recorrido*. Nueva unidad; unidad compleja como lo era la fuerza viva; y como aquella suponía tres unidades sencillas, unidad de masas, unidad de longitudes y unidad de tiempos, y por decirlo así, las condensaba en otra unidad superior, esta unidad de trabajo supone á su vez otras dos unidades, á saber: unidad de fuerzas y unidad de espacios ó distancias, y las reúne en otra unidad sintética, que es el kilográmetro ó el caballo de vapor. De esta suerte los elementos que en abstracto, y como desprendidos de la realidad, estudia nuestra razon al ejercer su facultad analítica, esta misma razon por la fuerza de la síntesis despues los reúne y agrupa, y hace que se compenetren, y por decirlo así, reproduce en la ciencia el organismo entero del mundo material. Y esas abstracciones, que se llaman masas, espacios, tiempos, fuerzas, por las leyes de la realidad se aproximan y forman la *fuerza viva* y el *trabajo*. No son estas, creaciones artificiales del ingenio, fantasías del cálculo, andamiaje de la razon para subir á las alturas del saber, sino reflejo vivo y verdadero, si así puede decirse, de la naturaleza; más vivo y más verdadero que aquellos elementos dispersos que en el crisol del análisis, como último residuo encontramos, ó que la sensacion engañosa nos presentó como única realidad. Más reali-

dad que la fuerza, y que la masa, y que el tiempo, tienen la *fuerza viva* y el *trabajo*, porque más se aproximan al organismo que aquellos elementos aislados y vacíos, y en este sentido hay en la filosofía hegeliana algo y aun mucho de verdad. Pero demos de mano á metafísicas y filosofías, y continuemos nuestra modesta exposicion.

El trabajo es el producto de una fuerza por una distancia, hemos dicho: el hombre que eleva un peso de 30 kilogramos á 20 metros de altura, ejecuta un trabajo de $30 \times 20 = 600$ kilográmetros: el agua de una catarata que con el peso que corresponde á 100 litros por segundo, que son 100 kilogramos, cae de 10 metros de altura, desarrolla un trabajo motor de $100 \times 10 = 1.000$ kilográmetros en este mismo tiempo: el vapor que con la presión de 40.000 kilogramos hace recorrer al émbolo un espacio de un metro, ejerce á su vez un trabajo industrial de $40.000 \times 1 = 40.000$ kilográmetros: y siempre el producto de estos dos factores reconstituye la realidad con el nombre de trabajo motor ó de trabajo resistente. Mas á la fuerza viva le dimos forma algebraica y fácil nos será dar forma análoga á este segundo y último elemento de la energía.

Llamemos f , inicial de fuerza, á la que actúa sobre el punto móvil, sea esta fuerza la que fuere; peso elevado, masa que cae, impulso muscular, tracción de una máquina, expansión de un gas: y llamemos l , inicial de longitud, al camino que el punto móvil recorre, y claro es que el trabajo estará dado por esta sencillísima fórmula

$$\text{trabajo} = f \times l,$$

es decir, *trabajo igual á fuerza multiplicada por espacio ó longitud recorrida.*

Si los puntos en movimiento son muchos en el sistema material que consideramos, y en cada uno actúa una fuerza, el trabajo total será la suma de todos los trabajos parciales, y designando por S mayúscula dicha suma, ó por una ese larga \int (ó sea integral) tendremos la nueva expresión

$$\text{trabajo} = \int f \times l,$$

que se leerá diciendo: trabajo igual á la suma, ó la integral, para todos los puntos del sistema, del trabajo que correspon-

de á cada uno, ó sea del producto de su fuerza por su camino, ó abreviadamente: *trabajo igual á integral de f por l.*

Y hé aquí ya el segundo sumando de la energía mecánica.

La energía de todo sistema mecánico aislado se compone pues de dos partes:

primera: su fuerza viva, ó sea, segun Rankine, su energía actual.

segunda: su trabajo interno, ó sea su energía potencial.

Pero como ya hemos expresado algebráicamente uno y otro elemento, aún podremos escribir, sin que los signos del cálculo nos asusten,

$$\text{energía} = \frac{1}{2} \int mv^2 + \int f. l.$$

Ahora bien; esta suma es la que se conserva constante mientras acciones externas no vienen á modificarla, sea cual fuere la agitacion interior del sistema ó su inmovilidad aparente; y por la constancia del *número* que la expresa, que no es más que el símbolo de su constancia propia como cantidad real, es por lo que se designa la ley de que nos ocupamos con el nombre de *conservacion de la energía*.

Entremos sin embargo en nuevos detalles que aclaren las precedentes explicaciones, un tanto abstractas de suyo.

VII.

Anulemos con la imaginacion todos los cuerpos que pueblan el espacio *menos uno*. Sea este cuerpo el universo todo: ni más materia, ni más fuerza, ni más movimiento, que los átomos, las fuerzas y el movimiento de este cuerpo: pequeño cosmos á que en nuestra pequeñez hemos reducido la inmensidad de los cielos, el número infinito de los astros y las magníficas curvas planetarias.

El interior de ese cuerpo se hallará en vivísima agitacion por más que nuestra vista no la perciba: cada partecilla, cada molécula, cada átomo vibrará describiendo curvas infinitesimales, y en cada instante tendremos: 1.º ciertas pequeñísimas masas en número inmenso; 2.º ciertas velocidades para cada una de estas masas; 3.º ciertas fuerzas de atraccion entre todas

ellas combinadas dos á dos de cuantas maneras sea posible. Esta es la realidad; pero la realidad no nos conviene para nuestro objeto. Anulemos, pues, esa agitacion interna, esa vibracion constante, y coloquemos á tales distancias y en tal órden las pequeñas masas, que el sistema permanezca en equilibrio perfecto y estable. Tendremos un pequeño mundo inmóvil; sin movimiento visible, sin agitacion interna: un pequeño caos sin luz, ni vida.

Y á este particularísimo estado de equilibrio y de inmovilidad démosle un nombre para abreviar la explicacion: llamémosle *estado de equilibrio*, ó *estado primitivo*, ó aún con más concision, *estado A*: que es en verdad la *alfa* de nuestra modesta creacion la que estamos considerando en este instante.

Seamos ahora el Dios de ese mundo en miniatura: comuniquémosle cierta cantidad de fuerza viva, es decir, pongamos en movimiento todos sus átomos, comunicando á cada uno determinada velocidad, y sea 1.000 el número que expresa la fuerza viva de que en este primer momento hemos dotado al sistema: tal será el valor de aquella suma de productos que designábamos en nuestro anterior artículo con este símbolo:

$$\frac{1}{2} \sum mv^2.$$

Hecho esto, no intervengamos más en los fenómenos que en el seno del cuerpo han de irse desarrollando sucesivamente, y limitémonos á estudiarlos.

Al estado inicial *A* seguirán otra série de estados de agitacion interna, y si tomando uno cualquiera de ellos, que para entendernos llamaremos estado *B*, medimos la fuerza viva del sistema, es decir, si multiplicamos cada masa por el cuadrado de su velocidad, si sumamos estos productos y dividimos la suma por dos, ¿qué hallaremos? ¿Aquella fuerza viva primitiva se habrá conservado íntegra? ¿Aquel número 1.000 será siempre 1.000? ¿Aquella accion que en el cuerpo depositamos, bajo forma de movimiento, será en su conjunto al ménos, ya que no en su reparticion entre las varias moléculas, lo que era al principio? No ciertamente: la fuerza viva resultará distinta de lo que era: aquel núm. 1.000 habrá quedado reducido, por ejemplo, á 400; y en la apariencia, de nuestro soplo creador se habrán extinguido 600 unidades.

Este seria el primer resultado de la observacion si en los límites prácticos de lo posible ensayásemos la precedente experiencia.

En resúmen:

Estado primitivo ó estado <i>A</i>	1.000 unidades de fuerza viva;
Otro estado cualquiera ó estado <i>B</i>	400 unidades de fuerza viva;
Resultado aparente ó diferencia entre los estados <i>A</i> y <i>B</i>	600 unidades extinguidas.

Pero penetremos más en el estudio de los fenómenos.

Si al propio tiempo que medimos la fuerza viva del sistema en el estado *B*, medimos la suma de los trabajos internos desarrollados por las atracciones y las repulsiones de las masas, desde que el sistema perdió su equilibrio hasta que ha llegado á la situacion *B*, es decir, si sumamos los productos de todas las fuerzas útiles por los caminos descritos, hallaremos con sorpresa que el número de dicha suma es aquel número de 600 unidades de fuerza viva extinguidas; de suerte que para el estado *B* la suma de 400 unidades de fuerza viva que posee el sistema *actualmente*, mas las 600 unidades de *trabajo* desarrolladas desde el momento *A* al momento *B*, resulta ser igual á la fuerza viva primitiva comunicada al sistema. Y como lo dicho para el estado *B* puede repetirse para todos los instantes y para todos los estados sin excepcion, aparece esta gran ley del mundo material:

fuerza viva de todas las masas en cada momento, ó sea *energía actual*, mas trabajos desarrollados desde la posicion de equilibrio hasta la que se considera, ó sea *energía potencial*, igual á las *mil unidades* de fuerza viva primitiva.

Ley que abreviadamente podremos escribir de este modo:

energía actual + energía potencial = constante,
ó algebráicamente

$$\frac{1}{2} \sum mv^2 + S f. l = \text{constante.}$$

Estas mil unidades de nuestro ejemplo son la energía total del sistema, y esta energía es constante, no se anula, no se estingue, no se pierde: se conserva; por eso la ley que veni-

mos explicando toma el nombre de *conservacion de la energía*.

Pero si no se pierde ni se anula la energía, en cambio se trasforma y se divide, y toma unas veces una apariencia activa y es fuerza viva y es movimiento, y actualmente aparece como tal, por cuyo motivo Rankine la llama *energía actual*, y otras veces queda como dormida y al parecer se extingue, porque habiéndose empleado en separar moléculas de sus posiciones de equilibrio, en ir venciendo atracciones ó repulsiones, en acortar ó estirar los mil archimicroscópicos resortes del sistema, ha quedado oculta y latente en el sistema mismo bajo forma de trabajo, y hé aquí por qué la llama el físico inglés antes mencionado *energía potencial*. No es fuerza viva actual, no es algo activo, pero es una potencia que más adelante engendrará toda la fuerza viva que en ella se consumió al parecer. Y así es en efecto; porque aquel número 1.000 después de decrecer y ser 900 y ser 700 y ser 400, crece y crece, y recobra su valor inicial 1.000, y así oscila como eterno péndulo el sistema que hemos imaginado; y así oscila aun, repetimos, el valor de su energía aparente. Cuanto más se estira, por decirlo así, esta especie de resorte complejo, menor es la fuerza viva, y parece que va perdiéndose la energía actual; pero en el resorte queda almacenada y como en depósito, y pronta á engendrar nuevas velocidades y á presentarse bajo la forma de fuerza viva.

Tal es el principio de la conservación de la energía, base y fundamento de la Termodinámica y de toda la Física moderna; que si á las masas, á las fuerzas y al movimiento se reducen todos los fenómenos de la materia, á las leyes del trabajo y á las de la fuerza viva se reducen sus leyes generales; y en el trabajo y en la fuerza viva, ó mejor dicho en la energía, encuentran su factor comun el astro que describe eternas elipses en el espacio, la molécula que se agita en cada cuerpo, el átomo que vibra en cada molécula, y la luz, y el calor, y la electricidad, y el magnetismo y todo cuanto es materia que se mueve en espacios inmensos ó en espacios interatómicos.

VIII.

Presentemos algunos ejemplos que aclaren la ley que en toda su abstracta generalidad hemos procurado exponer en los párrafos precedentes.

Imaginemos un sistema material formado por dos cuerpos: á saber, por una parte nuestro globo terráqueo, por otra parte una de las *pedras* que se apoyan en su ancha superficie, piedra cuya masa representaremos por m . Arrojemos esta piedra á lo alto comunicándole la velocidad de 3 metros por segundo y apliquemos el principio de la conservacion de la energía.

En el primer instante la energía interna del sistema, prescindiendo de los movimientos planetarios, será la siguiente: energía de la tierra que suponemos inmóvil.... *nula*:

energía de la piedra. $\frac{1}{2}m \times 3^2 = \frac{9}{2}m$.

A medida que sube la piedra su velocidad y su energía actual disminuyen, y parece como si nuestra accion se fuera anulando; pero es que la tierra y la piedra que antes estaban en contacto ahora se han separado y cada vez se alejan más; es que el misterioso resorte de la gravedad á medida que sube la piedra va estirándose; es que cada elemento de $\frac{9}{2}m$ que desaparece se convierte en energía potencial, y cuando la piedra ha subido tanto que su velocidad es nula, y que es nula su energía actual, su energía potencial ha llegado al máximo, y desde este momento se hará patente, y caerá la piedra solicitada por la atraccion, como obligada á bajar por un invisible resorte que se recogiera en sí mismo. Chocará al fin con el punto de que partió, y aparentemente quedará anulada de nuevo su fuerza viva; pero convertida en calor, en electricidad y en mil invisibles efectos continuará circulando por la materia sin que de aquel número $\frac{9}{2}m$ se pierda ni el más insignificante elemento.

Por eso todo cuerpo colocado á mayor ó menor altura de

la superficie terrestre representa cierto trabajo empleado en llevarlo á tal altura, y supone una energía potencial que al fin podrá convertirse en fuerza viva; energía á que llaman algunos autores *de posicion*, ó debida á la posicion en que se halla dicha masa.

Otro ejemplo todavía: llega la vibracion del éter, que es la luz, á las partes verdes de las plantas, descompone el ácido carbónico, aleja las moléculas de oxígeno de las moléculas de carbono, y lanzando aquellas al espacio, fija estas en el vegetal. Hé aquí un efecto bien distinto del anterior, y sin embargo, idéntico en el fondo: el carbono es aquí lo que era allá la tierra, el oxígeno es la piedra lanzada al espacio: la vibracion del éter ha hecho lo que ántes hizo nuestra fuerza muscular.

Unidas tenia la afinidad química ámbas moléculas, las de oxígeno (*O*), las de carbono (*C*), como simbólicamente representamos á continuacion.

C . . O

Es el oxígeno *O* la piedra que sobre el globo terrestre *C* se apoya por una fuerza química que suple en este caso á la pesantez.

Cuando la luz obra sobre ellas, separadas quedan ámbas moléculas, como la figura que sigue indica,

C O

y en separarlas se ha consumido, al parecer, la fuerza viva del éter, trocándose en energía potencial. Si la fuerza viva del rayo luminoso era 1.000, este número ha desaparecido; pero á 1.000 equivale el trabajo empleado en estirar el resorte químico de la primera figura hasta el límite que indica la segunda.

Y andando el tiempo sacará la industria de las entrañas de la tierra aquella molécula *C* de carbono, que quedó en la planta, y que acciones geológicas hundieron en negros abismos, y en el hogar de la locomotora llegará hasta ella la molécula de oxígeno *O* de que la separaron muchos siglos ántes (ú otra idéntica), y al acortarse la distancia *C O* de la segunda figura y restablecerse la primera, volverá á brotar la fuerza viva bajo forma de calórico, y el tren volará sobre los carriles: no es en rigor el agua que hierve en la caldera, el combustible que arde en el hogar, la causa de aquel movimiento: es un ra-

yo de sol que cien siglos ántes se filtraba en un espeso bosque antediluviano y venia á pintar blancas elipses sobre las anchas hojas de un colosal helecho.

¿Pero á qué fatigar la atencion de nuestros lectores? Jamás la fuerza viva se anula: pasa, se divide, se trasforma: es rayo luminoso, vapor de agua que sube del mar, gota de lluvia que cae de las nubes, jugo que absorbe un vegetal, alimento que circula en forma de sangre por nuestras venas: ya vibracion del éter, ya energía potencial almacenada en el espacio, ya fuerza viva del agua que desciende, ya reaccion química, ya movimiento arterial; unas veces luz, otras calórico, otras electricidad, pero siempre invariable, siempre constante, siempre expresada por un mismo número en la suma de sus dos energías, actual y potencial.

IX.

¿Y de qué procede la importancia de esas creaciones científicas, al parecer tan artificiosas, como la fuerza viva $\left(\frac{1}{2}mv^2\right)$ y el trabajo (*f.l.*)? ¿Qué hay de comun en ellas que, como si fueran idénticas en el fondo, una en otra se trasforma, y parte de la fuerza viva se convierte en trabajo, y parte del trabajo se trueca en fuerza viva?

Para contestar á estas preguntas hasta donde es posible contestarlas en un artículo como el presente y con la brevedad que el caso exige, principiemos por decir que la fuerza viva y el trabajo tienen una idéntica composicion. En efecto, en dos factores podemos descomponer aquella, como en dos factores se halla este descompuesto, á saber: fuerza viva igual á *masa por velocidad*, primer factor; multiplicado por *mitad de la velocidad*, segundo factor, ó en forma algebraica $mv \times \frac{1}{2}v$; pero mv , ó llámese en el lenguaje abreviado del álgebra *masa por velocidad* es la medida de una fuerza, porque las fuerzas se miden por las velocidades que comunican, y $\frac{1}{2}v$ ó *mitad de la velocidad* es una longitud; luego en último análisis, en la

fuerza viva como en el trabajo tendremos el producto de una fuerza por una distancia. Hay pues identidad de composición en ámbos elementos mecánicos, y no es maravilla que toda aquella parte de energía actual que desaparece se convierta en energía potencial, ni que esta á su vez vuelva á convertirse en fuerza viva, ni que exista una unidad superior á que se dé el nombre de *energía*, y que comprenda como variedades ámbas energías: la que se muestra como movimiento, la que se oculta en forma de trabajo.

Y por otra parte, la fuerza viva y el trabajo son, como anteriormente explicamos, elementos ya organizados, por decirlo así, del mundo material: las masas, las fuerzas, el espacio y el tiempo son las abstracciones de la mecánica, como las superficies, y las líneas y los puntos geométricos son las abstracciones del matemático. En la realidad, la fuerza se repite llenando el espacio al través del tiempo y actuando sobre la masa, y hé aquí por qué en la expresión de las grandes leyes de la naturaleza aparecen esas unidades llamadas fuerza viva y trabajo á cuya formación han concurrido todos aquellos elementos que el análisis nos hizo descubrir en el cósmos. Tan abstracta es quizá una fuerza fuera del tiempo, en un solo punto del espacio, sin masa á que aplicarse, como el espacio de la geometría ó como el tiempo mismo: tan lejana de la realidad se halla tal vez una masa, como el tiempo, el espacio ó la fuerza, si de estas tres abstracciones se prescinde y con ellas no se pone en inmediata relación. Mata la bala que del cañon de un arma de fuego sale á impulsos de la pólvora, como dice Hegel, más que por su masa, por su velocidad; y es la velocidad el resultado de combinar dos conceptos abstractos, el espacio y el tiempo. Hasta tal punto, que puede reducirse dicha masa á la mitad, á la cuarta parte, á la décima parte, con tal que su velocidad crezca en la debida proporción, y aquellas fracciones de materia que desaparecieron, *suplidas* quedan en todos los efectos que producian por *un espacio y un tiempo*. ¡Una combinación del espacio y el tiempo valer mecánicamente tanto como la materia misma y suplirla! ¡Extraño resultado; motivo de profunda meditación para el filósofo; burla suprema para el materialista, que ve con sus ojos, y toca con

sus manos, y mide con el dinamómetro á cuánto espacio y á cuánto tiempo equivalen tantos kilogramos de materia, y vé á su macizo Dios evaporarse en abstracciones!

X.

Apliquemos ahora las tres teorías generales de la física, á saber, la de los átomos, la de las fuerzas y la que acepta á la vez la materia y la fuerza, á este gran principio de la conservacion de la energía.

A primera vista la teoría de los átomos explica admirablemente la trasformacion de la fuerza viva en trabajo y la equivalencia de ámbas energías, porque si la fuerza no existe, si el movimiento nace por choque, y sólo por choque, del movimiento mismo; si la fuerza, en fin, es una apariencia, claro es que solo existe en el mundo material la fuerza viva, y todas las trasformaciones son cambios de forma de una energía siempre actual. No son, pues, equivalentes aquellas dos espresiones

$$\frac{1}{2} \int mv^2 \text{ y } \int fl,$$

son idénticas, porque no es f algo distinto de mv , sino el resultado de múltiples choques y la suma de infinitos movimientos de infinitas masas. Pero si bajo este punto de vista la teoría atómica sale triunfante de la prueba, al esplicar la conservacion de la energía, su impotencia es patente: más aun, si la teoría atómica fuese cierta, el principio de la conservacion de la energía seria de todo punto falso. Si los átomos no son elásticos, si la fuerza no existe, el choque de cada dos átomos destruirá una parte de la fuerza viva, y la energía actual será cada vez menor, y ninguna fuerza podrá compensar dicha pérdida. Lejos de conservarse la energía, en cada instante millones y millones de choques anularán cantidades inmensas de fuerza viva y veremos ir al mundo físico á la inmovilidad que es su muerte.

No hay término medio: la *conservacion de la energía* supone por lo ménos la elasticidad de los átomos, y por consiguiente, la existencia de fuerzas elásticas: por no haber recordado esto es viciosa la teoría que el padre Secchi desarrolla en

su obra titulada *La unidad de las fuerzas físicas*, obra por otra parte muy digna de estudio; y por armonizar la teoría atómica con la conservación de la fuerza viva, hace Mr. Leray un último esfuerzo en su ya citado folleto sobre la constitución de la materia, en el que acepta la gran categoría de la fuerza, negando sí las fuerzas atractivas, pero conservando las fuerzas de repulsión.

En resumen, la teoría atómica en toda su rigidez, aquella que anula la fuerza y que solo admite el átomo impenetrable, es radicalmente contraria al principio de la conservación de la energía y con él de todo punto incompatible.

Por el contrario, las dos últimas teorías, puesto que conservan las fuerzas elásticas, pueden armonizarse con dicho principio.

XI.

La gran unidad dinámica del universo es, pues, la *fuerza viva*, ó su equivalente el *trabajo*, ó más en general la *energía*, sea cual fuere la forma en que se la considere: toda energía es indestructible: cambia de aspecto, se disemina ó se condensa, pero su totalidad es invariable: la luz, la electricidad y el magnetismo son fuerza viva del éter, es decir, energía etérea: el calor, fuerza viva de la vibración interna de los cuerpos: y en último análisis, la fuerza viva y el trabajo no son más que misteriosas síntesis de la masa, de la fuerza, del espacio y del tiempo, combinados estos elementos en la realidad por leyes cuyo símbolo es en la aritmética la multiplicación.

¿Existirán aún otras unidades más comprensivas, más reales, que expresen leyes superiores, que, por ejemplo, en vez de tener en cuenta una sola de las dimensiones del espacio, las abarquen todas, y respecto á las que la fuerza viva y el trabajo sean unidades tan sencillas, tan abstractas y tan vacías como hoy lo son masas, velocidades y fuerzas? Es posible: y horizontes son estos que se abren espléndidos é infinitos á la razón, aunque velados por las nieblas de lo porvenir.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA FILOSOFÍA PESIMISTA.

EL SISTEMA DE HARTMANN (1).

Pocas obras han ejercido en el mundo culto la influencia de los trabajos de Mr. Darwin y Mr. Alfred Wallace sobre el proceso de la selección natural. Y esta influencia ha sido en pocas partes tan considerable como en Alemania. Familiarizado este pueblo por los estudios de Goethe y Hegel con las ideas de continuo desenvolvimiento y variación gradual, ofreció un terreno perfectamente preparado á las nuevas doctrinas. En Haeckel encontró el darwinismo un representante que se distingue por su originalidad tanto como por su independencia. Pero lo que caracteriza este nuevo movimiento es su tendencia á explicar teleológicamente el Universo. No es esta teleología la antropomórfica de otros días, pero considera siempre al mundo como un proceso ligado y conexo en que la finalidad y el plan se evidencian por todas partes. Y descubre este método que una selección inconsciente de las estructuras más perfectas rige toda vida animal y vegetal. Combínase con esta selección natural el concepto de la lucha por la existencia, de esta lucha necesaria por la desproporción que existe entre los medios de subsistencia y el constante aumento de la población. Esta lucha por la existencia, este *bellum omnium contra omnes* debe terminar siempre con el triunfo de los más fuertes, de los que tienen condiciones más adecuadas, de los más hábiles, y con la extinción de las especies que ocupan inferiores grados en esta escala de fuerza y

(1) *Philosophie des Unbewussten. Von Eduard von Hartmann. Sechste Auflage, Berlin, 1874.*

recursos para vivir. Es el mundo, por lo tanto, producción y destrucción, amor y lucha unidos como pensaba Empedocles, que presintió el desenvolvimiento continuo de las especies. No es otra cosa que el resultado de un poder misterioso que por medio de la selección natural y el proceso realiza la supremacía final de las mejores razas sobre la tierra.

Y al llegar aquí se plantea esta cuestión: si la vida es competencia y lucha constantes, si el estado de naturaleza que Hobbes describió de un modo tan gráfico no es una fase de la historia del mundo, sino la ley universal de toda creación, ¿cómo puede ser feliz la existencia? ¿No tienen los hombres el deber de proteger á los débiles? Y la naturaleza que obra de distinto modo, ¿hará bien por ventura en aquello que fuera malo en nosotros? ¿Es por ventura el mejor de los mundos posibles un mundo que para su conservación há menester medios que rechaza la humana naturaleza con aborrecimiento y aversión? ¿Cuál es la naturaleza de un poder que extermina así á sus hijos más débiles y desvalidos, cuál es el objeto que se propone, el fin á que se encamina? Aquí acaba la ciencia y empieza la filosofía.

El problema esencial de la filosofía consiste en la explicación final de la existencia. Refiere y retrotrae todos los fenómenos de la naturaleza á un principio fundamental. Los fenómenos aparecen entónces como aspectos ó manifestaciones de ese principio. ¿Qué es la existencia cuando la despojamos de sus formas accidentales? Este problema es el que trata de resolver en todos sus sistemas la filosofía.

La solución que por caminos tan diversos había buscado hasta hoy, se presenta en el último sistema alemán, en el sistema del Dr. Eduardo von Hartmann, con el particular carácter de dar base común, en sentir de su autor, á la filosofía y á la ciencia, de un modo tal que las lleva á perfecta reconciliación. Cuando la filosofía considera al mundo como idea que se desenvuelve, y la ciencia habla de fuerza ciega, de lucha por la existencia, de selección inconsciente, entiende el Dr. von Hartmann que el problema se ha simplificado, que la reconciliación es posible. Por eso nos dice lo que sigue: lo Inconsciente es el supremo principio de toda existencia:

penetra en todas las fuerzas orgánicas, en todos los movimientos del cuerpo y en los procesos mentales: dirige al hombre en todos los períodos de su vida, y sin que él lo sepa, le obliga á tomar parte en la realizacion de sus planes: yace en la raíz de las cosas y constituye la esencia de la materia y del espíritu que son por consecuencia idénticos y se diversifican solamente como aspectos de la misma sustancia. Al través de todas las formas de la existencia un fin rige al mundo: la finalidad y el plan están en todas partes. Y este fin á que tiende la creacion toda es la Conciencia de sí. Pero con la Conciencia de sí, ¿qué consigue el mundo sino despertar á la triste realidad de su miseria? Valiera más que nunca se realizase lo Inconsciente: la idea inconscia que la voluntad inconscia tambien ha esteriorizado arbitrariamente, solo puede acabar y acaba en un mundo de desventura. Una série de engañosas ilusiones ocultan al hombre el hecho de la irremediable miseria de la existencia; pero el individuo y la raza se alejan gradualmente de esas ilusiones para ver que son instrumentos de aquel poder universal é incontrastable, y que su deber consiste en hacer de los fines de lo Inconsciente los fines de la Conciencia de sí que en ellos se da y en concurrir al cumplimiento de un proeeso, que en su parte racional, lo Inconsciente reconoce al cabo que es irracional y vano.

Tal es en sus rasgos más generales la filosofía de Hartmann. Pero no podremos apreciarla bien sin considerar más detalladamente el asunto, y sin trazar el génesis y los antecedentes históricos del sistema. No podemos dar á estas consideraciones toda la extension que quisiéramos; pero nos parece que las siguientes indicaciones bastarán para que se noten los más inmediatos resultados que la doctrina de lo Inconsciente ha venido á completar.

La *Crítica de la razon pura* de Kant, habia demostrado, al ménos así se ha creido, que solo conocemos los objetos bajo formas de intuicion, tales como espacio y tiempo, y que por consecuencia no conocemos nunca la cosa en sí, sino en cuanto se amolda á esas formas primitivas y como aparece, siendo por tanto imposible el conocimiento absoluto é incondicional, y quedando reducido el conocimiento á lo fenome-

nal y relativo. Las doctrinas kantianas conducen necesariamente, como se ve, á un idealismo subjetivo unilateral. Este idealismo subjetivo abrió camino para la filosofía pesimista de Arturo Schopenhauer.

Arturo Schopenhauer nació en Dantzic en 1788. Trascurrieron los primeros años de su juventud en ocupaciones mercantiles, que cuadraban muy mal á su carácter y pensamientos. La muerte de su padre, que fué víctima del suicidio, le dejó en libertad de abandonar una carrera que miraba con invencible repugnancia. Bajo la direccion de su madre, persona de inteligencia muy cultivada y de gustos literarios, en el trato frecuente de Goethe, Schulze y otros hombres ilustres, se consagró Schopenhauer con ardiente vocacion al estudio de la filosofía y el arte. El resultado de estos trabajos apareció en 1819 en la importante obra titulada «El mundo como voluntad y representacion» (*Die Welt als Wille und Vorstellung*). Esta obra alcanzó un éxito lastimoso. La desfavorable acogida que tuvo influyó, sin duda, para que adquiriera mayor intensidad en el pensamiento de Schopenhauer el pesimismo que ya le preocupaba. En 1839 la *Sociedad Real de Ciencias* de Noruega premió su ensayo sobre la «Libertad de la voluntad», y la estrella del filósofo empezó á brillar con más puros resplandores. Ya en 1859 su obra «El mundo como voluntad, etc.» habia alcanzado una tercera edicion y el filósofo habia expuesto y ampliado sus doctrinas en diferentes tratados. Cuando murió en 1860 en Frankfort habia reunido un buen número de discípulos deseosos de propagar su filosofía. Trataremos de dar una idea de esta en pocas palabras.

Segun Schopenhauer, el mundo objetivo no es tan solo, como Berkeley y Kant creyeron, una representacion ó idea (*Vorstellung*): este es el aspecto secundario y subjetivo del mundo como objeto del conocimiento, y en este aspecto constituye la base de todas las formas de representacion y conocimiento el principio de razon suficiente, de conexion causal. El mundo es más bien una manifestacion de la voluntad. Así como la idea de la voluntad es la clave de mi existencia personal, la voluntad explica el mundo exterior. Pero la volun-

tad significa para la generalidad eleccion consciente, y este concepto lo rechaza Schopenhauer identificando la voluntad con lo que comunmente llamamos fuerza, y considerándola inconscia por esencia, y conscia por accidente. Para Schopenhauer todo lo que existe, así los fenómenos físicos como los hechos intelectuales, son manifestaciones, emanaciones de la voluntad. La voluntad es la verdadera cosa en sí, la *Ding-an-sich* que Kant puso, pero no explicó. Aparece de esta suerte el Universo en su totalidad como una objetivacion progresiva de la voluntad; objetivacion en que nos elevamos desde las fuerzas universales de la naturaleza, y los fenómenos de la existencia inorgánica y al través de la vida animal y vegetal, á las creaciones ideales de la literatura y el arte. Estos períodos progresivos de la objetivacion de la voluntad son identificados por Schopenhauer con las ideas de Platon, y el arte realiza, segun él, esas ideas, esos tipos preexistentes del desarrollo de la existencia.

En el cerebro del hombre alcanza la Voluntad la más clara conciencia de su propia naturaleza. Y el hombre aprende simultáneamente que la realidad es ilusion y la vida una sucesion de pesares. Para entrar en el mundo de la realidad necesitamos reconocer la identidad de todas los séres como manifestaciones distintas de una misma Voluntad y reconocer tambien que el interés individual es engañoso, pues debemos destruir esa poderosa afirmacion del deseo de vivir en que todo egoismo descansa. La base de la moralidad debe estar constituida por la simpatía, la caridad y el amor, no de la raza humana solamente, sino de toda creacion animal. Todo placer egoista debe ser condenado, y muy particularmente los goces del amor. El amor es el engaño de los engaños, la vanidad de las vanidades. Descansa, pura y simplemente en el hecho de que la Voluntad no ha llegado aún á determinarse en la exterioridad y á gozar más de la vida, fin para el cual se sirve de fascinaciones y encantos. El fin real del amor no es nunca otra cosa que la procreacion de nuevos individuos, aunque la Voluntad que rige las cosas disimula su objeto inmediato y persuade á los amantes á que su union descansa en otras consideraciones más elevadas. El amor es una pasion

de la raza y el individuo es su instrumento. Lícito es creer á los amantes que van en pos de un interés propio, pero en realidad sirven tan solo á la utilidad de la especie y son servidores de la Voluntad, cuyo deseo de vivir persiste todavía. Y hablando en puridad, el matrimonio es el crimen mayor, porque perpetuando la vida perpetúa la infelicidad. La felicidad es un sueño, y este mundo no es el mejor sino el peor de todos los mundos posibles. El placer es término puramente negativo: lo positivo es el dolor, y lo que llamamos placer es pura y simplemente ausencia de dolor. Valiera más no haber nacido; no hay cosa mejor que no ser.

Pero no debemos llegar á este resultado por medio del suicidio, porque el suicidio es una forma del egoísmo. El suicida desea vivir; lo único que le mortifica es padecer. Su suicidio tiene una importancia puramente individual, y no es ni puede ser la salvacion de la raza. ¿De dónde nos vendrá esta salvacion? Solo de conocer que el mundo es necesaria y radicalmente malo. Este conocimiento cierra el paso á la antigua afirmacion de la Voluntad de vivir, conduce á la negacion de la Voluntad, á la renuncia de los deseos, que completándose con el ascetismo y la mortificacion, llega por fin á emanciparnos de la Voluntad, al perfecto *Nirvana* en que la Voluntad desaparece y con ella toda representacion y todo mundo. La religion es para Schopenhauer la filosofía de los más. Sus discípulos encontrarán su credo religioso en las *cuatro sublimes verdades* del Budismo (1).

El doctor Eduardo von Hartmann ocupa actualmente el lugar de Schopenhauer. No es la filosofía de Hartmann una simple reproduccion de la de Schopenhauer. Muchas partes de su doctrina son nuevas, y en no pocas ocasiones corrige el autor de *La filosofía de lo Inconsciente* errores y paradojas de su antecesor. Por el valor de sus conocimientos y la penetracion que le distingue, merece Hartmann que se le considere como un pensador independiente. Las opiniones darwinistas

(1) Las cuatro sublimes verdades del Budismo son las siguientes: 1.^a Vivir es penar. 2.^a La causa del dolor es el deseo. 3.^a El dolor cesa con el Nirvana. 4.^a Al Nirvana se llega por la contemplacion, y finalmente por el éxtasis.

á que Schopenhauer, como Kant y otros, habia llegado sin acertar á probarlas ó sistematizarlas, constituyen un elemento nuevo y sorprendente en la filosofía de Hartmann. Pero la bandera del pesimismo es enarbolada constantemente por él, y por eso, aunque toma mucho de Schelling y no deja de estar influido por las ideas hegelianas, Hartmann figura como un sucesor y expositor popular de Schopenhauer.

Cárlos Roberto Eduardo von Hartmann es hijo de un general prusiano y nació en Berlin en 1842. En 1858, deseoso de seguir la profesion de su padre, ingresó en la artillería de la guardia real. Ascendió á oficial en 1860; pero recibió poco despues una herida tan grave, que se vió obligado á abandonar un arma en que habia entrado bajo los mejores auspicios. Distinguióse desde su más temprana edad por su carácter sério y reflexivo, y en medio de las ocupaciones de la vida militar, no le habia faltado tiempo para dedicarse á filosóficas lecturas. Obligado por su herida á entregarse al reposo, se consagró esclusivamente á su ocupacion favorita, y poco despues dió á luz los resultados de su trabajo en una progresiva série de tratados. En 1868 se publicó su escrito titulado: «Del método dialéctico» (*Über die dialektische Methode*) en que discute los fundamentos del hegeliano, y poco despues una crítica de la actitud de Kant con exposicion de su propia teoría del conocimiento, con este título: «La cosa en sí y su carácter» (*Das Ding-an-sich und seine Beschaffenheit*); las dos explicaciones históricas, general y parcial de sus teorías sobre «La filosofía positiva de Schelling como unidad de Hegel, y Schopenhauer» (*Schelling's Positive Philosophie als Einheit von Hegel und Schopenhauer.*) y su «Coleccion de disertaciones filosóficas» (*Gesammelte philosophische Abhandlungen*). En 1869 la Universidad de Rostock le confirió el grado de Doctor. El Dr. Hartmann no es solamente un filósofo, es tambien un crítico de arte y un autor dramático. Ha escrito un libro titulado: «Aforismos sobre el drama;» ha escrito tambien sobre la tragedia *Romeo y Julieta*, de Spakspeare, y ha publicado con la firma Karl Robert un tomo de «*Poemas dramáticos.*» Recientemente, además de contestar ampliamente las críticas de que ha sido objeto y de dar al público exposi-

ciones adicionales y suplementarias de su sistema, ha dicho su opinion sobre asuntos de público y universal interés. Sirvan de ejemplo su «Descomposicion espontánea del Cristianismo y la Religion del porvenir,» (*Die Selbstzersetzung des Christenthums und die Religion der Zukunft*) obra cuya primera edicion de 2.000 ejemplares se agotó en ocho semanas; su «Verdad y error en el darwinismo» (*Wahrheit und Yrrthum im Darwinismus*), concienzuda crítica de esta popular teoría de la evolucion y su «Reforma de las Universidades» (*Zur Reform des hoeheren Schulwessens*), tratado que por la importancia que asigna á la literatura griega y el modo con que indica la utilidad de la historia natural propiamente dicha, como opuesta de la *ciencia* natural, tendria lo bastante para ser muy recomendable. El nombre de Hartmann se enlaza, sin embargo, más estrechamente con su obra más completa y sistemática «La filosofía de lo Inconsciente» (*Philosophie des Unbewussten*). Publicóse primeramente en 1869 y en 1874 tenía ya seis ediciones, evidenciando una popularidad verdaderamente sin igual en la historia de los trabajos especulativos. Y esta popularidad se esplica fácilmente. Hartmann no es solamente un filósofo, es tambien un poeta. Sus obras están llenas de toques imaginativos que fascinan al lector.

Está muy familiarizado con los resultados de las ciencias, y escribe fácil y claramente. Descansa toda su doctrina en un solo principio que muestra en todas partes, y sus conclusiones halagan á las gentes más propensas de ordinario á la inercia que á la lucha y al esfuerzo penoso. Y, sin embargo, por extraña ironía de la suerte, no tiene el Dr. Harmann aspecto de misántropo ó pesimista. El retrato que acompaña la sexta edicion de sus obras nos muestra un gallardo jóven, de quien difícilmente se sospecharia que es un melancólico Werther. De espesos cabellos y barba suave, frente ancha, facciones pronunciadas, tiene una simpática fisonomía, llena de genialidad. Una observacion más atenta descubre al cabo una sombra de afectacion que, cual si implicara un egoismo inconsciente, explica tal vez el secreto de sus conclusiones pesimistas.

Ya hemos dicho que la filosofía de Hartmann considera lo inconsciente como principio y esencia de toda existencia. Llega á este resultado por medio de una determinada aplicación del argumento de las causas finales. Desde los días de Bacon puede asegurarse que no han soplado vientos muy favorables á las causas finales. Y, sin embargo, la hostilidad con que Bacon las trataba no era tan grande como generalmente se cree. En una de sus obras se limita á proscribir su aplicación práctica á las ciencias físicas, y no desconoce su congruencia en las explicaciones de estas, ni niega su valor en las indagaciones metafísicas. Apenas hay quien ignore que importa tanto el conocimiento de las causas finales como el de las eficientes, y no necesitamos indicar que, sea cual fuere el punto de vista que se adopte, el análisis de un hecho tiene que completarse siempre con su explicación teleológica.

La conformidad ó concordancia de las causas eficientes y las finales es admitida del modo más explícito por Hartmann. Observa que la teleología no es en modo alguno adición ni cosa que corrija la causalidad. En realidad presupone esta causalidad, no solo respecto de los objetos materiales entre sí sino tocante á las relaciones del pensamiento con la materia y del pensamiento con el pensamiento. Ya veremos oportunamente que la explicación teleológica tiende á ser un *deus ex machina* en la filosofía de Hartmann. Apela siempre á ella cuando le falta la razón mecánica. La causa final es concebida en efecto por él como incógnita que se oculta detrás de las explicaciones materiales. La causa eficiente (*M*) de un suceso—esta es la argumentación de Hartmann—debe explicarse por el concurso de circunstancias conocidas (*nn*) ó por otras circunstancias materiales á que no ha podido llegar la observación, ó, últimamente, el terreno de *M* debe buscarse en el campo del pensamiento. Pero, añade Hartmann, la suposición de que la causa eficiente inmediata *M* es resultado de condiciones materiales que hasta hoy se han sustraído á la experiencia, contradice la otra proposición, á saber: que las circunstancias materiales colectivas á que *M* precede inmediatamente están contenidas en *nn*, y los antecedentes inmediatos de *M* estarán, con sujeción á la regla, contenidos en

limitada esfera de hechos entregados á la observacion. Solo hay, pues, dos casos posibles. O M es el resultado de condiciones materiales conocidas, ó es el resultado de razones espirituales. La suma de estas dos alternativas puede expresarse por 1. Ahora bien: si las probabilidades de que M es causada por razones materiales (nn) se expresa por medio de esta fórmula $\frac{1}{x}$ las probabilidades de causas espirituales estarán representadas como sigue: $1 - \frac{1}{x}$. Suponiendo, pues, que no pueden descubrirse razones materiales, $\frac{1}{x}$ disminuye hasta hacerse imperceptible, mientras que la otra suposicion, la de razones espirituales, se acerca del mayor modo posible á la certidumbre expresada por 1. Esta probabilidad de razones espirituales se hace aún mayor cuando el fenómeno comprende la accion conexas de un determinado número de partes diversas: Pues sea cual fuere la probabilidad de que cada una de estas puede explicarse individualmente por leyes materiales, se hace infinitamente pequeña la de que pueda explicarse así su accion *una*. Sírvanos de ejemplo el fenómeno de la vision. El acto de la vision requiere la combinacion de trece condiciones diferentes á lo ménos (nervio óptico, retina, distancia focal, etc.) para que se cumpla, y sin embargo, todas concurren en el recién nacido. Ahora bien: concediendo que la probabilidad de que cada una de estas condiciones sea el resultado de condiciones materiales de la vida embrionaria, ascienden á $\frac{9}{10}$ la probabilidad de que todas se resuelvan en tales razones es como producto de simples probabilidades $0.9^{13} = 0.254$: si, á pesar de todo, la probabilidad de que cada cual sea debida á razones físicas, solo es $\frac{1}{2}$ ó 0.5, la probabilidad de una razon espiritual para el todo será 0.9999985 en otros términos, se acercará considerablemente á la certidumbre plena.

De este modo, dice Hartmann, hemos visto cómo podemos volver en nuestro razonamiento de los procesos materiales á

la cooperacion de causas espirituales, aunque no se ofrezcan estas al conocimiento inmediato. Solo hay un paso desde aquí al conocimiento de la finalidad. La causa espiritual de un proceso material solo puede consistir en la accion espiritual; y donde el espíritu tiene que trabajar exteriormente, ha de estar presente la Voluntad al mismo tiempo que la concepcion de lo que la voluntad quiere. La causa espiritual es por tanto Voluntad en combinacion con concepto (1).

Tal es la teoría de las causas finales en que descansa la filosofía de lo Inconsciente. Pretende no adicionar ni contradecir en modo alguno la de la conexion causal; pero en realidad sucede lo contrario. Descansa, como ha notado el historiador del materialismo (Lange), en una mera expresion matemática de nuestra ignorancia subjetiva, y se hace un principio colocado fuera de los límites de la investigacion física. Sostiene arbitrariamente que la investigacion física es en ciertos puntos completa y definitiva, y que lo que no se explica hoy no será nunca explicado por la ciencia.

La verdad es que la explicacion teleológica y la mecánica de las cosas no constituyen diferentes clases, sino grados distintos y distintos aspectos del conocimiento. Como el mismo Hartmann ha dicho admirablemente en otra ocasion, la causalidad y la teleología son tan solo aspectos diferentes de un principio más alto de unidad. La teleología presupone el mecanismo, y es imposible sin él, no de otra suerte, que el mecanismo es imposible sin la teleología (2). Así como en la esfera del pensamiento y del sér el mecanismo debe absorberse en el quimismo y este en la teleología, así en el conocimiento lo mecánico debe ser elevado á lo teleológico, y este incorporado á su vez en lo mecánico.

La idea no está fuera, sino en la naturaleza. La explicacion mecánica de las cosas no puede apoderarse de ellas; pero la implica, sin embargo. El Dr. Hartmann considera su filosofía como un conjunto de resultados especulativos, obtenidos con arreglo á los métodos inductivos de las ciencias naturales.

(1) Phil. des Unb. Pág. 43.

(2) „Darwinismus“, pág. 158.

«Cree que ha logrado celebrar un consorcio de los más elevados principios de la especulación con los resultados de la ciencia. Y, sin embargo, las explicaciones filosóficas y las científicas van siempre en su obra por distintos caminos, y no nos muestra que coincidan lo racional y lo real, que aparecen, por el contrario, como entidades independientes.

Dejando estos puntos de vista generales, examinemos ahora de qué modo aparece lo Inconsciente en el organismo animal y en la inteligencia humana. Empezaremos diciendo que Hartmann no cree que la Voluntad suponga necesariamente el cerebro ó conciencia cerebral. La presencia de una voluntad inconscia confinada en los centros nerviosos en que actúa, y no llegando nunca á la conciencia de sí en el cerebro, parece que está demostrada por gran variedad de hechos. Una rana decapitada sigue moviéndose de un modo que solo puede explicarse como voluntad. El pólipo, sin huella ninguna de músculos ó fibras, distingue con toda seguridad á un objeto vivo de uno muerto, é inmediatamente se apodera del primero. Si, á pesar de todo, pregunta el Dr. Hartmann, un insecto cuando lo dividen muestra la voluntad de comer y las de la generacion en gánglios diferentes, ¿por qué no ha de poseer el hombre una division análoga de trabajo? Y en realidad estas diferentes voluntades están extendidas por todo el cuerpo. Las encontramos en las palpitations del corazon, en el movimiento del estómago y los intestinos, etc.

La Voluntad es por tanto una fuerza de accion mayor que ordinariamente se cree. No es pura y simplemente una intencion consciente. Hemos visto en un individuo la existencia de voluntades separadas que á lo sumo serán conocidas conscientemente en los centros nerviosos por los cuales se exterioriza la Voluntad. La Voluntad es más bien la causa inmanente de todo movimiento animal que no puede referirse á la accion refleja. Es solo accidental que esta causa ó fuente originaria de accion sea ó no presente á la conciencia. La Voluntad puede ser inconscia, puede proceder sin la intervencion del cerebro. Y no solo se dan de esta suerte determinados actos en los hombres y en los animales, sino que pueden notarse tambien concepciones inconscias en la ejecucion de un mo-

vimiento estrictamente *voluntario*. Por ejemplo, la resolución de mover el dedo meñique solo puede efectuarse por medio de cierto número de grados intermediarios de que no tenemos conciencia.

Las concepciones inconscias son la base de las acciones instintivas. El instinto debe definirse diciendo que es acto que conduce á un fin de que el individuo no tiene conciencia. Y no es el instinto para Hartmann una consecuencia de la organización corporal, como generalmente se cree, pues tanto al ménos es la organización, resultado del instinto. Muy á menudo animales de diversa estructura tienen el mismo instinto: el hábito de emigrar se encuentra efectivamente en pájaros de muy diferente organización. Ni debe creerse que si el órgano no crea el instinto, este resulta del deseo de satisfacer las exigencias de aquel, porque el instinto lleva muchas veces á un sacrificio fatal, como sucede, por ejemplo, á los pájaros que viendo que les roban sus huevos, los ponen luego sin cesar hasta que gastan todas sus fuerzas y caen exánimes sobre el nido.

Muéstrase por doquiera el instinto lleno de razón é inteligencia, aunque esté completamente desprovisto de raciocinio ó reflexión conscientes. La costumbre da mayor perfección á los actos conscientes; pero el animal de poco tiempo posee un instinto tan completo como el de los más viejos. Y el instinto no yerra nunca, no duda, no vacila; sus actos son inmediatos é instantáneos. Y no solo es el instinto independiente de la reflexión; descansa á menudo en hechos completamente ajenos á la conciencia y al conocimiento común. La explicación del instinto debe buscarse en la determinación de la Voluntad, tal como se cumple al través de un proceso sepultado en lo inconsciente. Es incalculable el número de hechos que nos descubren estas verdades. Descansa el instinto en conocimiento que no resulta nunca en la conciencia, y que solo conocemos por sus efectos. Muchos pájaros adivinan con misteriosa *clairvoyance* la proximidad de un invierno riguroso y adelantan la fecha de su emigración á climas más templados. Esta adivinación inconsciente no es exclusiva de los animales. Se descubre también en los saludables instintos de las mujeres y los niños. Una Margarita desconfía á menudo de un Mefistófe-

les. Los presentimientos que muchas personas tienen de la propia muerte ó de la de otros, los casos de doble vista que son tan comunes en los pueblos del Norte, las profecías que anuncian grandes desastres nacionales y otros hechos de igual carácter, atestiguan la existencia de ese mismo conocimiento inconsciente.

El instinto, concluye el Dr. Hartmann al terminar uno de los más interesantes é instructivos capítulos de su libro, no es el resultado de la reflexion conscia, ni el efecto de la organizacion corporal, ni simplemente la secuela de un mecanismo colocado en la estructura del cerebro. Es el acto personalísimo del individuo, acto que surge de su carácter y esencia más íntimos. El instinto es en realidad la eleccion de medios de un fin á que no se tiende consciamente y solo es conocido por una especie de *clairvoyance*.

Ya al llegar á este punto, se hace lo Inconsciente un concepto mucho más definido. Es la Unidad de Voluntad é Idea. Encierra en sí como elementos inseparables la fuerza creadora de la Voluntad y el objeto ó Idea que la Voluntad realiza. Así como la Sustancia de Spinoza se manifestaba por los modos que se llamaron pensamiento y extension, así lo Inconsciente como esplicacion final de la existencia es la combinacion de Voluntad é Idea y une de esta suerte dos principios dinámicos que separaron las teorías anteriores. La filosofía de Hegel reconoció la realidad de la Idea: analizó los diversos momentos que recorre la Idea en su transicion, desde su pura existencia en sí á su exteriorizacion en la Naturaleza, para volver á sí en el Espíritu. Pero la idea como tal, no puede, á juicio de Hartmann, proceder á la existencia: solo puede hacerlo bajo la direccion de la Voluntad que actúa.

«La idea lógica en Hegel no puede dar un solo paso sin la accion de lo ilógico (voluntad) que no acompaña tanto como crea su desarrollo desde el absoluto vacío del principio sin presuposicion á su más alta plenitud y complejidad. Aquí es lo ilógico en realidad el elemento viril que há menester lo lógico para producir *una nueva forma* de la idea» (1).

(1) Erlaeuterungen, p. 15.

Schopenhauer por su parte habia dado exclusivo predominio á la Voluntad sin dejar á la Idea lugar alguno en la constitucion de la naturaleza objetiva. Habia considerado al mundo en todos sus diferentes fenómenos como mera objetivacion progresiva de la Voluntad. Pero Aristóteles habia notado ya que la Voluntad es imposible sin un contenido en forma de Idea que aspire á realizar. Todo acto de la Voluntad supone la transicion de una condicion presente á una condicion futura y envuelve por lo tanto necesariamente el concepto de una condicion presente como punto de partida y el de la nueva condicion como fin de ese intento en que la Voluntad consiste. La idea, de una parte, requiere, pues, una fuerza que la exteriorice; la Voluntad, de otra, una idea como objeto suyo, y el principio de la existencia comprende á un tiempo un elemento volitivo y un elemento intelectual. No es posible ninguna forma de la actividad de la Voluntad sin un contenido ideal, pues la Voluntad es la traslacion de lo ideal á lo real. Resulta de todo lo dicho que la diferencia entre la Voluntad conscia y la inconscia se reduce pura y simplemente á una diferencia entre la Voluntad con conciencia de la Idea y la Voluntad que no la tiene, segun que esa concepcion que la Voluntad realiza siempre es ó no presente en la conciencia.

Y volviendo á las manifestaciones de lo inconsciente, ¿no son por ventura las facultades curativas y restauradoras de la naturaleza una de las más importantes? Podemos reconocer esta *vis medicatrix* en el pólipó y otros animales de las inferiores escalas. Los organismos más elevados muestran ménos fuerzas curativas de este órden. Aparecen, sin embargo, en la sangre que viene á reparar una herida local y de otros modos análogos. Y hay otras curiosísimas manifestaciones análogas, que cada cual puede comprobar fácilmente. A este órden pertenecen los efectos producidos por la reflexion conscia en las funciones orgánicas del cuerpo. El hipocondriaco experimenta dolor en la parte de su cuerpo en que fija su atencion: muchas personas tienen la habilidad de ruborizarse y de palidecer á voluntad, y el mismo Dr. Hartmann ha logrado adquirir la habilidad de sofocar el molesto hipo. El

temor de estar envenenado crea sus síntomas actuales; el miedo al cólera es un refuerzo para las epidemias. Los milagros de los santos, los pasmosos resultados del mesmerismo son ejemplos de esta influencia de la inteligencia en el cuerpo. En todos estos casos debemos reconocer la presencia de una voluntad inconscia como medio entre la voluntad conscia y el fin.

Lo inconsciente es el principio que rige toda estructura orgánica y toda creacion. El embrion tiene órganos, como por ejemplo, los respiratorios, ántes de tener ocasion de usarlos, y los caballos y los perros se revisten de una piel más espesa ántes de la llegada de un invierno rudo. Pero la finalidad aparece sobre todo en el desarrollo de la creacion animal. El fin del reino animal es el origen y supremacía de la conciencia de sí. Y este fin explica la separacion de las plantas y los animales. Debe añadirse que esta suposicion del aparecer de la conciencia de sí, como causa final de la existencia animal, vale tambien como razon de ser de todo lo que tiene carácter de aparato para los movimientos, la sensibilidad, la percepcion, la respiracion y la digestion, etc. Esta finalidad se extiende á los menores detalles.

La conciencia de sí se alcanza en el hombre; pero lo inconsciente no sucumbe; obra en el proceso mental lo mismo que en las funciones extrictamente vegetales y orgánicas. El instinto tiene grandísima importancia en la inteligencia humana. Lo reconocemos en el miedo á la muerte, en lo que llamamos vergüenza, en el sentimiento de disgusto que nos hace experimentar un alimento mal servido. El más importante instinto de la humanidad es el amor maternal.

De aquí al amor y al matrimonio solo hay un paso. No es Hartmann como Schopenhauer un *misoginista*; pero no le agradan mucho la poesía y el romancesco atavío con que se presenta ordinariamente el amor. Atribuye á la mujer grandísima importancia en el desenvolvimiento de la humanidad. Considera el trato de las mujeres altamente beneficioso para todos los hombres, y muy particularmente para aquellos cuya inclinacion propenda á la filosofía, pues ellas representan el elemento que suministra la experiencia más espontánea de la

vida. «La amistad de los hombres se puede suplir con libros, pero no sucede nunca lo mismo con la de las mujeres.» Hartmann es opuesto, sin embargo, á la educacion artificial de la mujer: la mujer verdadera es obra de la naturaleza. La educacion debe estar fundada en el gusto y en el sentimiento, mucho más que en la inteligencia. El sentimiento de las mujeres debe desarrollarse todo lo posible en el seno de la familia, de suerte que la escuela ó educacion exterior en general deba recaer casi exclusivamente sobre el sentido estético que debe caracterizarlas. Hartmann coincide abiertamente con Schopenhauer en las opiniones de este sobre el matrimonio. Cree que el amor está coordinado en el hombre con el poder productivo de la naturaleza que obra tambien en la planta y en el bruto. Ni la misma union conyugal ó relacion monogámica es peculiar de los hombres: pues en águilas y cigüeñas se advierte que son tan fieles en sus ayuntamientos como los hombres y las mujeres. Pero ¿cuál es la razon, se preguntará, de que este amor universal se concentre en un individuo y no en otro cualquiera? ¿Cuál es el verdadero terreno de la seleccion sexual? Ni la explicacion meramente sensual ni la estimacion recíproca pueden satisfacernos. Esta estimacion puede llevarnos á la amistad; pero el amor y la amistad son polos opuestos. Los diarios están llenos de suicidios y asesinatos causados por el amor. Nunca oimos hablar de tales resultados de la amistad. No es, por tanto, el amor una majadería romántica: es un verdadero demonio que solo se aplaca con la satisfaccion sexual, que es el fin á que tiende. Este fin permanece inconscio, sin embargo: el amor más elevado no se da cuenta de él, y rechaza con horror la idea de que tal pueda ser su verdadero fin. Y, sin embargo, ese fin es el que existe en realidad, mirando siempre á la mayor prosperidad de la raza. Realiza esta causa final por medio de esa ley de la seleccion natural que Darwin ha consignado con tanta claridad. Guiado por una voluntad inconscia que descansa á su vez en una idea inconscia tambien, reúne á los individuos del modo más conveniente al más completo desarrollo de la raza humana. Dos condiciones presiden esta *seleccion*: 1. Cada individuo es objeto del deseo en proporcion á los dones intelectuales, mo-

rales y físicos que en él ó en ella concurren. 2. Cada individuo elige en otro sexo el que pueda neutralizar mejor sus defectos.

El amor es un sentimiento y el sentimiento tiende á emanciparse del conocimiento y la conciencia. ¡Cuántas veces se apodera de nosotros una alegría ó un pesar repentinamente sin prevision ni espectacion de ninguna clase! En realidad el placer es la satisfaccion de la Voluntad, y muchas veces no podemos saber que nos agrada una cosa sino despues de haberla hecho.

Lo Inconsciente se revela tambien en la moral, en el arte, en el pensamiento, en el lenguaje, en la historia.

La reaccion de la Voluntad sobre el motivo en que la moralidad consiste yace enteramente oculto en la noche de lo Inconsciente. Solo nos es dado conocer el principio y el fin; lo que interviene entre ámbos se esconde obstinadamente á nuestra observacion. No puede alcanzar nuestra prevision á la conducta, porque no podemos conocer nunca un carácter, ó sea los modos con que puede verificar un hombre esa reaccion sobre todos los motivos posibles.

No se puede enseñar la virtud. Hartmann dice textualmente lo que sigue: «El conocimiento más completo de las verdades morales importa y vale poco, á no ser que actúe sobre la voluntad, y si lo alcanza dependerá exclusivamente este resultado de la naturaleza de la voluntad individual, ó lo que es igual, del carácter.»

La influencia de lo Inconsciente en el arte ha sido reconocida en todas las edades. Los griegos creian que los poetas estaban sujetos á un frenesí divino. El juicio estético, aunque sometido á leyes de la experiencia y guiado por ella, descansa en una percepcion de la belleza ideal, que se origina en lo Inconsciente. Y puede señalarse en todo arte verdadero la presencia de un elemento inconscio.

El lenguaje á su vez es el verbo divino, la Santa Escritura de la filosofía, la imperecedera revelacion del genio de la humanidad. No es, por lo tanto, una creacion artificial; presenta en todas sus diversas modificaciones una similaridad universal de estructura, y es, como decia Humboldt, un ins-

tinto intelectual de la razón, ó en otros términos, una creación de ese mismo poder inconscio que hemos visto obrar en otras partes.

En cuanto al pensamiento, entiende el filósofo pesimista que está lleno de procesos que nunca resultan claramente en la conciencia, y que está fundado en principios é ideas que no puede explicar *a priori* ni *a posteriori* ninguna gerigonza. La mitad de nuestra vida es un proceso de inducciones inconscientes que no están reguladas por cánones de semejanza y diferencia, y la otra mitad es un proceso de deducción inconsciente en que formamos silogismos con la *mayor* (premisa) suprimida. El relámpago de la intuición es la fase más elevada del conocimiento. Y las categorías fundamentales del pensamiento son resultados de lo Inconsciente. Por ejemplo, la noción de igualdad no puede darse dentro de las cosas mismas: no puede *A* bajo la apariencia de *B* recibir una propiedad de que ántes carecía, ni por otra parte puede llegarse á eso por un procedimiento de abstracción que implica la misma noción de que debía dar cuenta. El juicio «*A* es igual á *B*,» es resultado de un proceso y descansa en este proceso que en sus caracteres principales se sale de la esfera de la conciencia. La intuición de espacio en que la percepción descansa solo puede referirse de un modo análogo á lo Inconsciente y la percepción envuelve por do quiera procesos inconscios. Lo Inconsciente explica la conexión de las sensaciones subjetivas y las realidades objetivas. La filosofía en sí misma es una manifestación de lo Inconsciente, pues toda la historia de la filosofía no es otra cosa sino «la traslación de un contenido creado místicamente desde la forma de aserto no demostrado al método de un sistema razonado.» El misticismo, fuente común de la religión y la filosofía, es á su vez «la plenitud de la conciencia con un contenido en forma de pensamiento, sentimiento y deseo, que surge con espontaneidad de lo Inconsciente.»

La historia nos ofrece la manifestación más acabada de lo Inconsciente. Es un traslado en el espíritu del crecimiento de la estructura orgánica en la Naturaleza, y muestra por doquier la misma finalidad. Una consideración atenta y amplia de la historia nos muestra los graduales esfuerzos de lo In-

consciente para realizarse en los períodos necesarios del desenvolvimiento de la humanidad. Es un gran mérito de Hegel haber alcanzado este punto de vista histórico, y en particular haber demostrado que la historia de la filosofía, flor de la civilización, evidencia una continua evolución de la idea. El progreso del mundo es por tanto independiente de laboriosos genios ó héroes insignes. No falta á ninguna época el hombre que necesita.

El fin á que la historia se encamina es la perfección de la raza, la victoria de las razas civilizadas sobre las que no lo están, la supremacía de la conciencia de sí y la inteligencia. La lucha por la existencia está reduciendo y esterminando gradual, pero continuamente, á las razas ménos inteligentes é industriosas de la tierra, no de otra suerte que las leyes de la herencia están elevando gradualmente la naturaleza mental de las civilizadas y que un proceso de selección natural entre razas y naciones está efectuando incesantemente un renacimiento de las que poseen mejores condiciones. Ningun poder humano puede parar este movimiento, lo Inconsciente sigue impávido su curso, y las mismas misiones filantrópicas, por extraña ironía de la suerte, tienden al definitivo esterminio de las tribus inferiores.

R. M.

(Westminster Review.)

(Terminará en el próximo número.)

MI NOCHE-BUENA.



Sentado ante la roja chimenea
y en las manos un libro,
he pasado la noche en que naciste
y en que nací, ¡Dios pio!

Muchas recuerdo de entusiasmo loco
y atronador bullicio,
en que el placer, la gloria y la esperanza
llenaban mis sentidos.

Alguna pasé léjos y muy triste
cuando pobre proscrito
uní á la voz del viento y de las olas
mi voz y mis suspiros.

Noches de gozo, de inquietud, de áuelo,
por premio ó por castigo,
os arrastró veloz en su carrera
del tiempo el torbellino.

¡Cuán de esta diferentes en que solo,
del hogar al arrimo,
he contado las horas junto al lecho
de mis hermosos hijos!

Las caras prendas de mi amor dormian,
y á su lado, encendidos,
aún brillaban del tosco nacimiento
los diminutos cirios!

Yo, suspendiendo á veces la lectura
me alzaba con sigilo,
y al matar una luz, les daba un beso
murmurando:—¡Hijos míos!

Cesaron en la calle los rumores
de cantos y de gritos,
apagóse la roja chimenea
y me quedé dormido.

Otras noches vendrán de más fortuna,
que incierto es el destino;
pero ¡ay! yo no tendré ni mayor dicha
ni sueño más tranquilo!

MANUEL DEL PALACIO.

25 Diciembre, 1875.



WAGNER Y SU RIENZI EN NUESTRO TEATRO.

No esperen nuestros lectores encontrar en estas desarregladas líneas una crítica musical de la ópera *Rienzi*, ni tampoco un artículo razonado de la importancia que Wagner pueda tener en la esfera del arte. Una y otro están suficientemente juzgados por personas más competentes en estas materias.

Nuestras aspiraciones son más limitadas. Se reducen á considerar únicamente la parte trascendental que la aparición del *Rienzi* en nuestro teatro pueda tener para el porvenir artístico de España, y el efecto que esta obra musical ha producido en la generalidad del público.

Además, la prensa toda se ha ocupado ya suficientemente del éxito de esta ópera, y no es cosa de insistir de nuevo en un género de consideraciones por demás trillado y hasta inútil á nuestro objeto.

Todos saben ya quién es Wagner y cuál es la reforma que ha intentado realizar en el drama musical, iniciada, como es bien sabido, por Weber en Alemania, por Meyerbeer en Francia y hasta por Rossini en Italia. Saben asimismo que Wagner no pretende, como muchos suponen, destruir lo que ya existe, sino ántes por el contrario, regenerar el arte con los elementos musicales que se poseen, para que así pueda cumplir una más alta y sagrada misión. Él mismo lo dice en sus obras literarias: "Cuando las artes se debilitan y amaneran hasta el punto de incurrir en la trivialidad, no tienen más remedio que converger hácia las otras artes, sus hermanas, demandando auxilios para su regeneración." Por eso primeramente busca el poema para que la música se desarrolle sobre él, y no se plegue en las desiguales escrescencias de un insulso libreto. Tras del poema aspira á la emancipación de la orquesta, dotándola de vida y arte propios, como la ha hallado en la sinfonía de Beethoven. Recurre despues al coro, emancipándolo asimismo de su triste papel de relleno, para elevarlo á la categoría de personaje tumultuario y declamador, imá-

gen que es de las multitudes, representacion, si así puede decirse, del voto público en los incidentes del drama. Quiere que concurra á la ópera el baile, como en lo antiguo concurría á todas las solemnidades y al presente se le da entrada en todas las fiestas. Por último, la arquitectura, la pintura, la escultura y la indumentaria, con más todos los adherentes artísticos que en el dia produce la ciencia, deben ser llamados, segun su opinion, á enriquecer y regenerar la *Opera*. El cumplimiento de este ideal es lo que Wagner ha llamado la *obra del por-venir*.

Todo esto está escrito y no creemos del caso insistir sobre lo que ya conocen cuantos se han dedicado á estos estudios.

Por lo que respecta á su primera gran ópera, tampoco nos hemos de detener á hacer un detallado análisis que, de seguro, habia de llevarnos muy lejos, si hubiéramos de entrar en consideraciones de cierta índole.

Sobre esto, nos concretaremos á hacer indicaciones generales acerca del carácter dominante de la obra y á señalar aquello que, en nuestra opinion, presenta de más saliente y digno de citarse.

De esta manera nos evitaremos incurrir en errores no pequeños, como ha sucedido ya á más de un crítico en las revistas que de *Rienzi* hemos visto, y lo que todavía tememos más, la rectificacion de nuestros juicios en dia no lejano, como tambien se ha verificado en muchos de los antiguos enemigos del ilustre compositor.

En una palabra, vamos á ocuparnos de Wagner y del *Rienzi*, pero no bajo el punto de vista que se ha hecho hasta aquí por nuestros diarios ni á la manera que se pudiera hacer en artículos de otras condiciones ó en un folleto. El contenido de nuestro artículo está envuelto en las siguientes preguntas: ¿Cómo se ha juzgado el *Rienzi* por nuestro pueblo? ¿Qué importancia tiene la aparicion de Wagner en nuestro teatro?

*
* *

Hace algun tiempo que el público de Madrid viene preocupándose del espíritu dominante de nuestra época á propósito de la música. Una parte de este, no la mayor quizá, iniciada, bien por lo escrito en nuestro país sobre Wagner y sus teorías, bien por alguno de los libros que últimamente se han publicado en Francia, ha manifestado desde hace algunos años vivos deseos de conocer la música del compositor aleman, para juzgar por sí mismo lo que haya de verdad en todo cuanto sobre él se ha dicho y escrito por nuestra prensa y la del extranjero. Otra parte, puede que la más numerosa, aunque no tan interesada en esta cuestion, no ha dejado tampoco de sentir alguna curiosidad,

y como aquella, deseaba también conocer *en persona*, como si dijéramos, á ese revolucionario de quien tanto se hablaba.

En este estado las cosas, la empresa del teatro de la Opera se decidió al fin, y en vista del clamoreo general, á dar gusto al público, poniendo en escena el *Rienzi*, ópera estrenada en Dresde el año 1842 en ocasión que Wagner, en la capital de Francia, trabajaba para dar esta misma ópera en uno de sus principales teatros, y cuya música, vaciada en el mismo molde en que lo estaban todas las de su tiempo, y en la que, según confesión del mismo Wagner, sigue los mismos procedimientos que Spontini, Halevy y Meyerbeer, no se encuentran todavía desarrolladas todas sus teorías posteriormente desenvueltas, sobre todo en su *Tristan*, *Los maestros cantores* y en la gran tetralogía *Nibelungen* que ha de estrenarse en breve en el nuevo teatro de Bayreuth. Esta circunstancia y la de no contener realmente la ópera *Rienzi* sino muy vagas ideas y tintas ligerísimas en toda su estructura musical de un procedimiento nuevo, junto con la escasa preparación en que aún se encuentra nuestro público para apreciar esta música, ha sido sin duda la causa, tanto en él como en la prensa, de juzgar con alguna ligereza esta ópera, haciendo una y otra afirmaciones tan irreflexivas como infundadas. Así se explica que mientras los unos han dicho que en *Rienzi* no hay melodías, ni bellezas musicales, ni arte en fin, y que todo es estrépito y ruido, más propio para escitar nuestros nervios que para producir sensaciones agradables, otros por el contrario afirman que gran número de *piezas* como la sinfonía (!!), duo y terzetto del acto primero, concertante final del segundo, romanza del tercero y plegaria del quinto son del género italiano. Ni tampoco se comprenden esas infinitas contradicciones en que han incurrido algunos periódicos, afirmando, de un lado, que Wagner es continuador de las doctrinas desarrolladas por sus antecesores y nada nuevo trae al drama musical, mientras á renglón seguido sostienen que su idea dominante es la originalidad y en pro de ella lo sacrifica todo. Esto indica bien á las claras que no se ha formado aún el juicio verdadero, ni se ha pensado seriamente en la verdadera importancia del *Rienzi*, como tampoco en lo que Wagner representa en la historia de la música dramática.

En nuestro concepto, *Rienzi* y Wagner tienen un lado de consideración, en el cual no se ha fijado aún el público ni la prensa. *Rienzi*, volvemos á repetirlo, es una ópera de forma conocida, quizá más complicada que las que en general conocemos; pero de todos modos accesible á nuestro público, y sin esas nebulosidades que han supuesto algunos, ni esas rarezas escéntricas con que se pretende oscurecer su mérito intrínseco. Lo que hay en esto, y no exis-

te otra razón para que la ópera aparezca á muchos estridente, y hasta estrepitosa si se quiere, es su argumento, su asunto, el libreto mismo, que carece absolutamente de verdaderas condiciones dramáticas. Nosotros invitamos á cualquiera, puesto en las condiciones del mismo Wagner, con sus mismos años, sus estudios, sus ideas, su sistema, en fin, á que ponga en música el libretó de *Rienzi*. ¿Créese posible dar otra forma musical más adecuada para el fin que Wagner pudo proponerse? A una revolución en plena Edad Media, desenvuelta en un libreto que es más bien la exposición histórica de aquel suceso, con todos los colores de la realidad, que un verdadero drama con todos los caracteres que debe ofrecer en situaciones, episodios, trama dramática y desenlace para despertar el interés del público, ¿tiene algo de extraño que Wagner, joven aún en el momento en que sus pasiones estaban en efervescencia, rugiendo por manifestarse á la vida, lleno de entusiasmo por la idea revolucionaria, le haya comunicado todo ese fuego volcánico que llevaba en su espíritu, haciendo hablar á los instrumentos el lenguaje del tribuno exaltado por la pasión? Las luchas de los señores feudales con el pueblo de la Roma cristiana; los horrores causados por aquellos bandos de Orsinis y Colonas, reminiscencia de los antiguos güelfos y givelinos; la degradación de la córte pontificia, todo ese estado de cosas, en fin, que prepara el fin de la Edad de hierro, ¿qué otra forma pueden tener, ni qué traducción más fiel cabe que la que Wagner ha adoptado, sacando todas las *masas* al teatro, empleando todos los recursos de la sonoridad, y buscando por todos los medios los timbres más similares y adecuados al tumulto producido por la muchedumbre en días tormentosos de revolución? Él, que sostiene que la verdad es elemento esencial en toda obra de arte; él, que dice que en el drama musical la letra y la música deben fundirse para formar la verdadera unidad artística, ¿habíase de lanzar por las regiones ideales para venir á caer precisamente en los extravíos que él trata de extirpar, cuando su ideal está en contraposición al subjetivismo admitido hasta su tiempo? ¿Créese, por último, de buena fé, una vez comprendido el libreto, que el músico debe y puede hacer otra cosa que presentarle al público tal y como es la acción que se desenvuelve ante su vista, siempre dentro de las condiciones del arte y dentro de las leyes estéticas de la música?

No, no tienen razón de ser todas esas apreciaciones ridículas que se han hecho de la música de *Rienzi* y que hoy mantiene alarmada la atención pública. No hay esos estrépitos ni esos ruidos insoportables, ni nada, en fin, que pueda asustarnos, después de haber oído las obras de Meyerbeer. Lo que hay en *Rienzi* es un mal libreto, mejor dicho, no hay libreto, y por esto precisamente la ópera parece que decae en los dos últimos actos. Por lo demás, la partitura

tiene bellezas de primer órden y guarda la más rigurosa unidad, dígase lo que se quiera, sosteniéndose todo el interés musical desde la obertura hasta el final. Melodías claras y elegantes, variedad de timbres y de ritmos en la orquesta, armonía é instrumentacion, elevada á proporciones gigantescas, recitados y masas corales admirablemente combinados, todo esto encontrareis en el *Rienzi*. Acaso echareis de ménos al libretista recordando á Scribe, á Metastasio, á Romani; invocareis tambien quizá á Meyerbeer en la economía de su arquitectura dramática, en las justaposiciones que son el secreto de su génio, como dice un crítico francés. Pero olvidaos de esto; considerad á Wagner en el apogeo de su vida, cuando aún no contaba 30 años, cuando acababa de abandonar las aulas de la Universidad, llena de ideas revolucionarias su cabeza, de sublimes presentimientos su espíritu, de grandes esperanzas su corazón; fíjese la atención en todo esto y se comprenderá el mérito de *Rienzi*. Las cosas frecuentemente no valen tanto por lo que son en sí, cuanto por las circunstancias de ser tales como son. Esto precisamente sucede en *Rienzi*. Aparece el año cuarenta y dos en Alemania, justamente cuando las ideas democráticas y revolucionarias hacían sentir más su influencia en este pueblo, y sobre todo en la Sajonia. Época verdaderamente tormentosa en que parece haberse inspirado Wagner al componer su *Rienzi*, y en cuyas páginas se halla perfectamente retratada la agitación febril que dominaba su espíritu, lo mismo que la pasión que por entonces acariciaba su corazón. ¿Qué nos puede chocar, después de esto, al oír la ópera, ver la orquesta en masa en movimiento continuo, el coro constantemente en escena, las partes principales siempre manifestándose al público, el cobre sonando siempre *al agudo*, doce tambores en el tercer acto batiendo el parche á toda fuerza con una banda militar, con timbales y clarines, timbres y campanas; en una palabra, toda esa batería de grueso calibre, que con ser así todavía queda pálido para traducir el asunto? ¿No se trata de un acontecimiento guerrero en plena Edad Media? ¿No debe ser toda forma artística adecuada á la ciencia que traduce? Y sin embargo de esto, ¿no hace Wagner uso de la *cuerda* y de la *madera* en las situaciones que lo requieren? ¿Hay nada mejor, tratado bajo este punto de vista, que el *coro de mensajeros*, la *romanza* de Adriano y la bellísima *plegaria* de *Rienzi*, llena de sentimiento y de pureza religiosa? Doloroso es tener que decirlo, pero la ópera *Rienzi*, indudablemente, no se la ha apreciado bajo el verdadero punto de vista que en nuestro concepto debe apreciarse toda obra de verdaderas condiciones artísticas. Y no se la ha juzgado debidamente, ni más ni ménos que por no tener en cuenta todas las circunstancias literarias y musicales de la obra. Si en lugar de seguir estos instintos que tanto nos distinguen á los españoles, dejándonos siempre llevar de las primeras

impresiones, fuéramos más reflexivos y juiciosos, y analizáramos las cosas antes de juzgarlas, acaso nos evitaríamos lo que es tan frecuente entre nosotros, incurriendo en esas lamentables equivocaciones á que dan siempre lugar los juicios aventurados y ligeros. Se ha puesto *Rienzi* en escena hace cuatro días; apenas se la conoce; tres audiciones ó cuatro únicamente han bastado para juzgarla. La prensa dice: la ópera en general no gusta; el público á su vez confirma en su mayoría lo que dice la prensa.

Nos parece que no es este el procedimiento más apropósito para apreciar la música, ni ninguna de las demás manifestaciones artísticas. Debe convencerse el público que el exclusivismo en arte, lo mismo que en las otras esferas de nuestra actividad, solo conduce al error y al más deplorable quietismo. Recuérdese lo que fué la música de Meyerbeer y ha sido hasta hace poco tiempo, y véase lo que hoy es, hasta en el mundo oficial del arte, en el representante del *elemento conservador* en música. No lo hemos olvidado nosotros, por cuyo maestro, lo mismo que por su música, tanto nos empeñábamos en su defensa, cuando daban la norma y eran los sumos imperantes en nuestro teatro lírico los Rossini y Donizetti, los Bellini y Mercadante. Aún tenemos en nuestros oídos aquellos epítetos que se atribuían al gran compositor de nuestra época, calificando su música de oscura y confusa, de antimelódica y de sabia, con otra porción de sandeces por este estilo. Nos consuela, en medio de todo, que hoy se sigue el mismo camino con Wagner y su música, por ese público fácil y ligero, y estamos seguros que, como Meyerbeer ha tenido su rehabilitación para con sus antiguos enemigos, Wagner, Dios mediante, la tendrá de igual manera y hasta de los mismos que hoy le califican de loco y visionario. Creemos que no se ha dicho aún la última palabra sobre el arte, y estamos seguros que aún quedan muchas regiones que explorar.

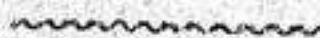
Por lo demás, la ópera que nos ocupa ha tenido, después de todo, el éxito que debía tener ante nuestro público, y el *Rienzi*, con ser el *gran pecado de Wagner*, se ha oído en el régio coliseo con verdadero gusto y con placer, sin que las personas verdaderamente aficionadas hayan visto en esta ópera esos absurdos y quimeras, ni ese monstruoso caos que nos habían profetizado estrechos y asustadizos espíritus, refractarios á todo progreso. Lejos y muy lejos de eso, el público aficionado ha encontrado y ha visto en *Rienzi* una ópera llena de bellezas, de vigorosa y rica instrumentación, francamente melódica en medio de su complicada y tupida armonía, y sobre todo, realizada la gran ley de toda obra musical de este género, la verdad, ese principio que hoy se exige en el drama musical, sin cuya realización el arte degenera en el más ideal subjetivismo. Que al público en general no le ha dejado completamente satis-

fecho, que no ha encontrado lo que esperaba, que no le ha sorprendido, en una palabra, porque el *Rienzi*, despues de todo, es de una factura conocida, no hay para qué negarlo; pero ha conocido á Wagner y esto ya es una adquisicion que dará sus resultados.

Por de pronto, Wagner desde hoy deja de ser un mito para nosotros. "Este mónstruo aterrador que con sus teorías ha pretendido echar por tierra el gran edificio del arte, falseando los fundamentales y eternos principios de la música, haciéndolos sustituir por quimeras ilusorias de su calenturienta fantasía," vive ya con nosotros y está á nuestro lado, sin que su presencia haya producido el más leve trastorno ni causado la más ligera perturbacion en nuestros atribulados espíritus.

Ha concluido, pues, el tiempo de las profecías y de los augurios; los falsos profetas de la *música del por-venir* y los agoreros de la *mala nueva* deben ya ser juzgados á la luz de la verdad y ante el tribunal inexorable de la justicia pública. *Rienzi* podrá no ser una obra completa en su estructura musical y hasta desigual, si se quiere, en su desarrollo; pero sus tres primeros actos, y sobre todo el tercero, que son los de verdadero interés dramático, constituyen tres páginas que acusan en Wagner un génio de primer orden, dignas de figurar al lado de las que por sus bellezas han marcado siempre el poder de los grandes génios.

J. ESTÉBAN GÓMEZ.



CRÓNICA DEL ATENEO.

El Ateneo científico, literario y artístico, verdadera Holanda en España, como ha sido llamado varias veces, sociedad cuyo nombre es una evocación de Atenas, esa tierra sagrada del pensamiento y de la inspiración, como recordaba poco há con gran elocuencia su ilustre presidente, el Sr. Moreno Nieto, ejerce en el movimiento intelectual de nuestra patria una influencia que no puede ser desconocida y que no há menester encarecimiento, porque es ya muy sabida de todos los que siguen con atención el desenvolvimiento de nuestra imperfecta cultura nacional. Se discuten allí todas las cuestiones que va planteando el progreso de la ciencia, todos los problemas que presenta la accidentada y variadísima agitación filosófica de estos tiempos críticos en la ciencia y en la vida, luchan todas las direcciones del pensamiento; chocan todos los intereses, aparecen todos los ramos del saber con sus particulares adelantos y sus particulares conflictos, produciendo una riquísima germinación del espíritu nacional, llamado tal vez en días no muy distantes á expresarse gloriosamente en soluciones y formas múltiples de prosperidad que cierren el lastimoso período de nuestras estériles contiendas y nuestros abrumadores sacrificios.

Profundamente convencidos de que tal es la significación del Ateneo, de que su importancia es, en efecto, grande y poderosa, no hemos dejado de consagrar en todos los números de esta REVISTA una preferente atención á sus trabajos. El Sr. Revilla, de quien no hemos de hacer ahora elogios inoportunos, ha discutido y examinado todas las quincenas, cátedras, debates y elecciones, contribuyendo poderosamente con sus autorizadas indicaciones á que se formara una opinión exacta de estos distintos trabajos á que convierte su actividad esa ilustradísima corporación. Un sentimiento de delicadeza que no podríamos encarecer como es justo, obliga hoy al Sr. Revilla, con gran sentimiento nuestro, á prescindir de dar cumplimiento á esa parte de su cometido y á ser causa de que otro redactor de LA REVISTA se encargue de exa-

minar los últimos discursos del Ateneo. El Sr. Revilla ha tomado en ellas una parte muy activa en defensa de determinadas soluciones del problema filosófico. Incompetente, en su sentir, para juzgarse, ha de sustituirle otra persona, y es esta, por una casualidad, digna tal vez de apuntarse, la misma que en los comienzos de la discusión hubo de reñir con el Sr. Revilla una ruda batalla en las filas del hegelianismo.

La discusión á que aludimos versa, como es sabido, sobre el carácter y significación verdaderos del positivismo en sus relaciones con la sociedad y con la historia, ó en otros términos, sobre la actitud en que se coloca respecto de los elementos esenciales que se habian reconocido hasta hoy en las ideas de la una y de la otra, consideradas en este intento como principios determinantes de ambas. Se ha sometido el positivismo á un juicio en que se piden declaraciones terminantes sobre tan importantes asuntos, y se le dirigen gravísimos cargos fundados en diversos puntos de vista. No es necesario decir que en un debate así las habilidades de polémica y los recursos del ingenio valen muy poco. La cuestión tenia demasiada gravedad para que puedan contentarse los espíritus con exposiciones ambiguas y explicaciones incompletas. Se quiere saber toda la verdad, y cuando no se dice de buen grado, se le arranca á quien la calla. Los que atacan y los que defienden en esa controversia al positivismo, han comprendido que el caso es este y se han presentado con visera alzada. La palabra *positivismo* expresa á la verdad de un modo muy imperfecto todo lo que se quiere. Aparece como un nombre comun de muchas direcciones que tienen, sin duda, variadísimos puntos de contacto, pero que se diferencian tambien, y no poco, en muchas cuestiones de gran trascendencia. Una discusión con el positivismo importa muy poco si no logra poner de relieve estas diferencias. Así en el problema crítico como en la teoría del mundo, así en lo que atañe á los límites y á la esfera del conocimiento como tocante á la explicación sistemática de las cosas del mundo exterior y del espíritu, y muy principalmente á la relación del mundo con Dios, los diversos grupos de pensadores que se incluyen arbitrariamente tal vez bajo la enseña comun del positivismo representan direcciones diferentes y en muchos casos encontradas que es necesario distinguir cuidadosamente.

Este importante tema de las discusiones del Ateneo fué planteado con gran elocuencia y singular habilidad por el Sr. Revilla. Trató con especial empeño de encontrar analogías, que son tal vez puramente negativas, y descuidó las desemejanzas. Kantianos, neo-kantianos, positivistas propiamente dichos ó de la escuela francesa, naturalistas, partidarios del modernísimo monismo y representantes del psicologismo inglés, aparecieron en ese admirable discurso

como buenos y verdaderos amigos que van cogidos del brazo por el camino de la ciencia entonando en coro el grandioso himno que ha de extender *orbi et orbi* la noticia del gran triunfo alcanzado por la verdadera ciencia sobre los metafísicos, gente fantástica y sentimental de suyo, declamadora y condenada por inapelable fallo á gastar sus fuerzas en el infernal tormento de Sísifo. No diremos que todas estas calificaciones salieron de los elocuentes lábios del Sr. Revilla; pero nos cuesta trabajo creer, que á escepcion de alguna, estuvieran muy léjos de su pensamiento. Lo que nos importa consignar es que cuidó principalmente de señalar esas analogías en su discurso.

No era posible que los adversarios del positivismo las dejaran pasar sin algun exámen. Este exámen les llevó á señalar hondas diferencias entre los diversos grupos y muy especialmente las que separan á los más del kantismo ortodoxo y del reformado. Una alusion que le dirigió en este sentido el Sr. Moreno Nieto, obligó al Sr. Revilla, que guardaba una gran reserva, á pedir la palabra y á que hablara más extensa y explícitamente sobre la cuestion que se debatía.

El Sr. Revilla es neo-kantiano. Eso resulta al ménos de su discurso. Es el suyo un neo-kantismo particular que no pasaria sin alguna protesta entre sus correligionarios, pero no debe sacarse de aquí ningun cargo contra él porque las direcciones novísimas se distinguen precisamente por la condicion más ó ménos ventajosa de que es dado á cada cual tomar el rumbo que mejor le parece.

El Sr. Revilla empezó su discurso doliéndose de que el Sr. Moreno Nieto identificara con tanta perseverancia términos tan distintos como materialismo y positivismo. Entiende que el materialismo está tan distante del verdadero positivismo como cualquiera otra escuela dogmática. Negar el espíritu, afirmar la materia como suprema realidad ó la fuerza ó entrambas, sustituir la idea de Dios con un principio abstracto que se estrella de igual modo en las antinomias de la razon, traspasar los límites de la experiencia para construir sobre arena un edificio en que se quiere encerrar luego la universalidad de las cosas, es para el Sr. Revilla una concepcion que nada tiene que ver con el positivismo. Lo que caracteriza á esta direccion del pensamiento es el carácter eminentemente crítico que ostenta. Como no admite en la ciencia lo que no viene por el camino de la experiencia, no traspasa la esfera del fenómeno ni aspira á traspasarla. El *noumeno*, la cosa en sí, todo lo que pertenece á la region de los *inteligibles*, es para ella un indescifrable misterio. Por eso los dos grandes representantes de esta nueva filosofía, Kant y Herbert Spencer, han sometido á un severo análisis nuestros conocimientos, han penetrado en las

profundidades de la razón, han separado los dos mundos de lo cognoscible y de lo incognoscible, han demostrado que solo el primero pertenece á la ciencia y han puesto de este modo los más sólidos cimientos para una construcción que simbolizará en lo porvenir el triunfo de la paz en los dominios del espíritu humano. La lucha de la fé con la razón, de la teología con la ciencia se resume en una larga série de errores de la fé y de la razón, de la teología y de la ciencia. Una y otra han querido invadir terrenos que no les pertenecian, se ha intentado que la ciencia fuera teología y la teología ciencia, se ha tratado de sondar lo insondable con inútiles tentativas que sólo han servido para evidenciar los extravíos y la impotencia del génio cuando no quiere retroceder ante la realidad de las cosas. Esta nueva ciencia es modesta y circunspecta, se encierra en sus límites y trabaja afanosamente por servir en su esfera la causa de la civilización. Señala este carácter un elemento comun en lo que ha dado en llamarse positivismo, pero ese elemento comun no excluye diferencias que aparecen en todos los ramos del saber. El neo-kantismo representa al gran filósofo de Koenisberg como él mismo hablaría si viviera en estos tiempos, es decir, con ciertas modificaciones y ampliaciones de su filosofía que proceden de progresos científicos que él no habria rechazado si en su tiempo existieran.

El Sr. Revilla abordó también las graves cuestiones de religion, moral y derecho que se habian suscitado en la discusión. Entiende que el verdadero positivismo no tiene que fallar en cuestiones religiosas. El mundo de la religion es extraño al positivismo, que no penetra ni debe penetrar en él. La crítica de las doctrinas religiosas desmiente y contradice todos los fundamentos del positivismo, porque esa crítica solo puede hacerse por medio de principios á que no es dado llegar á esa escuela, de un criterio que no tiene ni puede tener en modo alguno aquel que considera puro incognoscible todo lo que pertenece á Dios y á su relacion con el mundo. ¿Nos quedaremos por eso sin lazos ni comunicacion con ese principio absoluto á que tienden con impulsos misteriosos y santos la conciencia y el corazón de los hombres? Al lado de la razón y aún por cima de ella, decia el Sr. Revilla, están otras facultades, está el sentimiento que ha marcado con su sello soberano todos los ideales religiosos del mundo, el sentimiento que arroja una luz nueva en las cosas, luz que nos permite descubrir un mundo á que van las almas llamadas desde las alturas por voces del cielo. Respecto de la moral, el Sr. Revilla invocó la grandeza de la doctrina kantiana, de la ley del bien por el bien mismo, del imperativo categórico que da un carácter absoluto al deber, y encareció las excelencias y magestad de esta noble doctrina. Convino en que los otros grupos que se incluyen en el término positivismo están poco adelantados en estas

materias. Habló del derecho negando que fueran justos los cargos que se habían fundado en las teorías de selección natural, lucha por la existencia y evolución. Protestó enérgicamente contra la aseveración de que las doctrinas positivistas contienen el maldito germen de un despotismo como no le han visto nunca las edades, y sostuvo que la política que llamamos doctrinaria es la que mejor le cuadra, esa política á que otros pensadores, los de las escuelas histórica y de Edimburgo, han traído, como recordaba el Sr. Moreno Nieto, datos tan importantes y conclusiones tan acertadas.

El Sr. Revilla insistió mucho sobre las diferencias que separan la ciencia de la religión. La ciencia, obra de la razón, vive para él en muy humilde esfera. Flaca es nuestra razón, estrechos son sus horizontes, limitadísimos sus recursos, grandes y abrumadores los límites que la obligan á sojuzgar el temerario ímpetu con que aspiró muchas veces á dominar la realidad. El hombre no es, sin embargo, pura razón. Es también un ser que siente, y el sentimiento que vive y crece y crea en su alma le descubre perspectivas inmensas, mundos nuevos, espacios sin límites, luz que inunda la creación, armonías del mundo que le enagenan, sublimes inspiraciones que le obligan á pronunciar el santo nombre de Dios. Más que la razón vale la fé, más que la ciencia la religión, si hemos de creer el testimonio de la historia. El sentimiento es un imperecedero telescopio que nos permite admirar en sus dimensiones verdaderas las grandes cosas á que no puede elevarse esta orgullosa razón que repite constantemente el suplicio de Tántalo en toda la historia de la filosofía. En vano trataríamos de reproducir las magníficas frases, los elevados conceptos que oímos al Sr. Revilla cuando terminó de esta suerte su discurso. Han pasado ya algunos días, y sin embargo, aún nos conmueve poderosamente la profunda emoción que nos dominaba al escucharle. La elocuencia, que es el prestigio supremo del talento, acallaba la protesta de opiniones contrarias y conquistaba al joven y ya ilustre orador del Ateneo los espontáneos y calurosos aplausos de la numerosa concurrencia que admiraba la flexibilidad de su talento y los recursos de su palabra.

La primera pregunta que se hará, sin duda, el lector es la siguiente: ¿Este discurso es lógico en todas sus partes? Esa crítica de las relaciones del positivismo y el materialismo, esa manera de determinar los límites del conocimiento, esas teorías sobre religión, moral y derecho, ¿son completas y verdaderamente filosóficas? Por otra parte, ¿hay unidad de doctrina en ese discurso? Sus diversas partes, ¿no braman muchas veces de verse juntas, como suele decirse? Esas opiniones sobre la incapacidad del positivismo para entender en materias religiosas que discute, sin embargo, continuamente, ¿son aceptables?

Esa idea de que la religion y la ciencia vivirán en octaviana paz, ¿está de acuerdo con la naturaleza de las cosas, la ley del mundo y las enseñanzas de la historia? ¡Oh! Si la razon se declara inferior al sentimiento y la ciencia á la fé, es muy fácil llegar á una concordia. Por ese camino la ha buscado siempre la filosofia católica. *Philosophiam esse theologia ancillam*. Esta no es, sin embargo, la posicion del positivismo, y aquel que lo ignore está seguramente muy mal enterado. El sentido kantiano, en la esfera de la razon práctica sobre todo, ¿es compatible con el verdadero positivismo actual? Los que han oido con atencion al Sr. Revilla saben de sobra á qué atenerse, porque la serpiente asomaba frecuentemente la cabeza debajo de la yerba. El Sr. Moreno Nieto, que empezó á contestarle con su habitual elocuencia en la misma sesion, hizo observaciones muy juiciosas y atinadas, que desenvolvió en la próxima sesion.

Continuando su interrumpido discurso el Sr. Moreno Nieto, resumió breve y calurosamente las consideraciones que habia anticipado y mantuvo su afirmacion de que el verdadero positivismo es reductible en buena crítica al naturalismo y al materialismo. Toda doctrina que en la parte crítica ó subjetiva niega el conocimiento *a priori*, el conocimiento racional, y no admite más fuente que la experiencia, es por fuerza en la esfera objetiva negacion de lo trascendental y desconocimiento de lo inteligible, construye el mundo por meras combinaciones de átomos ó moléculas y en su desenvolvimiento encuentra tan solo una fuerza ciega que crea y destruye, reproduce y transforma séres y organismos en vertiginoso movimiento. No cree el Sr. Moreno Nieto que esto puede negarse despues de un atento exámen de las cosas, de una detenida consideracion de esas doctrinas positivistas que al explicar el alma solo ven una transformacion, un grado más alto del organismo, que estiman la psicología como un desarrollo ulterior de la fisiología, que en todas las esferas de la ciencia representan la invasion de un naturalismo agresivo y exagerado. No comprende que se le censuren estos juicios cuando uno de los hombres más ilustres que pertenecen á estas nuevas direcciones, el célebre y malogrado Lange en un libro reciente que ha llegado á ser clásico en Alemania, coincide con ellos, puesto que expone allí todas esas doctrinas y titula á su obra *Historia del materialismo*. Lo que principalmente atrae á muchos á la opinion contraria es la gran diversidad de los grupos positivistas. Mucho me han dicho ya, exclamaba el Sr. Moreno Nieto, sobre esta diversidad, y yo he contestado tambien ámpliamente señalando los caractéres del positivismo primitivo ó sea de Augusto Comte y Littré, los que caracterizan á los naturalistas propiamente dichos y los que son propios de la escuela psicológica inglesa. Pero hé aquí

que el Sr. Revilla me recuerda que existe un neo-kantismo que yo no he comprendido bien, según dice, y de esto vamos á tratar ahora.

El Sr. Moreno Nieto se preguntaba lo que debía entenderse por neo-kantismo, y para saberlo interrogó la historia de las ideas á que se ha querido dar este nombre. Cuando el gran movimiento representado por Schelling y Hegel tocaba al término de su avasalladora influencia, cuando se experimentaba en todas partes la necesidad de reivindicar esa realidad, esas esferas del mundo actual, de la naturaleza, de la vida, que por su exagerado desvío de la observación y la experiencia, habían descuidado, desconocido, olvidado esos grandiosos sistemas, empezaron los alemanes á preocuparse de los orígenes de esta evolución filosófica que no había podido sustraerse á grandes extravíos. Se volvió á pensar la obra de Kant y aparecieron algunos libros destinados á dar nueva vida en el pensamiento alemán al criticismo de ese gran filósofo. Liebmann publicó su conocida obra titulada *Kant y sus epígonos*, en la cual examinaba todas las doctrinas posteriores á la del pensador de Königsberg y terminaba con este estribillo todos los capítulos: Es preciso volver á Kant. Esta obra fué acogida con gran atención y benevolencia. Estalló poco después la célebre controversia entre Trendelenburg y Fischer sobre la interpretación de algunas partes de la crítica kantiana y la atención del pueblo alemán se aplicó con gran interés á este interesantísimo debate sostenido por dos de sus más ilustres pensadores. Abriáanse paso á la sazón las nuevas direcciones: se traducían obras de los positivistas franceses, todas las de Comte, algunas de Littré, la ciencia inglesa se daba á conocer en los escritos de Stuart Mill y en alguno de Spencer. Los hombres que vieron llegar estas ideas con alegre bienvenida no podían ménos de felicitarse grandemente de ver que podían invocar en ciertos puntos el nombre de Kant, ese Sócrates germánico, á quien llaman sus compatriotas *der Vater Kant*. Por otra parte, algunos materialistas, si bien no se daban mucha prisa en ampararse con el nombre de Kant, se manifestaban dispuestos, sin embargo, á contar á sus discípulos como aliados, á valerse de su prestigio.

Lo que ha sucedido es que algunos quieren que la ciencia retroceda á la doctrina de Kant. ¿Qué tiene de comun esta pretension con el positivismo? Kant negó en efecto la realidad objetiva de las ideas, el valor del conocimiento *a priori*, desterró los entes trascendentales y metafísicos que empezaron á vagar como creaciones sin realidad en las espesísimas sombras de la razón pura. Como resultados y solo como tales, claro está que coinciden con el positivismo. ¿Pero esto es todo? ¿No tiene la ciencia otra cosa que hacer? Kant se preocupaba sobre todo de la razón, vivía, pensaba, trabajaba para ella. Colocándose

por cima de otros estados inferiores, pedia á la razon misma en un estudio directo y perseverante el secreto de su verdadero alcance y su contenido verdadero. El positivismo procede de muy distinto modo. Para él la razon, como facultad de lo absoluto, como facultad suprema, no es nada; el conocimiento racional puro, engañosísima quimera. La experiencia reductible en último término á la sensacion es lo que únicamente vale y persiste para ellos. Luego, en Kant hay la *crítica de la razon práctica*. ¿Cómo llega el gran filósofo á la moral que el Sr. Revilla defiende? ¿Llega por estados inferiores del espíritu? No; la razon le da esos fundamentos, en ella encuentra esa ley del bien por el bien mismo. En esa célebre obra cuyo verdadero y lógico enlace con las otras no discutia á la sazón por no creerlo oportuno, aparecen salvados del gran naufragio la idea de Dios, la libertad, la inmortalidad del alma. Y para comprender la gran diferencia que existe entre Kant y los positivistas no hay más que notar la significacion verdadera del movimiento que aquel produjo. ¿Fué por ventura accidental la sucesion de magníficos sistemas que arranca del kantismo? ¿Fichte, Schelling, Hegel, no aparecen en virtud de una imperiosa necesidad en aquel movimiento?

La crítica ha descubierto ya que al tratar de la *Crítica de la razon práctica* debe buscarse su verdadera clave en el pensamiento de que el espíritu se revela como verdadero noumeno, lo cual dió lugar al sistema de Fichte, que restablece la unidad mediante la afirmacion del yo, y á los de Schelling y Hegel, que sacan este concepto de la esfera subjetiva, lo llevan á la del objeto y resuelven el pavoroso conflicto del pensamiento por medio del idealismo objetivo y absoluto. El sistema de Kant es idealismo, aunque subjetivo. No puede confundirse con el positivismo sin perder todo su carácter. El Sr. Moreno Nieto combatió despues la tendencia reaccionaria, que atribuia al kantismo contemporáneo; reclamaba que no se prescindiese de los resultados que habian traído los sistemas posteriores, en los cuales habia, sin duda, grandes defectos, pero tambien grandes merecimientos; culpaba al Sr. Revilla de haber desatendido grandemente su sentido kantiano, al coincidir con los místicos de todos los tiempos en el menosprecio de la razon y en la glorificacion exagerada del sentimiento; reconoció la importancia de este en religion y ciencia, pero recordó que aun en estas esferas corresponde una importante parte al elemento racional; rebatió lo que habia dicho su elocuente adversario sobre el verdadero sentido jurídico y político del positivismo; combatió la teoría evolucionista en todas sus manifestaciones por creerla llamada á la supresion de la individualidad, y al fatalismo, y terminó manifestando la esperanza de que en la ciencia de la política, como en todos los otros ramos del saber, no preva-

lecería el positivismo, cuyas enseñanzas en esta materia puso breve y elocuentemente en parangon con las grandes ideas que han venido siendo la bandera y la gloria de Europa.

Debemos manifestar, desde luego, que este discurso del Sr. Moreno Nieto ha sido, en sentir general, uno de los más profundos é importantes que se le han oído hace tiempo. Erudición, profundidad, verdadero espíritu de polémica y alta elocuencia han resplandecido en esa admirable impugnación de las opiniones del Sr. Revilla. Algo, y aun algo tendríamos que oponer, sin embargo, para ser verdaderamente imparciales. Diríamos en primer lugar que, sean cuales fueren las razones que existan para considerar al positivismo como un término reductible á los de naturalismo y materialismo, importa tener en cuenta diferencias muy esenciales en la exposición, á que no alude ciertamente el autor de este artículo por simpatías á esas direcciones. La obra de Lange, escritor ilustre, que consideran los neo-kantianos como uno de los principales representantes de su escuela, no dice que sean materialistas todas las doctrinas que cita, sino las cita para evidenciar los resultados y puntos de vista que han suministrado el materialismo en general.

En cuanto á los orígenes del neo-kantismo, conviene recordar que este responde en gran parte á los trabajos exegéticos de Schopenhauer y Ueberweg, á los escritos de Rokistanki, Cohen, Virchow, Weber y Fechner, á las direcciones de Kuno Fischer y Wundt; de modo que es preciso hacerle la justicia de que no busca una reacción pura y simple, sino que tiende á construir una filosofía sobre las bases del criticismo de Kant, pero ámpliamente ilustrada por los trabajos de Hegel tocante á la evolución en general, y muy particularmente á la histórica, con no poco del sentido *monista* que es propio de ese inmortal y glorioso idealismo. Sobre la crítica general es preciso tener en cuenta que el kantismo de hoy no es solo crítico, sino psicológico. Respecto de la crítica general del kantismo que hizo el Sr. Moreno Nieto, nada tiene que oponer el autor de este artículo. Reaparecen en cambio sus escrúpulos cuando se fija en lo que dijo ese ilustre orador sobre la evolución hegeliana, ó por mejor decir, sobre la dialéctica. Nos parece que el Sr. Moreno Nieto daba á la *negación*, tal como se presenta en el hegelianismo, un sentido que, á pesar de sus protestas, no puede aceptar ningún hegeliano. La filosofía hegeliana ha dicho siempre que las determinaciones de la idea son imperecederas y necesarias, concepto que se relaciona con el carácter metafísico y no cronológico de la filiación de las ideas. El movimiento dialéctico es el eterno ritmo mediante el cual la infinita divergencia de las cosas se resuelve en la armonía eterna del mundo.

La negacion expresa que una idea ha menester la contradiccion para definirse y determinarse, y se pone así el término negativo que se considera abstracto del mismo modo que la afirmacion primitiva, razon por la cual vienen entrambos á resolverse en un nuevo término, término concreto respecto de ellos y que es su unidad. Esta filiacion es ideal, y el movimiento dialéctico en cuanto está en las cosas necesita realizarse en estas. Así es que si desapareciera y se destruyera un término, desaparecería luego y se destruiría la série. Aplíquense estas consideraciones á las relaciones del individuo y al Estado, y se verá que este no destruye á aquel, antes ha menester que exista verdaderamente ó segun su idea, no de otro modo que el animal que niega dialécticamente al vegetal no lo destruye, sino que lo presupone no solo ideal, sino realmente, aunque esta aclaracion sobra por cuanto todo lo ideal es real y todo lo real es ideal. La negacion es, pues, el elemento activo que actúa y realiza el desenvolvimiento del sistema en todas sus determinaciones.

No insistiremos en las objeciones que se nos ocurrieron al escuchar el elocuente discurso del Sr. Moreno Nieto. Para terminar parécenos que no podemos manifestar nuestros sentimientos de un modo más adecuado que felicitándonos con toda sinceridad por el lustre y la importancia que han dado á la interesantísima discusion del Ateneo los notabilísimos discursos á que nos hemos referido en esta *Crónica*.

En la seccion de ciencias exactas, físicas y naturales ha continuado el debate con rectificaciones muy interesantes de los Sres. Moreno Nieto y Simarro. Dificilmente podrán encontrarse dos oradores más opuestos en el modo de pensar y de expresarse. Ambos han luchado valerosa y hábilmente. La dificultad en esta seccion consiste en que no hay manera de que los oradores se coloquen en el mismo terreno. Todos los esfuerzos del Sr. Moreno Nieto han sido inútiles para que sus adversarios abandonen el campo en que se encierren. ¿Quién tiene razon en esta contienda, ó sea tocante al método que debe seguirse y á los puntos que deben designarse? Resolver la cuestion es discutirla, y no nos atreveremos á tanto en esta ocasion.

RAFAEL MONTORO.

BIBLIOGRAFÍA MILITAR.

Los grandes resultados obtenidos por la Prusia contemporánea con el sistema de reemplazos que puso en práctica después del desastre de Jena, el progreso creciente de las armas de fuego, las innovaciones tácticas que ese mismo progreso lleva consigo, la eficaz ayuda del ferro-carril y el telégrafo para la mejor resolución de problemas estratégicos, en una palabra, los adelantos modernos respecto á la manera de ser de los ejércitos, interesan, tal vez involuntariamente, á las distintas clases sociales de cualquier país civilizado, estableciendo, digámoslo así, un nuevo lazo de union entre las instituciones civiles y militares.

Un general de merecida fama, un pensador profundo en asuntos de guerra, el feld-mariscal conde de Moltke ha consignado que en los tiempos presentes representa el ejército *la escuela militar de la nacion*; por cuyo motivo se requiere, ante todo y sobre todo, ocuparse de esta enseñanza para no sufrir, cuando suene la hora del peligro, amargas decepciones ni contrariedades dimanadas de un culpable indiferentismo.

Efecto, sin duda, de las anteriores teorías, de la impresion que han causado los grandes y rápidos triunfos del ejército vencedor en Sadowa y Sedan, por todas partes se trabaja con ahinco en perfeccionar las instituciones armadas, procurando igualmente el desarrollo intelectual de las distintas gerarquías, como medio único de recoger en hora oportuna el fruto de tantos afanes.

Sin embargo, no es hoy precisamente cuando más se escribe en el sentido indicado. A raíz de la última guerra entre Francia y Alemania, apenas firmada la paz que acusaba el triunfo completo de un pueblo y las desdichas militares de otros, los publicistas profesionales inundaron la Europa de libros y folletos comentando la titánica lid y sentando principios más ó ménos exactos para el porvenir; Rüstow, Leconte, Fay, Napoleon III, etc., etc., atestiguan la verdad de nuestros asertos, si bien la obra monumental describiendo la campaña estaba reservada á la seccion histórica del Estado Mayor prusiano.

Ahora se escribe ménos, pero con más aprovechamiento; las innovaciones tácticas no se aprecian por un combate casual y afortunado, sino por lo que aconseja la razon y determina el armamento moderno; el sistema de ataque y defensa sobre el campo de batalla se somete á discusion, presentando de antemano hechos prácticos y teóricos, casi matemáticos.

Predominando este sano criterio, ha publicado el mayor general alemán,

baron de Wechmar, un tratado de táctica, con el título de *Combate moderno*, donde se dan reglas generales para las tres armas en todo cuanto se refiere al ataque y defensa de posiciones; el libro revela un estudio profundo de la materia; pero se nos figura que en la apreciación de distancias, sobre todo, de aquellas relativas al orden de marcha de la infantería, no debemos seguir al pié de la letra los preceptos del autor, pues el alcance y precisión del fusil á cargar por la recámara, aconsejan anchos claros entre las líneas de tiradores, sus reservas y las masas.

No ménos notable que la anterior, pero todavía más detallada, segun requiere un libro de texto, es la quinta edición del *Tratado de táctica aplicada*, de otro mayor general al servicio de Prusia, F. A. París, cuyo libro acaban de traducir al francés los oficiales del ejército belga Fix y Timmerhans. Esta obra la estudian los alumnos de las academias militares; está ya arreglada á los principios que introdujo la guerra franco-alemana, y los traductores la han puesto en concordancia con lo prevenido en los reglamentos belga y francés. El capítulo que trata de las trasformaciones téticas, desde Epaminondas hasta nuestros días, nos parece inmejorable por su claridad y concisión.

A los académicos y literatos franceses, hasta á aquellos agenos á la profesion militar, parece que les agrada ocuparse de cuestiones donde juegan el principal papel ilustres caudillos; Mr. Parieu ha escrito una excelente historia de Gustavo Adolfo, con notas curiosísimas y documentos oficiales firmados por el gran rey de Suecia, cuyo génio no se concretaba á los problemas de la guerra, sino que se reflejaba tambien en los negocios políticos; Mr. Saint-René Taillandier ha retratado en un elegante volúmen al venerable general Felipe de Ségur, al que describió magistralmente la famosa retirada del ejército francés cuando los rusos demostraron un terrible patriotismo incendiando sus propios hogares; el asunto elegido por Saint-René le facilita ocuparse con minuciosidad del reinado de Napoleon I, juzgándole sin pasion alguna, tal y como lo hizo en sus memorias el mismo conde de Ségur.

Ningun libro militar ha visto la luz pública en España durante el mes de Enero; se anuncia un folleto sobre organizacion del conocido é infatigable escritor D. Luis Vidart, abogando en primer término por el servicio obligatorio, sistema ya admitido hasta en el imperio turco; pero siempre que se trata de obras didácticas nacionales, recordamos involuntariamente la frase del difunto general Zarco del Valle: *en España los autores militares deben contentarse con regalar sus producciones á los amigos, y agradecer á estos que las lean.* ¡Cuánta verdad encierran las sarcásticas palabras de aquel hombre tan aficionado al estudio!

ARTURO COTARELO.

Madrid, 15 de Febrero de 1876.

Director y propietario: JOSE DEL PEROJO.

Madrid: 1876.—Imprenta de M. G. Hernandez, San Miguel, 23